



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPyS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES

Trabajo Final de Grado - 2023

“La valoración del Otro en el espacio digital”

Directora: Dra. Bettina Martino

Tesista: Cotela, Hernán

N° de registro: 22.732

Tesista: Senra, Patricio

N° de registro: 22.962



INTRODUCCIÓN

La socialidad es un proceso que nos constituye como seres humanos/as desde nuestro nacimiento, desde el primer momento que venimos al mundo hay una otredad¹ que nos contiene y ayuda a crecer. Esos lazos son los que, conforme el paso del tiempo, van atribuyendo diversas cualidades a cada persona, dotando a cada ser con una particularidad diferencial. A partir de una sensibilidad colectiva en la que se inserta cada humano/a, se van adquiriendo ciertos patrones de conducta y valores que nos revisten de la humanidad que nos define como especie. Esto nos confronta con la realidad de una convivencia con un Otro² ajeno al yo, una exterioridad con la que comparto la existencia, como diría Lévinas, un 'misterio' dotado de imprevisibilidad al cual no puedo acceder pero con el cual soy par en tanto mi vida tiene valor porque es tan válida como la suya.

En la presente tesis nos preguntamos por el estatuto de ese Otro en el contexto de una sociedad enteramente atravesada por el espacio digital. Nos proponemos indagar cómo se construye la identidad en el espacio digital, qué fenómenos interceden en este proceso y de qué manera se valora al Otro dentro de este ecosistema digital. Tanto las nociones de espacio digital, como los conceptos de *Otro* y otredad serán los cimientos a partir de los que intentaremos profundizar todos los puntos de análisis a lo largo de toda la investigación.

Al mismo tiempo, este trabajo pretende examinar los modos en que el vertiginoso progreso tecnológico trastoca los diversos dominios de la vida humana. La transformación digital alteró los modos de socialización, las formas de representación e identificación de las personas, así como la misma percepción del espacio-tiempo. En este contexto, una cantidad muy diversa de interrogantes se desprenden a partir de fenómenos inéditos en la historia de la humanidad. La búsqueda parte de la intención de reconocer, analizar y profundizar muchas de estas circunstancias, la actual coyuntura del espacio digital y la manera en que interpelan a los vínculos humanos.

¹ Tanto "otredad" como "alteridad" son términos que se emplearán con la misma intención, ya que hemos apelado a la filosofía como una herramienta de análisis, pero somos conscientes de la complejidad y las diferentes acepciones de ambos conceptos.

² El término "Otro" hará alusión a la categoría conceptual estudiada y trabajada a lo largo de la obra de Lévinas. Cuando el término aparece en minúscula se refiere a la otra persona en particular en el espacio digital.



De esta manera nos adentramos en el Capítulo Uno, transitando la irrupción de Internet en el mundo desde sus orígenes hasta la actualidad. La consolidación de un nuevo “entorno” digital es la trama matriz de este apartado. Este nuevo escenario se caracteriza por su inmaterialidad, es un entorno etéreo que se posa sobre todos los dominios de la vida cotidiana indiscriminadamente. El “tercer entorno” vendrá a proponer una reconfiguración de las estructuras sociales, políticas y económicas vigentes hasta el momento con las promesas de la inmediatez y la ubicuidad.

Indagaremos en la creciente digitalización de la sociedad y las implicancias que conlleva. La globalización, el espacio digital y la eliminación de las fronteras espacio-temporales tienen consecuencias decisivas sobre la vida cotidiana, tanto en lo social, como en lo político o lo económico. A su vez, la transformación digital trae consigo una alteración de lo humano. No solo se convierte el ecosistema que nos rodea, sino que también cambiamos nosotros. Esto se manifiesta en cómo se comprometen nuestros sentidos, nuestra atención, los mecanismos de interacción social, la percepción del espacio-tiempo, y de los demás, entre otras cosas.

A partir del ‘Capítulo dos’ nos adentramos en este contexto donde también sucede la relación con la alteridad en la actualidad, si bien desde el momento de nuestro nacimiento, nuestra identidad se va conformando a partir del aprendizaje de los lazos sociales que nos contienen, en la actualidad dicho proceso es atravesado por el espacio digital. La socialidad se ha visto trastocada por los rasgos de lo digital y en consecuencia las sensibilidades colectivas se han visto afectadas. La valoración del Otro como proceso de una sociabilidad necesaria para la construcción de la identidad, se ha tornado particular y compleja debido a nuevas formas de relación y valores influenciadas por el espacio digital.

El tejido social se compone de pequeñas islas en donde cada usuario/a navega en su burbuja de filtros y la confrontación necesaria para el encuentro con la otredad queda rezagada a un segundo plano porque para el espacio digital la satisfacción del yo es el alimento de sus algoritmos. Ante la incomodidad que puede generar la imprevisibilidad del Otro, hay instancias de bloqueo o restricción frente a la exterioridad que representa la alteridad. Esta situación va generando una coraza ante el Otro y en consecuencia se observa una abrumada insensibilidad hacia la socialidad como instancia de compartir con otras personas.



Durante el 'Capítulo tres' analizamos cómo la insensibilidad tiene una relación directa con una profunda mercantilización de las relaciones sociales al punto que todo tipo de interacción digital se convierte en algo pasible de valor monetario. Por lo tanto, el espacio digital se nutre de las plataformas para generar lugares de mercado a través del constante flujo informacional que arrojan los datos y permiten refinar cada vez más el perfil de cada persona para después llevarlo al consumo de algún servicio acorde a sus características y preferencias.

Por último, cerramos el trabajo con nuestras 'Conclusiones y aperturas' dónde ofrecemos una serie de preguntas e inquietudes que buscan coronar el análisis esbozado a lo largo de todo el documento. A partir de ciertas reflexiones ponemos énfasis en la importancia de la comunicación como lugar interdisciplinario para el estudio de problemáticas contemporáneas acerca de la otredad y a su vez, el desglose del contexto en el que vivimos para una mayor conciencia de nuestra humanidad.

A través del recorrido integral del siguiente trabajo, esperamos lograr planteos profundos y críticos sobre varias problemáticas de la actualidad para poder comprender mejor nuestras formas de relacionarnos con la otredad. Mediante una modalidad enmarcada en los rasgos del ensayo, intentamos adentrarnos en el núcleo del espacio digital para exponer las inquietudes que nos conmueven como seres sociales en sí y particularmente, como estudiantes de un proceso tan fundamental como es la comunicación.

*La tarea del ensayista es eminentemente escéptica:
el dogmático no ensaya. Ensayar es, a fin de cuenta,
dudar del papel, no saberlo todo, no estar seguro
de los gestos que corresponden a cada frase o
del tono de voz más adecuado para decirla.
(Savater, 1978)*



CAPÍTULO 1

¿Cuál es el contexto de nuestras relaciones con los “Otros digitalizados”?

1.1. Algunos antecedentes sobre Internet

Las lógicas actuales de producción capitalista son las directivas a través de las cuales han ido configurándose las sociedades en las que vivimos. La tecnología ha sido un factor ligado directamente con las formas de producción a lo largo de la historia por su viabilidad a la hora de acortar el tiempo de los procesos de productividad en pos del aumento de la eficiencia y la efectividad. Tanto el ‘fordismo’ estadounidense como el ‘hipertaylorismo’ japonés han sido claros ejemplos de la tecnología aplicada a la mejora de las cadenas de producción manufacturera.

Como dijo McLuhan: “El medio es el mensaje porque es el medio el que modela y controla la escala y forma de las asociaciones y el trabajo humano” (1996, p.30), y con esta afirmación fortalece el análisis sobre cómo los medios utilizados para el fin productivo del capitalismo han influido de manera fundacional en las características de la sociedad de cada época. Es menester, a partir de esta posición, esclarecer el nacimiento de los rasgos que invisten con ciertas cualidades la estructura de nuestra sociedad actual.

El germen que daría comienzo a una nueva era tecnológica comenzó a gestarse en los años setenta. En 1971, la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada en Defensa (ARPA) de Estados Unidos comenzó a desarrollar un mecanismo que permitiera la conexión de varios ordenadores ubicados de forma dispersa en diversos puntos geográficos. Esto significaba un salto cualitativo importante con respecto a otras conexiones que permitían el intercambio entre ordenadores locales porque zanjaba la distancia como barrera y provocó el origen de la ‘deslocación’ que caracterizaría a las economías del futuro a través de la tercerización (Ceruzzi, 2008).

La ARPANET contaba con varios nodos de conmutación en todo el país y siguió creciendo hasta los años ochenta y trajo consigo innovaciones que se grabaron a fuego en la historia de las conexiones en red. Tal es el caso del símbolo @, introducido por el ingeniero Ray Tomlinson para diferenciar el nombre del receptor y el del ordenador y así nació el correo



electrónico. La presión ejercida sobre ARPANET para que su utilidad fuese más amplia y dejara de ser sólo de uso militar, provocó su escisión y una parte quedó en manos de la milicia y otra parte en manos de la National Science Foundation (NSF), un organismo civil que recibía fondos del Estado para financiar proyectos de investigación relacionados con la búsqueda de conexión de distintos tipos de redes. Todas estas investigaciones fueron arrojando un resultado común, denominado por los investigadores como 'Internet'; y en 1983, a partir de lineamientos enmarcados bajo el Protocolo de Control de Transmisión se fue conformando la base de la Internet actual (Ceruzzi, 2008).

La irrupción de Internet trajo consigo la evolución de software y hardware cada vez más avanzados, mientras a mediados de los sesenta la manufactura estadounidense comenzó a decaer debido a la amenaza de las industrias japonesas y alemanas, los años setenta trajeron una crisis mundial que afectó de manera existencial el modelo capitalista de lógica fordista. De la misma forma en que la conexión de diferentes tipos de redes permitió el intercambio de información entre ordenadores dispersos geográficamente, el proceso productivo industrial también comenzó a tomar este método. La optimización de la industria estuvo acompañada por un rediseño completo de las tareas guiadas por el modelo 'toyotista japonés', a partir de una descomposición del trabajo en labores más específicas y eficientes para evitar cualquier tipo de impedimentos. Esto no sólo permitió un crecimiento acelerado de la producción, sino que también se amplió el trabajo manufacturero a partir de la 'tercerización'. El empleo seguro comenzó a tambalear debido a la disminución de personal efectivo por la delegación en terceros como así también la subcontratación. Ambas acciones, sumado a una desregulación estructural, provocaron un debilitamiento en cuanto a los derechos laborales y la situación salarial de los trabajadores (Srnicek, 2018).

Con la llegada de la década de los ochenta e Internet como una incipiente y prometedora innovación tecnológica, los ordenadores personales comenzaban a ingresar lentamente al hogar. Estos primeros aparatos no tenían una gran capacidad de conexión, pero muchos/as ávidos/as de indagar las posibilidades de dicha red consiguieron tener acceso a la misma a partir de las líneas telefónicas. El monopolio telefónico estadounidense estableció la tarifa al mismo costo que las llamadas telefónicas, en cuanto la conexión fuese local no tenía costo alguno y cuando se trataba de larga distancia los/as usuarios/as utilizaban este servicio a altas horas de la madrugada para abaratar la tarifa. Esta modalidad de conexión dió nacimiento a The Source, posteriormente denominada America Online, que hasta la llegada de los años noventa fue la empresa de conexión personal más importante



del país. Su servicio se basaba en el alquiler de números telefónicos para la conexión a Internet a partir de un costo tarifario por llamada realizada y preferentemente se realizaba a altas horas de la madrugada donde resultaba más barato dicho servicio (Ceruzzi, 2008).

Los años noventa trajeron la consumación de la explosión tecnológica que durante dos décadas se estuvo gestando de forma lenta pero progresiva. Es en 1991 cuando se produce uno de los inventos más determinantes en cuanto a la estructura definitiva que tomaría Internet. Un grupo de investigadores del Laboratorio Europeo de Física de Partículas CERN, liderados por Tim Berners-Lee, crea un sistema denominado World Wide Web, el cual se destacaba por un conjunto de protocolos que funcionaban de forma operativa por sobre aquellos que regían Internet hasta ese momento. Otra de sus funciones destacadas fue la creación de un buscador por parte de Berners-Lee, herramienta que permitía una flexibilidad y un orden a la información. Su invención tuvo una versión mejorada a través de Mosaic, un buscador fabricado por su grupo de trabajo europeo que luego de dos años emigró a Silicon Valley para inventar el instrumento que diera origen a la 'burbuja de Internet': Netscape. Sin embargo, Microsoft compró los restos de Mosaic y con sus cimientos creó Internet Explorer, el buscador por excelencia durante muchos años (Ceruzzi, 2008). Todas estas innovaciones consolidaron el poder de Internet a partir de la extensión de su accesibilidad y una utilidad cada vez más simple para lograr su expansión como modelo paradigmático en un mundo ávido de tecnología.

La globalización era inminente y la automatización de todos los procesos sociales era cuestión de tiempo. Pero para que ello sucediera fue clave el año 1992 cuando, ante la presión causada por el aumento de usuarios/as, la NSF se vio obligada a terminar con la prohibición del uso comercial de Internet y delegar su gestión al sector privado. Sin embargo, esto no ocurrió de forma radical y caritativa, el gobierno de los EEUU se quedó con el plan de direcciones de dicha herramienta, esto permite conocer la trayectoria y el destino de la información que se traslada de un punto a otro. Varios países han insistido para que el país norteamericano ceda el control de Internet a la ONU, pero la negativa por parte de los estadounidenses les sigue dando ventaja sobre esta tecnología digital (Ceruzzi, 2008).

La 'apertura' de Internet en términos económicos, en contraste con sus inicios militares, condujo a las empresas a tomar nuevos caminos en dirección a esta tecnología. Con la explosión de las "punto com" y la variedad de opciones que empezaba a ofrecer Internet, la cadena productiva se fue distribuyendo geográficamente a tal punto que muchas



tareas comenzaron a ser realizadas en el extranjero, consolidando un modelo global y austero por sus bajos costos. El sector de telecomunicaciones se volvió el preferido a la hora de las inversiones y su auge fue tan vertiginoso que surgieron alrededor de cincuenta mil empresas distribuidoras de Internet que en total sumaron unos 256.000 millones de dólares para su desarrollo. 'Nike' se erigió como la empresa modelo de austeridad en esta nueva etapa económica marcada por el neoliberalismo, su fórmula de deslocalización llevaba su producción a lugares en el exterior de EEUU donde los procesos de producción se realizaban en paupérrimas condiciones laborales y su éxito se afianzaba en un fuerte posicionamiento de marca y diseño. Si bien este caso específico es paradigmático por lo que significó dicha empresa en el futuro, esta década estuvo muy marcada por el 'capital de riesgo', grandes cantidades de inversiones que darían rédito en el largo plazo. La economía digital crecía a niveles astronómicos y, en consecuencia, la infraestructura para su desarrollo implicó miles de kilómetros de fibra óptica, nuevos servidores, softwares cada vez más avanzados y diseños de red con capacidad de expansión constante acorde al capital económico invertido (Srnicek, 2018).

Los 2000 fueron el punto más alto de inversión con respecto a Internet: 412.800 millones de dólares que marcaron un hito histórico y sentenciaron el modelo económico predominante: empresas con altos niveles de inversión apoyadas en la deslocalización de su producción facilitada por la digitalización y automatización de las tareas que permitían una segmentación a partir de la réplica del capital intelectual sin importar el espacio físico. La economía hiperflexible de los noventa generó negocios austeros, beneficiados por los bajos costos y la facilidad para la evasión fiscal que permitió la lógica capitalista derivada de Internet a partir de su descentralización (Srnicek, 2018). "La automatización es información" (McLuhan, 1996, p. 351) porque permite un seguimiento constante de cada parte del proceso productivo y se basa en la aniquilación del espacio a partir del tiempo en lo que Harmut Rosa denomina como la u-topicalidad de la globalización y la red (2016). La mecanización a partir de patrones similares para cada tarea perfecciona la cadena de producción a tal punto que el espacio se vuelve un molde donde replicar las condiciones de trabajo. Las fronteras físicas son derrocadas por la capacidad de conexión de Internet y es una característica que las empresas asimilan para su estructura. La facilidad de inversión a partir de la toma de créditos, la digitalización del proceso productivo, la flexibilidad laboral marcada por la desregulación, entre otros factores, configuran una sociedad cada vez más interrelacionada pero volátil, característica inherente a su desterritorialidad geográfica.



El espacio digital y sus extremidades tecnológicas han transformado radicalmente la noción de realidad (Echeverría, 2020) y en un mundo donde la mayoría de los ámbitos que lo componen se rigen por el factor económico; también se ve trastocada su forma de generar capital y las relaciones sociales en todas sus dimensiones. Internet ha conectado lugares dispersos geográficamente, pero, aun así, las relaciones sociales han sufrido modificaciones en todos sus niveles, a tal punto que el surgimiento de un nuevo espacio digital como hábitat para la vida se ha consolidado gracias al 'poder colectivo' (Parsons, 1960 en Echeverría, 2020) que congrega como consecuencia de la digitalización total.

1.2. El nacimiento de un nuevo entorno

La historia de la humanidad ha oscilado entre dos entornos claramente identificables y con particularidades propias de su composición: el primer entorno es la naturaleza; y el segundo es la ciudad-Estado (polis) (Echeverría, 1999). Estas primeras dos categorías conceptuales que tomamos como antecedentes del espacio digital actual, son términos que si bien tienen características específicas no significan compartimentos estrictos, sino que hay una superposición del segundo sobre el primero. Para esclarecer la relación entre ambas, el primer entorno hace referencia al medio natural donde las personas han tenido que adaptarse desde el principio de su historia evolutiva. Es en este espacio donde sus sentidos tienen una relación presencial y simultánea con el entorno. Si bien hay una modificación de la naturaleza, la evolución de la humanidad parte de su autoconocimiento como ser de habilidad técnica capaz de desarrollar conocimientos y saberes que le proporcionarán adaptación (Echeverría, 1999).

El segundo entorno se diferencia a partir de una disrupción esencial en su composición. Este espacio ya no es natural, sino que su fisonomía se presenta como cultural y social, de esta forma también se puede denominar como 'entorno urbano'. Aquí se puede observar con facilidad lo que Echeverría denomina como 'sobrenaturaleza' (Ortega y Gasset, 1970 en Echeverría, 1999), eso refiere a la artificialidad que comienza a construir la humanidad como especie y la modificación del entorno es profunda, a tal punto que hay cambios notorios en las necesidades consideradas básicas y este es un rasgo presente en esta teoría: la complejidad del primer, segundo y tercer entorno es una constante visible en las consistentes transformaciones que va sufriendo la humanidad como especie. En este segundo entorno se pueden percibir formas tales como los pueblos o las ciudades y con dichas formas se acrecienta la distancia en todas las actividades, lo sensorial con respecto al



entorno se caracteriza por una lejanía marcada por la artificialidad del ambiente (Echeverría, 1999).

Los rasgos del primer entorno se subyugan al segundo entorno porque prevalece la técnica con la que las personas se adaptan y modifican el ambiente para su bienestar. La materialidad artificial se vuelve la característica diferencial del segundo entorno, pero también se acrecienta la experiencia humana con respecto a su contexto inmediato, la naturaleza ya no es el marco existencial sino el medio con que la humanidad moldea su hábitat. El límite del segundo entorno se encuentra marcado por las posibilidades de vencer la distancia en todo su sentido, los recursos naturales sirven a la técnica para elaborar formas sociales de expansión (Echeverría, 1999).

Sobre estos dos entornos se erige el concepto acuñado por Echeverría de 'Tercer entorno' (1999) y se construye como un fenómeno desterritorializado, ubicuo, que rompe todas las limitaciones espacio-temporales. A su vez, integra toda una nueva gama de actividades, alternativas de interacción, una inmediatez característica e introduce tantas facilidades como peligros. Es un entorno en constante mutación, vertiginoso y a causa de su complejidad, extremadamente difícil de abarcar. Se imprime sobre los otros entornos como una capa superior a lo largo de toda su superficie y viene a modificar sustancialmente lo sensorial al derribar toda distancia temporal-espacial a partir de su estructura etérea.

“El espacio electrónico no sustituye ni elimina los espacios rurales y urbanos, sino que se pone sobre ellos, en el sentido literal del término” (Echeverría, 2020, p. 14). La irrupción de lo digital en la vida diaria se construyó sobre herramientas anteriores para dar nacimiento a una nueva forma de vivir. Todas las actividades que desarrollan las personas en la actualidad se encuentran trastocadas en alguna arista por lo digital. Echeverría dice que “el tercer entorno posee una estructura físicomatemática muy distinta a la de los otros dos entornos: es distal, reticular, recursivo, electrónico, digital, representacional, multicrónico, transterritorial, bisensorial, asentado en el aire, inestable” (Echeverría, 2020, p. 15). Todos estos adjetivos que menciona al autor acusan diferentes características de dicho espacio, pero es fundamental remarcar la transterritorialidad del mismo al atravesar cada ámbito de la vida sin importar el espacio-tiempo y aun así, constituirse en un lugar tan inestable como puede ser el aire, no sólo por su forma de conectar todos los nodos de su existencia sino también porque su contextura reside en la volatilidad de su estructura.



La existencia de este 'tercer entorno' se condensa en un lugar digital donde todos los elementos físicos para su concreción son ínfimos en relación con todas las posibilidades que ofrece como multimedia. Sus cualidades se asemejan a algunos principios propios de la noción de 'rizoma' acuñada por Deleuze y Guattari en su ensayo "Mil mesetas" (2002) donde toman este concepto de la botánica para esbozar una nueva forma de pensamiento y plantear una nueva categoría de análisis de gran utilidad para describir el espacio digital.

El primer elemento constitutivo de este concepto es el 'principio de conexión' según el cual "cualquier punto del 'rizoma' puede ser conectado con cualquier otro" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 13) y esto en el espacio digital es una característica inherente a su naturaleza. La descentralización estructural de Internet forma una conexión constante entre las personas usuarias de dicho espacio y permite una multidireccionalidad capaz de unir diversas plataformas, a pesar de sus particularidades que devienen en una convergencia mediática expresada en la heterogeneidad del mismo y coincidente con el segundo principio del 'rizoma'. Este expresa que en dicha categoría conviven dimensiones diferentes y se conjugan sin importar las asimetrías de cualquier tipo (Deleuze y Guattari, 2002, p. 13) debido a que "un 'rizoma' no empieza ni acaba, siempre está en el medio" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 29), al igual que el espacio digital. Ambos aspectos son presentados en conjunción porque son totalmente causales entre sí y alimentan de forma directa la reticularidad inmanente de este 'tercer entorno'.

Este 'principio de conexión' también es posible gracias a que la instancia intermediaria es nula (Han, 2014), las mismas propiedades de dicho espacio se convierten en medios sin que haya una intervención directa entre usuarios/as. Se produce un "agenciamiento", fenómeno que se interpreta como "ese aumento de dimensiones en una multiplicidad que cambia necesariamente de naturaleza a medida que aumenta sus conexiones" (Deleuze y Guattari, 2002, p. 14). La flexibilidad de este entorno infocomunicacional reside en su capacidad expansiva para crecer a través de la digitalización como proceso esencial de su fisonomía y el almacenamiento como un elemento manipulable para abarcar cada vez más información.

La multiplicidad presente en el fenómeno de 'agenciamiento' mencionado en el párrafo anterior, también se refleja como otro principio del concepto de 'rizoma' y se ejemplifica en el espacio digital. Sin mediación alguna, es necesario un ecosistema digital con una configuración capaz de recibir la convivencia de códigos diversos a partir de una lógica



mutable en pos de una abarcabilidad persistente. La convivencia de lo humano y lo tecnológico se vuelve una relación recíproca porque es imposible la existencia de lo uno sin lo otro. Son dos componentes que actúan conjuntamente dando al espacio digital la característica de 'agencia compartida' donde no sólo lo humano configura el accionar, sino que lo tecnológico se vuelve un actor en sí. El término 'agencia' no es inocente, la tecnología se vuelve un agente, un elemento que actúa sobre el espacio que habita (Lasén y Puente, 2016). En consecuencia, esta multiplicidad combinada le da al 'tercer entorno' un matiz interactivo que permite que, aunque la mediación sea nula, el espacio digital conciba una lógica, caótica pero lógica al fin. El intermediario es cada usuario/a en sí al utilizar el medio. La 'agencia compartida' se conforma como una "red de mediaciones y actuaciones" entre la tecnología y las personas, en donde se visibiliza una reciprocidad basada en la extensión del saber humano a través de las posibilidades tecnológicas (Lasén y Puente, 2016).

El 'plan de consistencia' (Deleuze y Guattari, 2002, p. 14) para mantener la cohesión del espacio digital se basa en la delimitación del afuera. En el interior de este espacio las posibilidades son múltiples, las prácticas digitales se dan en el marco de 'plataformas' que se han convertido en los compartimentos de la acción social. Es menester comprender el espacio digital como una hierba que crece entre las plataformas y estas a su vez están insertas en el espacio digital; más allá de su fisonomía descentralizada, en su integridad conviven 'nudos de arborescencia y brotes rizomáticos' (Deleuze y Guattari, 2002, p. 23), la jerarquía se impone desde la inmanencia de las plataformas, la configuración de los algoritmos tiende a aglutinar a través de similitudes y alejar lo diferente pero en el espacio digital hay lugar para lo múltiple.

Todos estos rasgos presentados en los párrafos anteriores, así como la explicitación de los antecedentes de las conexiones en red, nos presentan un panorama donde ha habido una clara influencia de la tecnología sobre la vida misma. Harmut Rosa (2013) plantea la teoría de la 'aceleración social' la cual sostiene que la vida se ha acelerado, pero ya que en términos empíricos es difícil de demostrar, diagrama tres tipos de aceleraciones que han devenido de los avances que la humanidad ha alcanzado: aceleración tecnológica, aceleración del cambio social y aceleración del ritmo de vida. La técnica ejercida por la especie humana como animal de evolución constante trajo consigo un crecimiento notable en cuanto a los avances tecnológicos, no solo por su condición de modificar el entorno para mejorar su vida, sino en pos de facilitar sus tareas cotidianas. Los tres tipos de aceleración tienen una relación consecuente pero la clave de las dos últimas está sujeta de manera



irrevocable a la primera. Lo tecnológico invade la vida social y modifica de forma esencial cualquier estructura anterior, tal como mencionamos anteriormente, Internet se conforma como la herramienta paradigmática por excelencia para la construcción de las relaciones sociales en el siglo XXI y se convierte en el medio por excelencia.

Así como lo tecnológico perfora las bases de la vida cotidiana y las estructuras sociales preexistentes, conforma en simultáneo un nuevo escenario, una nueva espacialidad, una disolución de los límites temporales, que nos obligan a elaborar una reinterpretación del hábitat social. Sobre las consecuencias, Rosa considera que los efectos de la aceleración tecnológica sobre la realidad social han transformado el régimen espacio-temporal y con ello la percepción y la organización del espacio-tiempo (2013, p. 22).

Esta disrupción espacio-temporal que se produce a partir de la aceleración tecnológica es un aspecto recurrente en diversos análisis e investigaciones de los fenómenos que abordamos. Además, es una de las condiciones para el surgimiento del tercer entorno. El desarrollo de tecnologías de la comunicación (entre otras) cada vez más avanzadas fue la oportunidad de generación de este espacio digital que expandió las posibilidades de las limitadas facultades humanas. Para Echeverría (1999): “La construcción del tercer entorno sólo ha comenzado a ser posible para los seres humanos tras numerosos avances técnicos y científicos” (p. 17). El cuerpo humano del segundo entorno, a pesar de no encontrarse en su estado natural, sigue estando limitado por la naturaleza y la sobrenaturaleza de ese contexto. El surgimiento de un espacio artificial da lugar a una ampliación de capacidades de comunicación con nuevas características debido a su propiedad distal, en donde los dispositivos ya nos separan sensorialmente del entorno natural y físico para adentrarnos en este ‘tercer entorno’ totalmente digital en su composición.

Como sugerimos previamente, la concepción del tiempo y el espacio se reconfiguran de una manera particular y totalmente incompatible a cualquier pasado conocido debido a la introducción de estas nuevas modalidades de interacción. La irrupción de Internet como elemento matriz de una nueva sociedad presenta una particular forma de relación con los espacios:

En el marco de este proceso, en muchos aspectos el espacio pierde su significado para propósitos de orientación en el mundo tardomoderno. Las operaciones y los desarrollos ya no están localizados, y las localizaciones concretas tales como hoteles, bancos, universidades y plantas industriales tienden a transformarse en *non lieux*; es decir, lugares sin historia, identidad ni relación. (Augé en Rosa, 2013, p. 23)



Los espacios en el entorno infocomunicacional están caracterizados en gran medida por las plataformas, “infraestructuras digitales que permiten que dos o más grupos interactúen” (Srnicsek, 2018, p. 45) y dan herramientas a las personas para personalizar su experiencia a través de las mismas. La materia prima es el medio y los/as usuarios/as ofician de intermediarios, no hay mediación estructural, hay estructuras para mediar. La aniquilación del espacio a partir del tiempo convierte la distancia en una mera cuestión de conectividad y no solo eso, el espacio se convierte en un lugar maleable a placer. El tercer entorno rediseña todos los espacios y les da una nueva dimensión, lo digital trastoca cualquier noción de orientación espacial porque lo físico se vuelve netamente referencial pero no indispensable. La ‘distalidad’ del espacio digital no genera una relación de contigüidad con lo material porque se desprende de la presencia como requisito para su funcionamiento.

Van Dijk aborda el entorno infocomunicacional y ofrece una definición amplia de las plataformas:

las plataformas son proveedores de software (en algunos casos), hardware y servicios que ayudan a codificar actividades sociales en una arquitectura computacional; procesan (meta)datos mediante algoritmos y protocolos, para luego presentar su lógica interpretada en forma de interfaces amigables con el usuario, que ofrecen configuraciones por default que reflejan las elecciones estratégicas de los propietarios de la plataforma (Van Dijk, 2016, p. 34).

La autora remarca la importancia de las plataformas para convertir cada actividad social en un proceso digital a través del software, el cual se erige como elemento central del plan de codificación aplicado por cada uno de estos proveedores (Van Dijk, 2016). A través del software se mide y cuantifica todo aspecto de la vida social, pero a su vez ofrece una clasificación más detallada de la información que las personas van arrojando en el espacio digital. Las plataformas le dan el ‘carácter informacional’ que representa a este ‘tercer entorno’ al acumular en cada interacción grandes paquetes de códigos cifrados a través del procesamiento que los algoritmos realizan para dar una funcionalidad más amena para quienes lo navegan, y a su vez, para las utilidades sociales y económicas de cada plataforma (Echeverría, 1999). Otro mérito de las plataformas es la posibilidad de conjunción del espacio público y privado en pos de una socialidad mediada por una interdependencia basada en la ‘remediación’ del espacio digital, si bien la mercantilización es cada vez más agresiva con respecto a las interacciones sociales, estas herramientas han posibilitado nuevas formas de mercado (Van Dijk, 2016).



Lo espacial también se vuelve un factor a analizar en lo económico debido a las transformaciones que apareja lo digital. En el mercado capitalista conviven muchas empresas que, ante un crecimiento exponencial de su rendimiento, deben cubrir las exigencias de un nuevo estadio de aceleración para poder mantener ese ritmo constante por un tiempo prolongado (Rosa, 2016). Si bien el espacio se vuelve un elemento manipulable en su diagramación operacional, el tiempo se vuelve el factor clave en su lógica de producción. La competencia característica del capitalismo se reviste con las necesidades que la digitalización dicta. Ante un escenario donde el crecimiento es la norma, es menester la aceleración de cualquier proceso para sacar ventaja y posicionarse mejor en el mercado frente a los adversarios en determinado rubro.

Esta competencia está sustentada en el ahorro de tiempo como una herramienta para acortar costos y en la búsqueda de innovaciones para superar al competidor. Los plazos de inversión tienen que responder a los ciclos marcados por el mercado, por lo tanto, el ritmo lo va marcando lo macroeconómico y de esta forma la aceleración tecnológica obliga a una aceleración social (Rosa, 2016). En el contexto actual, el proceso laboral se vuelve cada vez más inmaterial debido a la digitalización sobre todas las fases del proceso productivo. Esta inmaterialidad reposa sobre una materia prima cada vez más valiosa para el mercado: los datos. Lo digital transforma la producción a partir de la deslocalización anteriormente mencionada, la tercerización y la especialización debido a la segmentación laboral, si bien las diferentes tareas pueden estar ubicadas en diversos puntos geográficos, hay un seguimiento constante de cada parte en la cadena manufacturera (Srnicek, 2018). La información se vuelve esencial para lograr una aceleración progresiva y constante, no sólo comprende la fabricación o la experiencia de algún servicio, se expande hacia todo tipo de actividad con el público para lograr absorber datos cruciales para su desarrollo como empresa.

Esta lógica surgida desde el nacimiento de la conexión en red fue trasladada a la producción manufacturera de varias empresas. El caso paradigmático de *Nike* anteriormente mencionado propició un modelo de negocios austero caracterizado por un buen posicionamiento de marca y diseño mediante la deslocalización de sus fábricas hacia lugares geográficos convenientes para su economía (Srnicek, 2018).

Las plataformas vienen a representar el modelo paradigmático de negocios en este entorno comunicacional actual, frente al 'modelo Nike', posibilitan la opción de generar un negocio a partir de una infraestructura ya instalada y con sus propias formas de funcionamiento. Esta modalidad supera a las empresas de tecnología o de Internet porque



su viabilidad depende exclusivamente de la interacción digital. Los/as usuarios/as son los encargados del crecimiento a través del uso de la misma y cualquier necesidad de infraestructura física es tercerizada por costos muy bajos. La efectividad de este tipo de compañía reside en la obtención de datos mediante procesos totalmente naturales para los/as usuarios/as, de esta forma se coloca en una posición de privilegio porque la información fluye de forma constante y sin necesidad de obligar a nadie. Así, los algoritmos son cada vez más eficaces porque los datos son convertidos en conocimiento y de esta forma construyen herramientas cada vez más sofisticadas para la satisfacción de los/as usuarios/as. El éxito económico de las plataformas está sustentado por un sistema de 'subvenciones cruzadas': una compañía sube el precio de un sector de sus servicios para cubrir los gastos de otra parte de la misma que genera pérdidas (Srnicsek, 2018).

Las plataformas plantean una 'agencia compartida' en donde lo digital no solo es una posibilidad sino también un agente en constante movimiento de acuerdo a las demandas de los/as consumidores/as debido a su interacción. Además, el crecimiento tiene límites casi nulos y esta expansión regular requiere una flexibilidad capaz de acompañar los requerimientos del espacio digital. Mientras mayor sea el número de personas usuarias, mayor será el valor de la plataforma, pero no solo por su valor inherente como herramienta intermediaria, sino por su posibilidad de refinación a través de la información y su posibilidad de consumo.

Las plataformas vienen a representar esos espacios planos, lisos y abiertos a los que se refiere Han cuando habla del espacio digital (2013). Estas características que esbozan la forma del espacio digital, no solo representan un compartimento donde sucede la vida digitalizada, el 'tercer entorno' es inmanente a las personas porque es específicamente una construcción totalmente social. Cualquier forma de espacio concebida en el pasado necesitó de un lugar físico donde apoyarse, el espacio digital se apoya sobre la tierra por sus necesidades físicas (cableado, computadoras, procesadores, etc.) pero se concreta como tal en lo etéreo del aire que posibilitan las conexiones inalámbricas (satélites) (Echeverría, 1999). Las necesidades estructurales para la existencia del espacio digital son ínfimas en comparación con su capacidad de crecimiento y expansión y el motor que nutre dicho funcionamiento del mismo es la interacción. Por lo tanto, su territorialidad también se presenta como una necesidad en la materialidad imprescindible para la existencia de las personas que lo alimentan. Sin embargo, en términos de estructura interna esta territorialidad se vuelve nula porque gracias al principio de conexión mencionado anteriormente es posible la conexión de



cualquier punto con otro punto dentro del espacio digital y es por eso que su fisonomía se presenta como 'plana, lisa y abierta' para posibilitar cualquier tipo de interacción. Lo múltiple del entorno infocomunicacional necesita la menor cantidad de barreras para erigirse como tal y permitir la retroalimentación constante de su estructura. Se desarrolla como una 'meseta' con diferentes áreas de intensidades pero que no tiene un punto de culminación determinado ni tampoco una clara orientación hacia un exterior posible, su crecimiento se expande de forma permanente. El término 'meseta' también alude a una multiplicidad conectable con otros puntos del espacio digital lo que genera una expansión coetánea (Bateson en Deleuze y Guattari, 2002).

El aumento de posibilidades con el fin de acompañar la multiplicidad propicia de la convivencia de códigos diversos, lo que mencionamos como 'agenciamiento' en líneas anteriores, le da al espacio digital la habilidad de generar puentes infinitos y aunque la agencia compartida pueda presentar una diversidad excesiva en todo sentido, el acto paliativo para procesar toda la excesiva información que fluye constantemente se centra en el plan de consistencia que delimita el afuera pero ya no solo como una cuestión espacio-temporal, sino que a través de los nudos de arborescencia y los brotes rizomáticos se aglutinan las similitudes y se discriminan las diferencias. A esta lógica responden las plataformas que funcionan como secciones ordenadas a partir de su rubro de actividades, pero siempre posibilitan la conexión hacia otros lugares digitales. Los algoritmos construyen vías de conexión posibles de acuerdo a la actividad de el/la usuario/a y de esta forma van delimitando el 'afuera' en términos de preferencia predictiva basada en los datos acumulados en las anteriores navegaciones del mismo.

El entorno infocomunicacional se presenta heterogéneo, múltiple, conectivo y la convivencia de lo humano con lo tecnológico sintetizado en lo digital cambia los puntos de referencia porque los espacios ya no tienen ubicación, pero las personas sí, entonces la espacialidad se determina a partir de su posición. La deslocación de todo espacio físico pasa a convivir en la integridad del humano, los espacios se vuelven lugares sin historia ni identidad porque han sido disminuidos a una mera herramienta digital factible de ser modificada.

Esta modificación de la relación de las personas con el espacio indefectiblemente trae consecuencias en la concepción temporal de la vida y un claro ejemplo de ello es lo que Rosa denomina como 'la promesa de eternidad' (2016). La aceleración del ritmo de vida social se traduce en un 'tercer entorno' regido por una digitalización que posibilita la expansión de cualquier actividad aumentando las opciones realizables, por lo tanto se amplía el espectro



de acción porque sobre lo ya conocido viene a superponerse un contexto infocomunicacional totalmente reticular y ubicuo alimentado por una 'remediación' constante (Lasén y Puente, 2016), es decir la posibilidad de mediación entre diferentes plataformas, en donde la conexión une experiencias por su 'principio de conexión' (Deleuze y Guattari, 2002) y así genera un ecosistema diverso de posibilidades. Sin embargo, por más que las opciones realizables sean imposibles de equiparar con las opciones realizadas debido a la finitud de la vida de las personas, la aceleración aumenta el 'ritmo de la vida social' y se duplica la proporción de abarcar más actividades en menor tiempo (Rosa, 2016).

En este contexto infocomunicacional las nuevas condiciones de cotidianeidad presentan nuevas dificultades. Con su tercera categoría, *la aceleración del ritmo de vida*, Rosa se detiene a observar estas condiciones de cerca haciendo referencia a la noción de *time-famine*:

En la modernidad, los protagonistas sociales sienten cada vez más que se les está acabando el tiempo, que les falta tiempo. Da la impresión de que se concibe el tiempo como una materia prima que se consume como el petróleo y que, por lo tanto, se vuelve cada vez más escasa y de mayor precio. Esta percepción del tiempo se encuentra en la raíz de una tercera forma de aceleración propia de las sociedades occidentales que no está vinculada ni lógicamente ni causalmente con las otras dos. Por el contrario, por lo menos en apariencia, esta escasez de tiempo resulta totalmente paradójica en relación con la aceleración tecnológica. (Rosa, 2016, p. 30)

Lo lógico sería tener más tiempo libre gracias a que la tecnología permite realizar tareas en menos tiempo. Pero el hecho de tener más tiempo se traduce en la posibilidad de cubrir más tareas. La aparición de nuevas actividades debido a la mayor disponibilidad de tiempo, también conlleva el aumento de saberes necesarios para poder realizar dichas tareas y, en definitiva, el tiempo 'ganado' por la tecnología obliga a una adaptación en la cual se impone una lógica de constante aprendizaje y aparición de tareas por cubrir.

La comunicación digital favorece la aceleración al eliminar los intermediarios. El paso de la comunicación analógica a la digital introdujo a millones de personas y las hizo partícipes de todo proceso interactivo. Al eliminar a los intermediarios y otorgar la posibilidad de participar activamente como usuarios/as, se enriquece el ecosistema info-comunicacional generando más contenidos y más intercambios. La eliminación de esta instancia intermediaria en el flujo de información es en gran parte lo que posibilita la velocidad de la comunicación.



Pero la aceleración no es el único aspecto a tener en cuenta, Han (2014) observa el problema de la temporalidad en relación con el espacio digital y la lógica neoliberal. El hecho de poder participar en el circuito de comunicación en cualquier rol, en contraste con la época de comunicación analógica, abre las puertas a nuevas alternativas de acción. Ya no pasamos el tiempo como un mero receptor pasivo de información, como en las épocas donde la radio o la televisión ocupaban un lugar hegemónico. En la actualidad, somos agentes activos que participan casi sin interrupción en todo el proceso de comunicación digital. Podemos actuar en cada faceta, y eso, en definitiva, nos lleva a invertir más cantidad de tiempo.

La temporalidad nula hace referencia al 'eterno presente' que se plantea en el tercer entorno. Sumado a la distribución de roles que favorece la comunicación digital, esta temporalidad se hace característica y resignifica muchos procesos sociales. En el ámbito de lo político, la comunicación sin mediación implica nuevas reglas de juego para los actores principales. "La transparencia total impone a la comunicación política una temporalidad que hace imposible una planificación lenta, a largo plazo" (Han, 2014, p. 36). De alguna manera el actor político también sufre consecuencias similares a las que propone el concepto de *time-famine*. No tiene tiempo. El tiempo es ya, no hay un momento para procesos a largo plazo ni planificación. El tiempo digital rebasa los ciclos del tiempo biológico humano porque su ritmo de aceleración nos obliga a correr detrás de un presente al que siempre llegamos tarde. Los datos pueden servir para realizar predicciones, pero la voluntad humana no se rige por una lógica inmutable, por más que el espacio digital cree prototipos de usuarios/as, las demandas de las personas se rigen por factores diferentes a los del 'tercer entorno'.

Han analiza las implicancias de los principios que rigen el neoliberalismo global en términos del orden social, económico y productivo. El orden neoliberal promueve el rendimiento, está en una búsqueda constante de mejorar las performances de sus actores, de sus procesos y maximizar sus resultados a partir de lo que el autor sintetiza en la frase "el imperativo neoliberal transforma el tiempo en tiempo de trabajo" (Han, 2014, p. 58). De esta manera, el panorama que presenta Rosa sobre la sensación de falta de tiempo empeora considerablemente. Ese tiempo ganado gracias a la eficiencia de la tecnología, implica bajo el régimen productivo neoliberal, más tiempo para trabajar. Si la tecnología nos hace ganar tiempo gracias a su eficiencia, hay que usar ese tiempo para maximizar aún más nuestra performance.



Mencionamos anteriormente cómo los límites se difuminan gracias al entorno informacional. La posibilidad de existencia en el tercer entorno y la replicación de la vida dentro del mismo desvanece muchas propiedades que la delimitan. Así como cualquier lugar puede ser un lugar de trabajo o cualquier momento puede ser un momento de trabajo, también los dominios se entremezclan. El ocio y el trabajo pueden ocurrir en simultáneo.

Hoy, en efecto, estamos libres de las máquinas de la era industrial, que nos esclavizaban y explotaban, pero los aparatos digitales traen una nueva coacción, una nueva esclavitud. Nos explotan de manera más eficiente por cuanto, en virtud de su movilidad, transforman todo lugar en un puesto de trabajo y todo tiempo en un tiempo de trabajo. (Han, 2014, p. 59)

De este modo, Han visualiza cómo ante la promesa inicial de liberación, el medio digital nos expone a nuevas ataduras. El presente eterno y la primacía de lo inmediato constituye una especie de situación de emergencia constante donde urge la necesidad de acción en el momento y consolidando una pérdida general de la visión a futuro. La flexibilidad espacial y temporal del 'tercer entorno' nos vuelven sujetos sin referencias fijas y se pierde noción de nuestra propia identidad; el espacio digital nos engulle porque requiere de nuestra interacción constante para alimentar sus algoritmos. Desde luego Han no es el único en verlo de esta manera. Paula Sibilia (2005) también expresa en términos similares las transformaciones que introduce el espacio digital. Entiende que, a partir de este, las modalidades de trabajo no sólo cambian, sino que se expanden tanto en el espacio como en el tiempo. Ya no estamos ante un esquema rígido de horarios fijos y jornadas estrictamente delimitadas en un tiempo y lugar. En el tercer entorno estos dominios se reconfiguran de manera esencial. Se posibilita la existencia y el desarrollo de nuevos trabajos y disciplinas que "privilegian contratos a corto plazo basados en la ejecución de proyectos específicos y enaltecen la flexibilidad" (Sibilia, 2005, p. 38). En este sentido, se encuentra completamente en línea con la postura de Han. Ambos ven y reconocen en la *flexibilidad* un fenómeno que no debe ser desestimado, por caracterizar tan profundamente estos tiempos.

Al comprimir nuestra primera forma de comunicación que es nuestro cuerpo (Lasén y Puente, 2016) nuestra integridad se concreta en términos de presencia/ausencia digital y el tiempo de inactividad en el entorno informacional nos va relegando al olvido. Esta aceleración representada en la supresión del espacio por el tiempo, se vuelve un fenómeno totalitario porque ejerce presión sobre la humanidad; es ineludible y omnipresente al estar presente en todos los aspectos de la vida. Así, la sujeción a lo digital se presenta como una



relación problemática en términos temporales porque nuestra capacidad de acción se ve sobrepasada ante los requerimientos de dicho espacio. Tal es así, que se rebasan todos los ciclos naturales por fuera de dicho entorno, consumimos más recursos de los disponibles y desecharnos más residuos de los que el ambiente natural puede soportar, y eso repercute de manera significativa en nuestra concepción como especie (Rosa, 2016).

Lo asincrónico se asienta sobre la base del espacio digital como un almacenamiento expansivo, la simultaneidad entre dos personas necesaria para lograr cualquier tipo de interacción social en el primer y segundo entorno, queda totalmente obsoleta en el tiempo del 'tercer entorno'. Aquí lo asincrónico se impone como la norma porque congela los estímulos en esta temporalidad nula para ser recibidos cuando el/la usuario/a receptor vuelva a conectarse a la red. Echeverría (1999) habla de lo 'multicrónico' del espacio digital y se traduce en una convivencia de varios ciclos temporales a la vez, es decir, lo asincrónico mencionado anteriormente permite la convivencia de interacciones coincidentes en tiempos disidentes.

El espacio digital se traslada con nosotros, entonces se vuelve omnipresente porque no importa dónde estemos mientras nuestro teléfono móvil esté en nuestro bolsillo y con megas de Internet disponible. Esto significativamente se transforma en una presencia absoluta que deriva en un tiempo total sin interrupciones. Al no haber barreras físicas de distancia y llevar el espacio con nosotros mismos, el tiempo nos obliga a estar presentes en todo momento. El algoritmo se alimenta de nuestras interacciones porque apuesta a nuestras acciones repetidas y a su vez, aun cuando no estén referidas a lo laboral, nuestra actividad digital es constante. El tiempo digital es un tiempo excesivo que no tiene ritmo, que no marca el paso porque sufre la falta de silencios, por eso es totalmente cansador y es necesaria la función "no molestar" para poder desprenderse parcialmente del espacio digital. La aceleración del ritmo de vida social exige más actividades porque el costo temporal de cada una ha disminuido, pero se ha reemplazado por una presencia exhaustiva, transversal a cada ámbito de la vida. Constanza Michelson (2021) dice que estamos viviendo en el "tiempo de la angustia" debido al agobio y la exigencia salvaje de los mandatos digitales y es por ello que, ante esa "falta de tiempo" crónica en la actualidad, los niveles de depresión se han incrementado fervientemente a causa de que dicha enfermedad es una forma de "congelar el tiempo", con el costo de congelarse a uno mismo (Michelson, 2021).



Lo digital les hace creer a las personas que son animales sin limitaciones, pero, aunque el 'tercer entorno' expanda la capacidad de los sentidos, nunca dejamos de estar sujetos/as a un cuerpo. Entonces hay un sentimiento de inestabilidad referencial con respecto a nuestro espacio-tiempo porque no hay puntos estáticos, como dijimos anteriormente, no hay lugares fijos ni pasado ni futuro, nos convertimos en la ubicación del espacio y la aceleración genera discontinuidades temporales al engullirnos en un 'eterno presente'.

La automatización del espacio digital corta con la linealidad en todos sus sentidos porque se basa en la retroalimentación, en un bucle de constante información (McLuhan, 1996), ese lugar plano y liso del que habla Han se materializa constantemente con el fluir de la información a cada segundo. Por más que el espacio esté ubicado en nuestros smartphones o cualquier otro artefacto digital, nuestra humanidad es automatizada a través de los algoritmos que nos cifran en datos. Al concretar la digitalización de nuestro ser entramos en el devenir del flujo incesable de información que alimenta al espacio digital.

1.3. ¿Cómo contribuye lo digital a la transformación de lo humano?

En los párrafos anteriores hemos abordado como elementos centrales de análisis el espacio y el tiempo a través de las transformaciones que han sufrido a partir de la digitalización. Sin embargo, lo digital, como ya hemos mencionado, es transversal a cualquier ámbito de la actividad humana y el 'tercer entorno' se sobrepone a toda noción humana y le aporta nuevas cualidades, entre ellas esa temporalidad nula y esa espacialidad descentralizada que hemos abordado. Este contexto es propicio al almacenamiento, ya que su infraestructura está diseñada para albergar datos en cantidades excesivas y de esa forma a través de los algoritmos generar un orden para el procesamiento de la información.

Así, nos encontramos ante un almacenamiento ilimitado en donde el espacio digital conserva la memoria de toda interacción digital y a su vez, nuestro ser digitalizado cambia la forma de relacionarse con la propia memoria de nuestro cuerpo. La relación con el conocimiento se ha vuelto mucho más volátil por la posibilidad de acceso constante, pero es menester destacar que la memoria es un proceso totalmente dinámico y que está en constante movimiento porque evoca de forma voluntaria un hecho pasado (Silverstone, 2004), a diferencia del almacenamiento que se presenta como un depósito de datos duros y crudos que necesitan un procesamiento para convertirse en conocimiento.



Teniendo en cuenta esto, la volatilidad es inherente al entorno infocomunicacional por su estructura digital y esto afecta la forma en que recordamos y construimos memoria. El eterno presente nos da la opción de acceder de forma ilimitada a datos, el proceso de interpretación sigue estando presente porque se requiere al menos un nivel mínimo de alfabetización para poder navegar en el espacio digital, pero con el surgimiento del 'tercer entorno' se produce una fijación masiva de la información y el bucle de retroalimentación genera el flujo característico de dicho lugar. La falta de tiempo anteriormente mencionada, también sucede a causa de una constante respuesta a estímulos en unos pocos segundos. Lo reticular del espacio digital nos posiciona al medio en todo momento, estamos rodeados de miles de bits de información girando a nuestro alrededor. Es imposible no ser trastocado por dicha dinámica y no sufrir consecuencias en un acto esencial de nuestra voluntad humana: la atención.

La economía de la atención surge con el desarrollo de la Internet y la sofisticación de los motores de búsqueda que han posibilitado una instantaneidad excesiva al presentar miles de resultados en cuestión de segundos. Cittón identifica un fenómeno en el que "las computadoras reemplazan la energía atencional con energía eléctrica" (2017, p. 1), en lo que denominará 'electrificación de la atención'. Este proceso tan ágil de búsqueda posibilita ahorro de atención significativo que de otra manera involucra un mayor gasto de energía atencional y tiempo.

Para Cittón (2017) la atención y la valorización siempre estuvieron estrechamente vinculadas, ya que sólo podemos valorar algo cuando somos conscientes de su existencia, es decir, cuando lo reconocemos a través de nuestra atención. Y de la misma manera, solemos poner nuestra atención en todas aquellas cosas que valoramos, generando un movimiento circular entre atención y valoración. Pero en la actualidad, con la introducción de diversos dispositivos y plataformas que construyen el espacio digital, la atención, ahora digitalizada, se ve alterada y empieza a verse influida por estas condiciones. A través de diversos medios, la atención individual se vuelca a valoraciones colectivas y a partir de ahí se edifica y se moldea un comportamiento social (2017).

Destaca como la digitalización intercede y preconfigura nuestra noción de la realidad como parte de un procedimiento de programación (2017). A la vez, muchos patrones de nuestro comportamiento humano se ven segmentados y clasificados para su posterior análisis e interpretación. A partir de los análisis de grandes porciones de datos, se pueden deducir preferencias, intereses, y muchas otras facetas de nuestra personalidad. Pero esto puede no



ser del todo evidente, es decir, de estos patrones de comportamiento que manifestamos muchos pueden ser inconscientes o instintivos. Sin embargo, este proceso es posible gracias a una doble inscripción que se produce en este ‘tercer entorno’: nuestros cuerpos son representados digitalmente a través de todos los artefactos tecnológicos que decodifican nuestras características en una especie de avatar³ correspondiente a los rasgos disponibles en cada plataforma; y a su vez, estamos inscriptos naturalmente en nuestra piel, en nuestra propia materialidad humana (Lasén y Puente, 2016).

Ante esta conjunción que produce la digitalización del cuerpo con la tecnología, el entorno infocomunicacional tiene que sostener su ‘plan de consistencia’ para lograr una cohesión en su funcionamiento y es por ello que las plataformas emergen en cantidad para responder a las demandas de la actividad digital. Sin olvidar el plano económico en que el ‘tercer entorno’ se desarrolla, un contexto capitalista regido por la libre competencia en donde frente a una plataforma novedosa surgen muchas otras para lograr captar el mayor nicho de mercado posible. Frente a este escenario el ‘agenciamiento’ del espacio digital se hace visible a través del acrecentamiento de sus dimensiones debido al requerimiento de las conexiones y la ‘remediación’ constante.

La digitalización está acompañada de ciertos mecanismos y protocolos que delimitan el campo de acción de las personas. Existe una paradoja con respecto al contenido que se consume y las posibilidades de diversificación que permite la red. Nunca antes hubo tanto acceso a la información, tan rápido y en un volumen semejante. Pero a pesar de esto, notamos una tendencia hacia un panorama de homogeneidad en términos socio-culturales. La hiperconectividad, la multicronicidad, y el carácter distal del entorno digital facilita una coordinación a escala global que sería imposible de imaginar años atrás. En este sentido, es necesario tener en cuenta otra de las consecuencias de la digitalización de la atención. Citton (2017) reconoce un efecto de ‘estandarización’ que influye de manera considerable en la programación de nuestra atención. A pesar de que hoy poseemos las herramientas para acceder a una diversidad de material incalculable, los datos que circulan en la red son sometidos a las normas homogeneizantes de distintos protocolos que condicionan este flujo.

En los motores de búsqueda es donde mejor podemos apreciar este fenómeno. Page Rank es el algoritmo de Google que se encarga de realizar una jerarquización de la información para optimizar las búsquedas. “Se trata de establecer una jerarquía según el

³ Identidad virtual que escoge cada usuario/a de una computadora o de un videojuego para que lo represente en una aplicación o sitio web.



grado de atención concedida a entes considerados en el interior de una comunidad.” (Cittón, p. 7). El espacio digital se configura a través de un ‘mainstream’, término muy utilizado en las comunidades virtuales y que puede entenderse como la ‘corriente principal’ en cuanto a flujos temáticos con más interacciones y por ende con más atención focalizada. Esto constituye un posicionamiento de cierta información que va ganando valoración entre los/as usuarios/as y a su vez los algoritmos reaccionan frente a la demanda de los prosumidores/as corrigiendo sus parámetros de búsqueda. Esta lógica va generando una estructura en donde el centro concentra lo más relevante y en la periferia va quedando relegado toda aquella información de nicho específico correspondiente a jerarquías menores. La *estandarización* de Cittón refiere a esto. Todos los resultados pasan previamente por filtros y el algoritmo se encarga de organizar la visibilidad de determinada información según sus parámetros. Todos aquellos resultados que se alejen de la valoración delimitada por los criterios del algoritmo no son excluidos, sino que son relegados en la posición según la jerarquización previa (2017).

Nuestra atención se ve influida de esta manera por cómo el algoritmo gestiona la información, los resultados y la atención de los demás. En cierto modo, nuestra actividad está más interrelacionada con la del resto de lo que pensamos. Page Rank se nutre de todas las interacciones, las búsquedas, la circulación de información, la valoración de cada usuario/a sobre esa información entre otros criterios que utiliza para llevar a cabo su clasificación. Citton habla de una ‘dinámica reafirmante’ (2017) en donde el espacio digital alimenta todas nuestras preferencias a través de la predictibilidad de comportamiento realizada a través del rastreo de nuestra navegación y así nuestra ‘burbuja de filtros’ (Martínez Gallardo, 2016) se retroalimenta constantemente con información similar y nos emparenta con otros/as de características semejantes a las nuestras.

Las grandes plataformas priorizan el tratamiento del contenido según la cantidad, les interesa todo aquello que genere tráfico masivo. Las personas, mediante su interacción con el contenido (ya sean videos, fotos, texto, transmisiones en vivo, etc.) participan reaccionando, dando ‘like’, compartiendo, armando listas de reproducción, entre otras posibilidades. La actuación de cada uno/a, sumado a *cookies* que rastrean la actividad en cada sitio, conforman una mina de información que las plataformas utilizan a su favor para entender mejor a su audiencia. La recolección de metadatos brinda un entendimiento del comportamiento del público en relación al contenido que consumen y cómo se relacionan con él. De esta manera el contenido no es tan relevante para el modelo de plataformas digitales, sino la capacidad de acceder y gestionar toda esa información para poder tener un margen



de acción a futuro que permita anticipar las decisiones a tomar. Estas condiciones son las que favorecen el surgimiento de la 'burbuja de filtros'. Como se prioriza el tráfico por sobre el contenido, gran cantidad de personas terminan consumiendo el mismo tipo de información (Van Dijck, 2016). La navegación de la red no beneficia la aparición de cualquier contenido que pueda ser difícil de digerir. En cambio, se busca mantener a los y las usuarios/as siempre activos/as, recomendándoles el contenido que desean ver, y, en consecuencia, reafirmando su manera de ver el mundo.

En medio de una socialidad global, atravesada por plataformas y seriamente influida por algoritmos que se ocupan de jerarquizar la información, las personas también se ven sujetas a estas condiciones. Así como se gestiona el orden y la relevancia de la información, muchas de las plataformas principales realizan una valoración de quienes usan sus servicios. Aquí se pone en duda el potencial igualador que sería inherente al espacio digital. Las plataformas imprimen un sistema jerárquico en su interfaz que premia a aquellos/as que aporten contenido relevante para la plataforma. El universo de usuarios/as de cada plataforma se segmenta entre los/as que con su participación se logran posicionar destacándose, sobre los/as que sólo consumen información o tienen menor participación (Van Dijck, 2016). Por lo tanto, la igualdad es un término problemático en el espacio digital debido a la amoralidad inherente de este lugar. "La moralidad es algo que la sociedad manipula, interfiere, redefine" (Silverstone, 2004, p. 217) y en dicho entorno infocomunicacional los valores se tornan totalmente volátiles debido a la flexibilidad estructural de su funcionamiento como espacio digital y la socialidad toma tintes particulares que difieren con las formas sociales anteriores a lo que venimos llamando 'tercer entorno'. La jerarquización del público es un acto carente de moral debido a que la escala utilizada para discriminar la posición de las personas en el espacio digital se rige por aspectos totalmente dictaminados por los algoritmos, pero reafirmamos lo anteriormente mencionado, el entorno infocomunicacional no es inmoral, es amoral.



CAPÍTULO 2

¿Quién es el Otro en el espacio digital?

2.1. Identidad e integridad del Otro

El tercer entorno mantiene un aspecto inamovible en la esencia de las personas: la sociabilidad. Somos seres sociales y convivimos con la otredad en conjunto, “estamos hechos de otros y es otra forma de decir que nadie es su propio fundamento” (Michelson, 2021, p. 39). Necesitamos del Otro para llegar a ser seres humanos en términos de evolución y, en ese proceso, el aprendizaje se vuelve inherente a las capacidades que vamos adquiriendo con el paso del tiempo. El reconocimiento de los demás hacia nuestra persona nos permite ser entes autónomos e independientes y nos brinda la posibilidad de reconocimiento y percepción hacia los demás. Desde nuestro análisis, el ‘primer’ y el ‘segundo entorno’ presentaban una simultaneidad temporal y espacial en esa convivencia con el Otro. Esta cercanía estaba mediada por una presencia absoluta de nuestros sentidos como herramientas de percepción, nos permitía valorar a un Otro totalmente distinto por su composición única y ajena a mí, pero igual en términos de especie. La autonomía del Otro reposa sobre su exterioridad con respecto a mi ser y es en ese afuera que reside el “misterio” propio de esa otredad. Y hay algo de ese Otro a lo que nunca voy a acceder porque yo no puedo ser ese Otro, yo represento alteridad para los demás y por lo tanto también me invisto de misterio para el prójimo (Levinas, 1993).

El tercer entorno implica una corporalidad digital que nos permite desprendernos de lo físico. Nos vemos representados en la virtualidad mediante diferentes versiones o modalidades, pero a pesar de poder construir nuestra identidad virtual nosotros mismos, el medio pierde el componente físico de la comunicación. La naturaleza de las relaciones humanas se ve distorsionada, o al menos, ampliada cuantiosamente. En este sentido, Echeverría (1999) hablará de ‘telecuerpos’, la consistencia de estos se basa en una pluralidad de representaciones diseminadas en el espacio digital y sin equivalencia en el espacio físico. El telecuerpo es una representación artificial. De esta manera, la corporalidad propia del primer o segundo entorno ya no está ahí. Se construyen identidades que fluyen de una manera mucho más volátil. Y cuando interactuamos con alguien en el espacio digital, lo que hacemos es interactuar con representaciones de esa persona.

Paula Sibilia concibe la idea de un “hombre postorgánico” (2005). Identifica cómo las dinámicas que propone la ‘sociedad de la información’ ponen en juego una amalgama entre



el hombre y la técnica, en donde la naturaleza de la configuración biológica del cuerpo humano se empieza a volver obsoleta. “Los cuerpos contemporáneos no logran esquivar las tiranías del upgrade” (Sibilia, 2005, p.11), la necesidad y la exigencia de actualizaciones permanentes establece una norma que es interiorizada como el deseo de lograr una compatibilidad integral con el “tecnocosmos digital” (Sibilia, 2005), un cuerpo que esté en línea y sea funcional con el tercer entorno.

Sibilia se acerca a Echeverría cuando reconoce un cuerpo digital, que “se vuelve permeable, proyectable, programable” (2005, p.14). Habla casi en un sentido homólogo y entiende que la definición clásica del cuerpo humano empieza a perder trascendencia. Los análisis son compatibles y apuntan en la misma dirección: hacia la transformación de la relación entre el cuerpo y el entorno. Pero Sibilia tiene en cuenta consecuencias algo más decisivas. “Insertos en el nuevo régimen digital, los cuerpos contemporáneos se presentan como sistemas de procesamiento de datos, códigos, perfiles cifrados, bancos de información” (Sibilia, 2005, p. 14).

A su vez, apoya su perspectiva en la mirada del economista Jeremy Rifkin, que, si bien produce un análisis crítico en términos económicos, aborda la problemática temporal y se extrapola fácilmente a nuestra temática. Rifkin (2001, en Sibilia, 2005) observa cómo la propiedad de un activo físico en el tiempo empieza a perder valor dentro de la cultura digital. La velocidad de innovación que propone el espacio digital y las constantes actualizaciones, sumado a plazos de vida útil más cortos, desactualizan la institución de la propiedad a cada instante. La cultura digital es demasiado veloz. Por eso reconoce que, en este tipo de economía en constante transformación, el hecho de *tener*, *guardar*, o *acumular*, perderían buena parte de sus antiguos sentidos (Sibilia, 2005).

Los vínculos humanos, inmersos en la cultura digital, sufren el mismo efecto de temporalidad. La comunicación en el tercer entorno, despersonalizada, ubicua, inmediata, facilita relaciones descartables. Estas condiciones no son favorables para el desarrollo de vínculos humanos genuinos a largo plazo. *Tener* una relación, *cuidar* una amistad, etc, son dinámicas que requieren una interacción mucho más profunda. Aunque no se debe entender con esto que la amistad no es posible en el entorno digital. El énfasis está en cómo las plataformas y las condiciones que nos impone el entorno nos lleva a un tipo de relación en donde no terminamos de reconocer al Otro, a un espacio donde las particularidades humanas



de cada uno están disminuídas y no se logran manifestar visiblemente.

En la actualidad podemos tener, dentro de cualquier plataforma, cientos o miles de “amigos” o “seguidores”, pero está claro que esas amistades o esos tipos de vínculo no están ni cerca de tener un status tan serio como el de una amistad cercana o un familiar. Son tan solo personas con las que se puede estar en contacto fácilmente y de manera inmediata, pero que en su mayoría no juegan un papel determinante en la vida diaria del sujeto.

De esta manera, el espacio digital permite la convivencia con ese Otro, pero modifica de forma transversal la forma de relacionarnos con cualquier otra persona. Lo digital trastoca el tiempo y el espacio como factores de lo humano y es inevitable la transformación de los parámetros de autopercepción y de reconocimiento. En este entorno infocomunicacional, la exterioridad que representa el Otro se ve comprimida debido a su desterritorialidad física como lugar de convivencia, hay una compresión de los rasgos espaciales del Otro a causa de lo etéreo propio de la digitalización. La decodificación reduce el plano de lo táctil a lo visual a través del ordenamiento de los datos propios de cada persona, su identidad se concibe como un ‘perfil’ porque solo podemos percibir una dimensión espacial limitada de su integridad.

El “misterio” de la otredad desde Lévinas, está fundado sobre la imprevisibilidad del Otro, al estar de forma simultánea tanto espacial como temporal, el accionar de esa persona queda totalmente fuera de mi capacidad de anticipación (1993). Sin embargo, esta situación se ve trastornada en el espacio digital por varios motivos. En primer lugar, el misterio al que refiere Lévinas sucede a causa de un presente simultáneo en donde dos personas coinciden en tiempo y espacio, el ‘tercer entorno’ modifica la relación con el espacio al convertir la distancia en una mera cuestión de tiempo y la simultaneidad con ese Otro ya no requiere de la coincidencia física. En segundo lugar, en el espacio digital la decodificación constante de todos nuestros datos va inscribiendo todas nuestras interacciones en un almacenamiento que configura un comportamiento estándar de nuestro usuario, por lo tanto, posibilita la relectura de nuestras actividades, intereses, pensamientos, consumos, y así los demás pueden obtener información detallada y fijada de forma digital acerca de mí. La imprevisibilidad es menos profunda con respecto a la situación en la que lo plantea Lévinas.

Necesitamos del Otro, estamos hechos de otros, pero no logramos estar realmente en contacto o generar un vínculo sólido. Creemos que lo hacemos. La arquitectura del espacio



digital y el formato de sus plataformas nos conduce ilusoriamente a pensar que estamos siempre en contacto con los demás, pero el velo digital que impone la mediación suprime la posibilidad de conocer al Otro. Esta dificultad tiene que ver con diferentes fenómenos sobre los que debemos profundizar: invisibilización, silenciamiento, distancia y cercanía, el Otro como misterio, la temporalidad nula, la hiperconectividad, y la supuesta “hipercomunicación”, entre otros.

- *Hiperconectividad*

La hiperconectividad nos hace menospreciar el valor de la comunicación genuina, la mediación nos impide reconocer la humanidad que está del otro lado. Por esto se generan relaciones descartables, no hay emociones ni afectos que entren en juego seriamente, todo es un fugaz intercambio virtual. “La hipercomunicación destruye tanto el tú como la cercanía. Las relaciones son reemplazadas por las conexiones” (Han, 2017, p. 66). Han invierte la ecuación, ahora lo que predomina es el imperativo de la conectividad, quedando el vínculo en segundo plano. Silverstone (2004) llega a la misma conclusión incluso antes, y entiende que debemos hablar de conectividad en lugar de proximidad.

Esto incide decisivamente en cómo percibimos al Otro en el espacio digital. La hiperconectividad necesita de lo igual. Vimos anteriormente cómo nos enfrentamos a un entorno infocomunicacional reafirmante, donde constantemente se nos ofrece sólo lo que nos gusta y lo que no nos genera incomodidad. Han (2017), que habla de la positividad de lo familiar y la negatividad de lo desconocido como dinámicas que se dan dentro del entorno virtual, nota que lo extraño resulta indeseable para el flujo de comunicación. La vertiginosa circulación de la información en el tercer entorno necesita de lo igual. Lo distinto, lo alternativo, implica detener ese ritmo irrefrenable. De esta manera nos perdemos de lo diferente, y nos quedamos con una imagen fugaz de cualquier persona o cualquier acontecimiento. Cuando hablamos de interacción y vínculos en el espacio digital, de cómo percibimos al Otro, entendemos entonces que aquel ‘misterio’ que para Levinas vive en el Otro, esa zona desconocida a la que no podemos acceder, jamás se podrá manifestar en el tercer entorno. No podremos percibirla ni reconocerla. Tal nivel de desconocimiento y de profunda incertidumbre no tiene ningún tipo de lugar en la dinámica reafirmante del espacio digital. También Silverstone reconoce este fenómeno, y afirma que la tecnología puede incidir en la



distancia de otra manera: “Puede acercar demasiado al Otro, a tal punto que nos impida reconocer la diferencia y la distintividad.” (2004, p. 219)

- *Temporalidad nula o presente eterno*

La temporalidad nula o presente eterno característico del espacio digital despoja al sujeto al convertirlo en un ente provisto de una omnipresencia intermitente, es decir, su presencia en la red no está definida por su interacción constante sino por su capacidad de conectividad constante. Cuando no está de forma activa, su pasividad reposa en un congelamiento de todos los estímulos recibidos por su aparato intermediario tecnológico para su posterior procesamiento cuando vuelva a estar en línea. Esto provoca una disrupción totalmente significativa en la noción de ‘sujeto’, la cual responde a una lógica de sujeción a ciertos elementos indisolubles de la humanidad, pero lo etéreo del entorno infocomunicacional despoja a las personas de su corporeidad y les posibilita un accionar discontinuo gracias al almacenamiento constante propio de dicho espacio.

Lo distal del espacio digital provoca una transformación en la forma de percibir nuestra identidad porque la lejanía ya no solo es con la exterioridad que representa el Otro, sino también con la sensorialidad que me afirma como persona. Las capacidades humanas han sido amplificadas en términos de presencia debido a la posibilidad de acortar toda distancia temporal y espacial, la configuración del espacio digital permite una extensión de nuestro alcance comunicativo o participativo pero nuestro cuerpo tiene que estar a la altura de una omnipresencia casi absoluta y una atención con una demanda excesiva de estímulos. Hay algo de eternidad en el continuo del espacio digital que no tiene pausa alguna, los/as usuarios/as pueden detener su actividad digital pero su ausencia en términos interactivos no es más que un breve receso augurando por una compilación de estímulos esperando a la próxima conexión. Esta lógica plantea una humanidad constante en su accionar y un tiempo de presencia excesiva en donde tiene que haber un agente capaz de responder a la demanda del mismo, pero en términos naturales, no hay sujeto capaz de asumir la eternidad (Lévinas, 1993).

Desde el pensamiento de Lévinas es menester un ‘descentramiento del yo’ para acoger la alteridad del Otro, pero en el espacio digital siempre se privilegia la posición del yo debido a que el medio es el usuario/a. Además, hay una fusión del yo con la tecnología en donde las características que hacen a la persona sí o sí necesitan herramientas del entorno



infocomunicacional para poder desenvolverse en dicho espacio, entonces hay primero una relación con lo digital como espacio antes que con el Otro.

El entorno infocomunicacional tiene otra particularidad en la cual ese Otro puede presentarse como una instancia totalmente tecnológica, es decir, la 'agencia compartida' mencionada anteriormente, permite una interacción directa entre personas que ofician de usuarios/as, pero a su vez hay agentes digitalizados actuando en el espacio digital. La 'agencia compartida' permite tener vínculos con una identidad delusoria, anónima o que está personificando a otra.

El espacio digital plantea una proximidad excesiva que avasalla toda distancia posibilitadora de reconocer las diferencias, hay un acercamiento tan profundo hacia el Otro que no puedo distinguirlo en su alteridad. De la misma forma el este rasgo afecta mi integridad ya que mi conformación está secundada por un espacio totalmente flácido en su consistencia comunicacional y comparto los mismos sitios con millones de personas que tienen nombre y foto de perfil, pero no conozco. Ya no solo se vuelve un misterio el Otro por su desconocida identidad, sino que mi propia integridad se vuelve una incógnita.

- **La 'caricia' como estrategia del espacio digital**

El entorno infocomunicacional plantea una coacción constante a través de la 'caricia' como modus operandi, es decir, sus mecanismos nos están adulando constantemente y nos ofrecen comodidades para moldear nuestra persona de acuerdo a nuestro deseo. La caricia se amolda al cuerpo que toca de forma apacible pero no desinteresada y crece a través de la manipulación de las formas digitales positivas aumentando la sensación de bienestar con cada interacción. Nos ofrece un espacio de confort en donde el Otro no sea más que una mera presencia visual, por ello los mecanismos de bloqueo y denuncia, ante cualquier incomodidad se presenta la posibilidad de apretar el botón de escape hacia un entorno libre de molestias (Bauman, 2009).

La otredad en el espacio digital pierde terreno como alteridad ya que con frecuencia no tengo poder de réplica ni disidencia porque hay un mecanismo de obstrucción o bloqueo en mi encuentro con el Otro. No hay responsabilidad ni preocupación porque somos "islas" digitales. La cercanía borra la distancia al acercarse en extremo al Otro, tanto que no reconozco la diversidad debido a la indiferencia reinante en dicho entorno. Hay una violencia implícita



porque dejo ser al Otro hasta el punto donde yo crea necesario su presencia en mi espacio. Entonces se produce una expulsión del Otro en términos digitales porque lo borro o lo bloqueo de mis interacciones digitales, cuando su presencia me molesta lo limito a no entrar a mi burbuja digital (Silverstone, 2004).

En 1997, Quentin Tarantino filma “Jackie Brown” y nos expone una escena muy clarificadora para ilustrar nuestro tema. La escena transcurre en un estacionamiento donde los personajes que encarnan Robert De Niro y Bridget Fonda caminan en busca del auto que usan de transporte. En cierto momento, la mujer comienza a fastidiar al hombre criminal quien lleva un arma consigo. La tensión va en aumento hasta el punto en que Louis Gara (De Niro) saca su pistola y dispara a Melanie Ralston (Fonda). Hasta aquí la descripción no es más que una escena común de alguna película de crimen, pero el detalle a remarcar es la decisión del director. Un plano medio encuadra a ambos personajes, pero cuando sucede el disparo, Fonda desaparece de la escena, su cuerpo cae al suelo y De Niro ejecuta un par de tiros más. Esta escena se enviste de violencia porque empuja al personaje de Fonda más allá de la otredad, su integridad es tan poco valorada que no es digna de ser vista, la empuja más allá del cuadro, la expulsa de la pantalla. De forma similar, expulsamos al Otro fuera de nuestras pantallas, sin disparos, pero quitándole la posibilidad de estar en nuestra imagen digital. La violencia explícita que se muestra en la escena descrita anteriormente es un ejemplo claro pero excesivo en su forma de esbozar la relación con el Otro. Sin embargo, lo sutil no quita lo violento, la coacción de lo invisible en términos visuales de interfaz. El espacio digital se entromete en cada faceta de nuestra integridad y aunque las políticas de privacidad nos “protejan” de los peligros cibernéticos, lo etéreo tiene algo de ingobernable e incontrolable que se asemeja al funcionamiento del inconsciente.





La caricia se evidencia en estímulos constantes ofrecidos por los algoritmos a través de los cuales voy modelando mi 'burbuja de filtros', es una adulación hacia mi persona, pero de forma cauta porque sus intenciones no son más que rasgos de su propia estructura. Mi identidad se va conformando por pequeños retoques a partir de mis interacciones, el espacio digital resguarda mis preferencias de cualquier disgusto o antónimo hacia mi persona. Esta presencia extrema en el entorno infocomunicacional reside en la captación constante de mi atención de forma intermitente pero continua, por eso el término 'estar en línea' refiere a lo digital: un continuum de actividad que oscila con pequeñas ausencias atencionales, pero siempre en conexión con el tercer entorno.

Como mencionamos anteriormente, el espacio digital despoja la primera forma de comunicación humana que es el cuerpo, esta corporeidad se codifica en diferentes aspectos digitales y envuelve la identidad en un manojito de datos que sintetizan toda la información propia de cada usuario/a. El entorno infocomunicacional representa una multitud donde cada persona se diluye en tanto singularidad debido a que sus diferencias son absorbidas por las lógicas algorítmicas que privilegian las similitudes para poder construir ciertas 'máscaras' a partir de las cuales se clasifica a las personas. Este término refiere a los estereotipos dotados de rasgos, preferencias, actividades, entre otros aspectos, contruidos por las estructuras digitales encargadas de ordenar el espacio digital. Hablamos de 'máscaras' porque son elementos con facilidad de ser editados y modificados. Representan una comprensión de los



rasgos físicos y mentales de las personas porque aúnan en su estructura información visible para los demás y a su vez definen la identidad digital de cada uno/a (Bauman, 2009).

Esta identidad delusoria está fuertemente marcada por la ambigüedad moral característica del espacio digital, la posibilidad de elección dictaminada por la 'aceleración del cambio social' y la 'aceleración del ritmo de vida' (Rosa, 2016) nos ofrecen una posibilidad de elección jamás antes vista sustentada por la posibilidad de abarcar múltiples actividades. Ya mencionamos que el espacio digital es un lugar amoral porque sus estructuras no reconocen códigos o valores humanos. Sin embargo, la ambigüedad moral está presente por dos motivos: el espacio digital está construido por seres humanos y además sus usuarios/as son seres humanos, más allá de la agencia compartida. Bauman explica que la cuna de la moralidad es el "frente a frente", es en el hogar donde se origina el 'yo moral' (2009). Esta sentencia sufre modificaciones drásticas porque en la actualidad las personas desarrollan su integridad también en el entorno infocomunicacional y su sociabilidad está totalmente atravesada por lo digital, entonces sus formas de aprehensión de las formas morales se ven trastocadas por las modalidades de relación propias del espacio digital. Sin embargo, hay que entender la relación de las personas con el espacio digital como un lazo de afección constante, hay una coacción de las estructuras digitales que dictaminan las condiciones en donde nos relacionamos con el Otro.

La proximidad de la que habla Bauman hace referencia a la situación cercada de sociabilidad en términos de familiaridad o relaciones de confianza estrecha porque a la hora de hablar de sociedad, el autor remarca la importancia de la distancia para construir comunidades regidas por la justicia y no por la moralidad (2009). Este planteo significa una paradoja en el espacio digital porque soy próximo a un anónimo en términos de accesibilidad, pero a su vez ese Otro representa una incógnita en términos de identidad. Esta situación nos ubica en una relación con un Otro 'pixelado, dislocado en múltiples centelleos' (Sadin, 2018), es decir, soy próximo a ese anónimo porque mi integridad se conforma a través de los mismos mecanismos que la suya y a su vez, la distancia no se termina de borrar porque la identidad es un collage de representaciones mediadas por algoritmos donde ningún aspecto es estático por lo tanto la identidad no es un compartimento soso e inmutable.

El espacio social donde nos relacionamos con el Otro se caracteriza mediante diferentes niveles regidos por el polo de la intimidad y el polo del anonimato, mientras mayor distancia de conocimiento sobre ese Otro, más anónimo se vuelve y todavía más extraño



para mí. Sucede que la sociabilidad en el espacio digital dificulta la ‘tipificación’ de los Otros, es decir, el proceso a través del cual asigno tipos a las personas de acuerdo al conocimiento que voy obteniendo de ellos, debido a que la visibilidad de ese Otro está trastocada por la codificación digital que sufre su persona (Schutz, 1974 en Bauman, 2009).

“La comunicación digital carece de cuerpo y de rostro” (Han, 2014, p. 42). En este sentido, Han va en línea con la conceptualización de Echeverría (1999) sobre el telecuerpo, al que concibe como un cuerpo artificial, diseminado en el espacio digital, sin órganos, sin interior ni exterior. El actual entorno infocomunicacional se comprende de personas con cuerpos representados tecnológicamente comunicándose a través de medios digitales. La dificultad de asimilar el carácter humano de cualquier persona dentro del tercer entorno tiene que ver muchas veces con este aspecto.

Nos liberamos de los condicionamientos físicos, espaciales y temporales, pero perdimos el carácter humano de la comunicación. Existe una diferencia trascendental entre interactuar con alguien en persona o hacerlo con representaciones de esta mediadas por plataformas y dispositivos tecnológicos. Sumado a esto, la comunicación presencial se compone de factores extraverbales que son fundamentales. Es decir, también creamos significado o comunicamos a partir de elementos extralingüísticos. “La parte verbal de la comunicación es muy escasa. El núcleo de la comunicación está constituido por las formas no verbales, tales como los gestos, la expresión de la cara, el lenguaje corporal” (Han, 2014, p. 42). Nos acostumbramos a un tipo de comunicación que cada día se despersonaliza más. Una comunicación menos humana. La comunicación entre personas en el tercer entorno nos dificulta reconocer al Otro, a la persona que está detrás de una inmóvil foto de perfil, porque su visibilidad no se mide en términos de cercanía/lejanía ya que su integridad pierde capas y volumen de sensorialidad. Los Otros del espacio digital se vuelven ‘forasteros’ porque están distantes socialmente, pero cercanos gracias al principio de conexión propio del entorno infocomunicacional (Bauman, 2009).

Silverstone postula algunas advertencias sobre la distancia, una de las grandes problemáticas que identifica. “La tecnología no puede borrar la distancia” (Silverstone, 2004, p. 219). Los medios tecnológicos que nos facilitan la comunicación inmediata parecen acercarnos a cualquier persona en cualquier parte del mundo. El intercambio de información nunca fue tan fácil y accesible como en nuestra época, pero lo que se remarca es que a pesar de que una llamada, un mensaje o un video nos conectan en el acto con otra persona, la



distancia que nos separa sigue existiendo. De esta manera se pone en juego nuestra concepción tan común de los medios como disruptores del espacio y el tiempo. Para Silverstone (2004, p. 219) lo que hay es conectividad, pero ello no garantiza proximidad. Ahora bien, la conectividad sí nos permite estar en contacto permanente con las demás personas. Por eso podemos sentir una especie de acercamiento, más allá de la separación geográfica. Pero el contacto permanente a través de medios tecnológicos, desde luego que no garantiza ningún tipo de vínculo genuino.

Estamos en un escenario de identidades delusorias en donde “la moralidad escapa a cualquier tipo de codificación” (Bauman, 2009, p. 134) entonces rompe los tipos convencionales de autopercepción y relación con los demás. Es en la confrontación con la alteridad donde nacen las diferencias que me determinan como persona, pero el espacio digital pre-define la caracterización de las personas a través de una clasificación basada en sus interacciones, entonces termina codificando y construyendo un tipo basado en rendimientos y cálculos predictivos, pero sin esencia distintiva ya que responde a los parámetros que la estructura digital permite. Sumado a esto, la disidencia se ve disminuida en términos de posibilidad ya que el espacio digital privilegia el bienestar del público y reniega toda conflictividad capaz de avasallar contra su control total. Pero la totalidad de la humanidad de la persona no puede ser abarcada digitalmente porque es inconmensurable debido a su inherente complejidad como ser y al ‘misterio’ que reside en la imprevisibilidad del Otro.

El espacio digital materializa la socialidad en interacciones donde no se necesita ningún tipo de relación entre dos personas más que el hecho de ser coincidentes como usuarios/as de una plataforma y reaccionar ante el mismo estímulo. La sugestión se produce mediante la acumulación de similitudes que se me presentan como prueba de un suceso, los Otros influyen en mí en la medida en que el algoritmo lo permita y en segunda instancia en la medida en que yo posibilite la conexión con ese Otro. El problema se expande si pensamos la igualdad con el Otro desde la mirada de Judith Butler en donde la vida tiene importancia porque implica la vida de un Otro, entonces hay una relación de interdependencia e interconexión con la otredad (Butler, 2020). Pero en el espacio digital la presencia del Otro no es vital en términos de valoración porque hay una nulidad del tiempo que me hace prescindible y una acumulación de mis estímulos que me hace atemporal en tanto sujeto activo digitalmente.

Ese estar más allá, esa exterioridad de la que habla Lévinas cuando se refiere al Otro



se corrompe por completo porque ya no hay distancia sustancial para el reconocimiento de las diferencias y el Otro está envuelto en un bucle informacional donde es difícil determinar con precisión los límites. El concepto de 'islas' digitales refiere a que estamos todos en el mismo océano, pero estamos tan cerca y tan sistematizados que el Otro termina deviniendo en una mera interacción.

La conformación de lo humano es inconmensurable en términos digitales, además, porque su compleja integridad se articula a través de un componente ingobernable: el inconsciente. Un área totalmente inaccesible en términos prácticos para la tecnología ya que esta se presenta a través de la conducta. Lo que moldea la identidad de la humanidad es el deseo, ese impulso que nos moviliza como seres y nos lleva a querer, en el sentido literal de la palabra. Y "la fuente del deseo no proviene del yo, sino del cuerpo atravesado por el mundo" (Michelson, 2021, p. 39). Pero el cuerpo ha sido dislocado por el espacio digital y a su vez atravesado por la tecnología, entonces su estructura está influenciada por los mecanismos del entorno infocomunicacional. De esta forma la humanidad, entendida como un proceso inacabado (Barrera, 2015), siempre está en constante transformación y en la actualidad, una dislocación extrema de todas nuestras cualidades como seres humanos.

Esta situación nos ubica en un lugar complejo de reflexión sobre cómo construimos nuestra identidad si el espacio digital ya nos ofrece una interfaz pre configurada a partir de la cual desarrolla nuestro perfil. Los algoritmos están diseñados para confiar en nuestra propia repetición y así poder construir una conducta estable de nuestra actividad digital. Pero somos seres cambiantes por naturaleza, imprevisibles porque hay matices de nuestra estructura que no controlamos, a diferencia del espacio digital donde toda su existencia está controlada y medida por su propia lógica tecnológica. Es por ello que las personas tomamos cada vez más rasgos del espacio digital: sin límites, sin cuerpo, funcionales, enchufados o desenchufados (online y offline); ya que la humanidad rebasa claramente las posibilidades tecnológicas de lo digital (Michelson, 2021).

En este punto es entendible la problematización que se produce con respecto a la relación con el Otro, dado que primero hay una relación conflictiva con mi propia identidad. Tenemos que aprender a bucear en un mar digital donde nuestra integridad pierde todo rasgo físico y todas las relaciones están mediatizadas en claves tecnológicas dictadas por los algoritmos. En cierta medida, el espacio digital nos exige una funcionalidad despojada de la imprevisibilidad humana, a pesar de que su origen está en el ingenio de nuestra especie, su



funcionamiento ya estableció formas convencionales a las que no se puede escapar. La pérdida de la corporeidad nos desafía a entablar relaciones más superfluas con todos los aspectos que nos conforman como personas, lo etéreo del espacio digital nos enfrenta a una socialidad abstracta en donde el Otro es una codificación al igual que yo.

El espacio digital tiene una lógica informacional donde a través de los datos se aplanan toda textura diferencial, todos los/as usuarios/as son hechos con los mismos moldes y es por ello que escapa a que “lo propio nunca es un estereotipo” (Michelson, 2021, p. 42). Si bien los estereotipos son conceptos elaborados por las personas, en esta situación sirven para describir la construcción de modelos que realiza lo digital, aplaca toda diferencia en pos de un aplanamiento que permite un orden y una uniformidad plausible de asegurar una traspolación a los datos.

La exposición se presenta como un estado natural de los/as usuarios/as en la red, pero mayor visibilidad no representa mayor sociabilidad debido a que la accesibilidad del Otro como ente al cual puedo acudir, no se refleja en términos de proximidad social. El anonimato no se borra por el simple hecho de tener datos del Otro a disposición, la atención es lo que dictamina la posibilidad de detectar a la otra persona, pero su alteridad está dislocada a través de destellos materializados en estímulos de interacción digital.

El desmembramiento físico-temporal que provoca el espacio digital en la persona está dictaminado por su inherente conformación como un sistema cerrado debido a su diagramación totalitaria que lo lleva al acceso sobre todo lo que toca. Los seres humanos nunca son una totalidad porque su integridad está compuesta por enfoques diversos que lo dotan de una multiplicidad cargada de ambigüedad a causa de su imprevisibilidad desde el ‘misterio’ de Lévinas. Su digitalización ha sido procesada a través de una atomización regida por lógicas algorítmicas claramente matemáticas entonces de esta forma se ha fabricado un modelo a escala a partir de datos. Despojarse del ‘riesgo’ inherente en el encuentro con la otredad es un requisito necesario para poder lograr cumplir con uno de los pilares del espacio digital: el control. La fragmentación de los seres humanos a través de las plataformas como vías de acceso a diferentes facetas de la persona, no es más que una réplica del proceso de producción a partir de la dislocación que permitieron las redes inalámbricas. Pero, aunque lo humano haya sido degradado a objeto tecnológico desde la administración del espacio digital sobre su persona, no puede desprenderse de su integridad compleja y ambigua. La uniformidad de los rasgos humanos a partir de la construcción de patrones de



comportamiento no alcanza para eliminar los riesgos que conlleva la humanidad en su integridad, la lógica de los algoritmos no puede aplacar ese porcentaje de imprevisibilidad basada en su fluctuación debido a su humanidad inacabada.

La descentralización del sujeto en fragmentos informacionales está sustentada a través de la centralización dirigida por el 'principio de conexión' que rige al 'tercer entorno'. Sin embargo, su poder de réplica no reside en una copia de aquello que pretende imitar, sino en un procesamiento codificado a través del cual construye representaciones digitales. Por lo tanto, en ese traspaso hacia la digitalización se pierden aspectos propios de la humanidad como la corporeidad y los sentidos mencionados anteriormente, pero a su vez produce nuevas lógicas ya que los códigos de lenguaje y los valores son resignificados en el espacio digital.

La disociación de los riesgos de los problemas sociales se debe a la atomización de cada persona en su 'burbuja de filtros', su desglose en partes conlleva una individualización marcada por la necesidad de de las entidades del espacio digital de uniformar las características de los/as usuarios/as y lograr el control de los riesgos. El espacio digital consta de personas sin poder de comunión porque la conectividad no logra la proximidad necesaria para la intimidad. Entonces se forma una congregación de desconocidos/as cercanos, pero totalmente expuestos por la interfaz propia del 'tercer entorno', el cual prioriza una división de cada persona en fragmentos para poder monitorear su actividad a partir de los algoritmos, ordena a través del control y de esta forma logra procesar los riesgos como algo individual, como parte de su propia 'burbuja', una cruz perteneciente a cada usuario/a por más que el problema competa a muchas personas más (Bauman, 2009).

Estamos hechos de Otros porque el mundo nos atraviesa y es en el reconocimiento de esa mirada externa donde también identificamos lo propio y en el espacio digital ese proceso de autopercepción y autorreferencia se dificulta por su misma lógica. Al construir representaciones de la sociabilidad de los seres humanos es inevitable la pérdida de rasgos que construyen la relación con el Otro, entonces este espacio digital imita formas, pero no logra réplicas exactas porque sus herramientas no pueden abarcar todo lo concerniente a la humanidad. De esta forma surgen nuevos códigos de conducta, valores y prácticas propias del tercer entorno, la sociabilidad no desaparece, se transforma a partir de las características



impuestas a través de la digitalización.

La negatividad refleja esa posición en la cual el 'no' se evidencia en lo que es diferente a mí, no sólo como oposición sino como posibilidad de disidencia y diversidad. El espacio digital se caracteriza por su visibilidad a través de la transparencia como factor constituyente de su estructura. Para lograr la sistematización de toda información y de cada partícipe del espacio digital, necesita poder acceder a cualquier punto de su contextura y en consecuencia lo transparente facilita todo el proceso operacional. En su cadena de digitalización necesita la uniformidad de todo elemento para poder convertirlo en material maleable para su administración y clasificación. Indefectiblemente esto recae sobre las personas, las cuales son absorbidas por los algoritmos y su singularidad está limitada por las opciones de la interfaz de cada plataforma. Así, se aplacan las diferencias y se logra una estandarización a través de la configuración de patrones para ubicar a cada persona en el tipo de usuario/a que le corresponda (Han, 2013).

Esta forma de operacionalizar cada participante y cada proceso es una forma de paliar los riesgos y también busca disminuir todo rasgo de imprevisibilidad en los/as usuarios/as, la ambigüedad propia del ser humano es coartada por el espacio digital en busca de convertir su identidad en algo funcional para su sistema. Su estructura traza las vías de movimiento dentro del entorno infocomunicacional, la vasta red de accesos y puntos de conexión no impide una reticularidad que se retroalimenta constantemente, pero sin perder su inherente orden informacional. Es decir, a pesar de las miles de opciones de navegación, el espacio digital siempre ofrece accesos pre-establecidos, caminos previamente diseñados, condiciones mínimas necesarias para que cualquiera ingrese y comience a construir construir su burbuja, su isla.

La volatilidad del espacio digital se expresa en una igualdad etérea, una colección de información sosa porque los algoritmos han procesado toda disidencia a favor de igualar las características en unos pocos modelos digitales. La falta de negatividad del 'tercer entorno' busca convertir toda restricción o problemática que dificulte el flujo informacional en una mera interacción y transformar con la luz de la transparencia todo rastro de oscuridad o profundidad no visible. La identidad se ve trastocada por la lógica del espacio digital y se va reafirmando en un bucle de retroalimentación constante que busca el confort para reafirmar lo positivo y redefinir lo diferente. Pero en este "infierno de lo igual" (Han, 2013) se dificulta el encuentro con el Otro de términos de reconocimiento y valoración porque la incomodidad propia hacia



lo desconocido que representa esa exterioridad con respecto a uno mismo no logra concretarse en la similitud del procesamiento digital. Lo humano nunca deja de definirse porque el sesgo de vitalidad le da un componente dinámico a través del cual se va construyendo y cambiando de acuerdo al contexto en el que se desarrolla. No puedo ser único en un ambiente de igualdad operacional que procesa toda singularidad, la unicidad en términos de lo propio, de lo que me hace ser yo, la identidad se paraliza frente a lo igual porque no logra realizarse como proceso de diferenciación y concreción de lo diferente con respecto al Otro.

2.2. ¿Por qué estamos insensibilizados?

La falta de incertidumbre debido a la posibilidad de acceso y visibilidad de cada usuario/a despoja el componente esencial de la confrontación necesaria para lograr el encuentro con el Otro. El confort propiciado por el espacio digital deviene en una positividad que busca, como dijimos anteriormente, borrar todo rasgo de negatividad, lo oculto no es funcional al algoritmo. El Otro se vuelve un elemento informacional, se vuelve un objeto digital y en esta acepción regida por los nuevos códigos y valores que surgen a través de la digitalización, se modifica su valoración como persona ya que deviene en un/a usuario/a, término relacionado con el uso de algo, entonces en la medida que el Otro sea funcional a mi interacción digital será valorado. En la medida en que sea una intromisión o una molestia en mi flujo informacional, el espacio digital me suministrará opciones para borrarlo de mi burbuja o isla.

Esta libertad que me propicia el espacio digital en mi relación con el Otro y que antecede a dicho estadio tecnológico, me pone en una situación de consideración con esa alteridad porque aun cuando soy totalmente ajeno a cualquier intimidad de esa exterioridad, de ese misterio, mi experiencia no deja de estar atravesada por ese Otro. Por lo tanto, aunque mi burbuja me provista de recursos aislantes para evitar cualquier tipo de confrontación, la forma en que valoro al Otro sigue siendo mi responsabilidad. La “distancia adecuada” de Silverstone nos viene a recordar el punto justo para evitar la indiferencia para con el Otro, es una distancia en la cual aun cuando no haya reciprocidad debo resguardar lo moral como forma de lazo cordial y respetuoso por una exterioridad que me refleja y constituye en todo sentido. El mundo no es una proyección unívoca de mi ser, la otredad es siempre lo que define el ‘yo’ desde antes de tener conciencia de la mismidad como reflexividad del ser, por lo tanto, la “distancia adecuada” me permite una lejanía suficiente como para reconocer un



ser distinto al “yo” pero a su vez remarca la proximidad necesaria para responsabilizarme por el Otro (2004). Este concepto, el autor lo plantea en el contexto de un sistema de medios tradicionales y plantea su posición desde una intención de generar la posibilidad de un ambiente de responsabilidad en el lugar donde se generan significantes y significados constantemente en la cotidianidad. Tal categoría se extrapola al entorno infocomunicacional actual debido a la transformación de los medios tradicionales y la profundización de lo digital como paradigma por excelencia en la vida del siglo XXI.

Las formas de construir sociabilidad en el espacio digital en la actualidad cuentan con un efecto muy claro: el silencio del Otro. Este fenómeno se evidencia en momentos de desastres humanitarios, climáticos o con historias de Otros que atraviesan condiciones de vida extremadamente precarias. Fundamentalmente, Otros que viven en lugares del mundo que no pertenecen al hemisferio occidental. Culturas, formas de organización, creencias, religiones y diferentes condiciones económicas, sociales y culturales que nos separan de esas personas por causa de un desconocimiento total de sus historias.

Chouliaraki aborda esta temática y sostiene su perspectiva teórica desde la propuesta de Silverstone que expusimos anteriormente sobre la posibilidad de que los medios trabajen sobre una “distancia adecuada”. Ve a este concepto como un sólido recurso al momento de considerar “cómo la mediación produce ‘humanidad’ a través del posicionamiento de Otros mediados en un eje de distancia-proximidad” (2011, p. 363) ⁴[traducción propia]. A su vez, propone el concepto de “distancia impropia” (2011) que hace referencia a aquellas construcciones discursivas a las que les será imposible representar la ‘otredad’ del sufrimiento. Esto se debe a causa del uso de textualidades que dificultan la posibilidad de representación del Otro que sufre y que genera, por lo tanto, una preponderancia de los discursos occidentales por sobre el resto.

La autora sostiene que el modo en que opera la mediación en estas historias provoca un silenciamiento de las voces de los que sufren, y se promocionan en cambio las voces occidentales hablando en su lugar. Este tipo de manifestaciones que buscan mostrar compasión, empatía y solidaridad, tienen el efecto contrario, despojan al Otro de su ser. Es un Otro al que no lo dejan tener una voz. No podemos conocer su perspectiva si no es a

⁴ De aquí en adelante, todas las citas de bibliografía cuyo idioma original es el inglés son de traducción propia.



través de las voces occidentales hegemónicas que hablarán en su lugar, describirán sus problemas y ‘sentirán’ su dolor.

Los relatos de compasión y la emergencia son discursos que captan mucha atención y consideración por parte de las audiencias, pero éstas no tienen oportunidad auténtica de actuar sobre la necesidad de esos Otros. De esta manera, nos encontramos, por un lado, con un grupo de Otros, que desconocemos, que no tienen voz propia, pero que sabemos que sufren. Y, por otro, muchos que sólo pueden ver ese sufrimiento a través de los medios, sin poder actuar en consecuencia. Están limitados a ser consumidores del mensaje, expresar sus preocupaciones y manifestarse a través de las diferentes plataformas.

Chouliaraki hablará de narrativas, o más bien, géneros “post-humanitarios” que aparentan mostrarse comprometidos con la ayuda a los que sufren, y terminan siendo un acto de pura promoción personal. En palabras de la autora: “estas textualidades reproducen efectos de ‘distancia impropia’: subordinan la voz de otros lejanos a nuestra voz, y así marginaliza su causa en favor de nuestras auto comunicaciones narcisistas” (Chouliaraki, 2011, p. 368).

Este silenciamiento del Otro, está fundamentado en el fácil acceso hacia cualquier punto del espacio digital y la conversión de esa otredad en un mero paquete informacional a disposición para ser utilizado. La amoralidad de la red me permite colocarme como vocero del dolor del Otro anulando todo protagonismo de la verdadera víctima. De esta forma se banalizan los hechos porque lo que comunico no son más que representaciones resignificadas a través de mi propia visión. La transparencia inherente del espacio digital me permite evocar el sentir de personas claramente ubicadas en el polo del anonimato pero que a través de la compasión y la postura visible que tomo frente a un hecho, los acerco al polo de la intimidad. Sin embargo, lo que sucede es una espectacularización de la tragedia ajena porque esas personas no son íntimas de mi entorno por el solo hecho de expresar mi preocupación, aunque compartamos el espacio digital, la conectividad no logra obligadamente proximidad con el prójimo. Los valores no pueden ser cuantificables porque son categorías abstractas y ambiguas debido a que oscilan de acuerdo a la escala de cada persona, pero el entorno infocomunicacional establece modelos de reacción a partir de la interfaz de cada plataforma y le concede a cada usuario/a posibilidades de afección con respecto a cada contenido.



La exposición es un parámetro de valor en el espacio digital y es por ello que cada uno/a se convierte en su principal promotor de imagen, en su objeto de publicidad. En términos sensoriales, no es posible ponerse en el lugar del Otro porque el 'tercer entorno' aniquila la disidencia de lo diferente y lo social lo simplifica en la réplica de una información ajena, no está dotada de textura cualquier acción emocional porque alisa cualquier mensaje en pos de un efectivo flujo comunicacional (Han, 2013). El espacio digital necesita elementos en constante interacción digital por eso fija nuestra información y le da accesibilidad y dinamismo para fluir en la corriente de la red. Cada uno es expuesto como un cartel de oferta para quién desee profundizar en su perfil. El 'compartir' es un método de 'remediación' para lograr la pululación de información que alimente los algoritmos, la valoración del Otro está construida por medio de su presencia o no en el espacio digital y mientras más expuesta está su figura, más reconocimiento obtendrá del entorno. La temporalidad nula necesita usuarios/as fáciles de consumir porque si no corren el riesgo de que sus algoritmos repliquen informaciones antiguas y perjudiquen su lógica de primicia constante. No importa la calidad del material expuesto sino la frecuencia de exposición.

La identidad se construye a través de la narratividad que las personas realizan sobre su propia vida y es por ello que necesitan de una porción de coherencia y cohesión para poder conectar los rasgos que la componen. No es un compartimento estricto porque el género humano no se arma con piezas inamovibles, su estructura es dinámica debido a su ambigüedad inherente. Pero la 'estandarización' es un proceso que subyuga a las personas convirtiéndolas en un modelo de exposición, su naturaleza se va conformando de retazos aditivos, datos que se van agregando sin importar lo cualitativo. Lo narrativo exige palabras, pero el espacio digital es un recinto donde reina lo visual, donde la reacción es instantánea y exige estímulos en poco tiempo, por lo tanto, no hay espacio para la reflexividad que exige la autopercepción de mi identidad y de la valoración del Otro. El "yo" se construye a partir de historias de relaciones porque las referencias para mi determinación como persona siempre son externas y provenientes de Otros. Cuando el espacio digital deviene a la persona en usuario/a en detrimento de la digitalización de todos sus aspectos, la integridad del ser humano se constituye en un núcleo informativo sin textura ni emotividad porque los estímulos constantes generan vacíos narrativos (Han, 2013) (Butler, 2009).

Se produce una paradoja en la constitución de mi identidad porque soy un agente en un proceso de humanidad inacabada porque mi estructura dinámica me hace cambiante. Mi reconocimiento viene mediado a su vez por el Otro, reconozco rasgos similares o disímiles



que reafirman mi esencia. Pero el espacio digital propone una lógica atencional en donde respondo a estímulos constantes, los cuales están enmarcados en un algoritmo predeterminado a partir de mi actividad digital. La isla datificada en la que me procesó el tercer entorno, construye patrones de comportamientos que buscan alimentarme con interacciones de mi interés y así focalizar mi atención. Entonces se sobrepone una primacía del 'yo' sobre el Otro porque en el espacio digital mi 'burbuja de filtros' estimula frecuentemente mi confort, me acaricia constantemente moldeando su algoritmo a mi estructura informacional como usuario/a. No deja vacío alguno para el encuentro con el Otro y el 'misterio' de la otredad como elemento transformador del yo. La permanencia de mi identidad como algo estático es lo que plantea el espacio digital ya que necesita una audiencia con estructuras visibles y cuantificables, entonces mientras más refuerce su 'burbuja', más fácil será el control de su información porque lo alejo del encuentro con la exterioridad problemática que puede representar el Otro. La transformación escapa a la lógica aditiva del entorno infocomunicacional donde todo tiene posibilidad de conexión.

Una práctica facilitada por las particularidades del espacio digital es el llamado "ghosting", un comportamiento que conlleva una desaparición, un desvanecimiento sin explicación hacia la otra persona. Esto lleva implícito una total desconsideración hacia el Otro y se apoya en la falta de códigos y valores compartidos en el espacio digital. El impacto psicológico de esta práctica se erige sobre una violencia peor que el rechazo porque yo no le doy sustento o explicación al Otro sobre mi distanciamiento. Apuntalado sobre los dictámenes de la 'liberación' propuesta por la emancipación promovida por el espacio digital, el "ghosting" me libra de toda responsabilidad sobre el Otro y el olvido de la alteridad abre el camino de la violencia sobre la exterioridad que representa el Otro (Michelson, 2021) (Solé, 2015). La desnudez propia de la visibilidad excesiva del espacio digital me permite conocer con anterioridad ciertas características del Otro sin necesidad de llegar a una profundidad relacional con esa persona. Esta situación abre la posibilidad de un descarte mucho más rápido y desinteresado debido a que el Otro es un individuo expuesto al cual pude acceder sin tener que involucrarme con su alteridad, no es necesario el polo de la intimidad para generar el rechazo porque toda su integridad como otredad ya me fue facilitada de antemano. Esto le quita al Otro la posibilidad de transformación en el yo, en la reciprocidad de afección entre dos personas a la hora de entablar una relación.

La belleza es un valor de exposición que le da al Otro un status de objeto de deseo, pero esta belleza se encuentra totalmente desnuda en el espacio digital porque todo rasgo



digno de valoración debe ser expuesto. Así, la valoración del Otro es superflua porque el encuentro con el misterio, con la imprevisibilidad, es una mera percepción de lo visual por sobre cualquier otro rasgo inherente a la persona en cuestión. Se exime el juicio en profundidad en beneficio de una estandarización que confina a la persona a una isla en la cual se retroalimenta su confort, pero su singularidad queda restringida entre las paredes del algoritmo. La identidad funciona por contraste porque de esa forma se definen las diferencias y se reafirma lo propio. Sin embargo, en el espacio digital nos enfrentamos con elementos amorfos porque su contextura debe ser plausible de modificación adiposa, la lógica de adición a través de la remediación debe facilitar la conexión de todos los puntos del tercer entorno. El flujo informacional necesita que los/as mismos/as usuarios/as sean prototipos de información posibles de transmutación y orden.

Se ubica al Otro como una carne anónima a la que no se le debe nada (Michelson, 2021, p. 119) y esto se debe a la fuerte individualización promovida por la digitalización. Las representaciones digitales a través de las cuales delegamos nuestros sentidos, nos alejan de una corporeidad que necesita de la otredad para existir. Nos convertimos en autómatas que sólo necesitan de un 'touch' para funcionar. Se programa con tanta minuciosidad nuestra integridad que olvidamos la convivencia como un modo de existencia. Nos volvemos una simple codificación en donde perdemos todo aura de humanidad en pos de una exigente atención que nos invita a consumir, a despojarnos de toda atadura problemática y en este sentido el Otro siempre se relaciona con un encuentro movilizante que puede acarrear incomodidad.

Lo propio en el espacio digital nunca es nuestro en su totalidad, como representación no nos logra completar en totalidad ni tampoco es de nuestra propiedad porque su lógica es la de procesarnos y los algoritmos que realizan ese trabajo no son más que elementos etéreos a los cuales no tenemos acceso, por lo menos una gran parte de la humanidad. El fin como concepto delimitador es inexistente porque en todo momento estamos en el medio y somos cuantificados en paquetes informativos, por lo tanto, nuestra forma es una mera ilusión de interfaz. El tercer entorno nos ubica en el medio para encargarse por su cuenta de los límites. Lo azaroso se disminuye al ubicar cualquier parámetro cualitativo en los canales de procesamiento digital y de esta forma se emancipa cualquier desprovisto.

La esencia de la mediación es tan compleja y abstracta que sobrepasa todo el entendimiento que podemos tener de ella. La mayoría desconocemos cómo funcionan las



plataformas, qué mecanismos y procedimientos operan detrás de los dispositivos, o qué tipo de algoritmos manipulan el contenido y la información de una aplicación. Pero en la actualidad el ecosistema digital es tan grande y tan complejo, que ni siquiera los pocos que sí tienen este tipo de conocimientos pueden realmente visualizar todo el entramado de interconexiones que hacen a la red. En palabras de Kylvälä (2012): “La esencia mediadora de la digitalidad es altamente abstracta, y, por lo tanto, diametralmente opuesta a la fenomenología ‘corpórea’ de la oralidad” (p. 140). Este es un factor fundamental cuando consideramos por qué estamos insensibilizados. Este grado de abstracción en la comunicación del tercer entorno explica en gran parte la crisis de una comunicación que pierde la sensorialidad humana. Dentro de este dominio, todo intercambio se reduce a representaciones del lenguaje transformadas en código.

El entorno info-comunicacional está concebido de esta manera. Esta es la lógica que lo atraviesa desde su origen. Aquí son cruciales la eficiencia y la velocidad a la hora de procesar información, detenerse en características particulares representa un obstáculo que obstruye el rápido flujo de circulación. Tienen que haber filtros, igualadores que hagan más fácil la tarea de la máquina y del algoritmo.

Hemos observado que el lenguaje pierde características extralingüísticas y sensoriales, que se vuelve impersonal. También cómo se transforman los vínculos sociales en el entramado de mediaciones que implica el tercer entorno. Pero el fenómeno puede trazarse hasta las raíces más sustanciales de la individualidad humana. Kylvälä (2012) nota que un entorno caracterizado por la hipercomunicación, o al menos, una hiperinteracción constante, la experiencia humana individual, la especificidad propia de cada persona, deja de tener relevancia. Para los sistemas tecnológicos, la diversidad y la imprevisibilidad de la humanidad supone una dificultad para gestionar la información. La estructura lógica intenta por todos los medios simplificar, maximizar y proseguir con el siguiente procedimiento con la mayor eficiencia posible. Para lograrlo, la naturaleza impredecible de los seres humanos debe ser mitigada, estandarizada, como si fuéramos tan solo otro conjunto de datos que interpretar. “La conclusión lógica de la digitalidad es tratar a la humanidad como tecnología, como un elemento estadístico que solo puede proveer algo importante en masa. La información debe ‘escalar’ para poder tener alguna relevancia significativa en el ámbito digital” (2012, p. 146).

Está claro entonces que esta preferencia de los sistemas tecnológicos reside en su misma ontología. Existen para optimizar y agilizar procesos. La predisposición por el volumen



de información e interacción, por la velocidad de tráfico, por el enorme flujo comunicacional, etc. El procedimiento lógico es inherente al sistema, y nuestra información vale sólo si nos encontramos dentro del corpus estadístico. De esta manera cobra aún más sentido el imperativo de lo igual al que hiciera referencia Han. Se pierde el rasgo único de la individualidad. Nos convertimos en aquella ‘masa amorfa’. A través de la red experimentamos las mismas cosas, los procesos sociales, culturales y políticos se ven espejados a escala global y en tiempo real para todos nosotros.

La figura del turista como un ser totalmente de paso por cualquier recinto por donde circule, refleja la vacuidad de la persona en el espacio digital. La estandarización de la experiencia refleja cómo se configuran los lugares desde la digitalización y a su vez la facilidad para convertir cualquier tipo de actividad en un suceso universal digno de ser transitado por cualquier usuario/a (Bauman, 2009). El tercer entorno convierte todo camino en un pasaje alisado y en una vista completamente masticada para poder ser digerida sin impedimento alguno. Las personas transcurren su estadía como una mera excursión y a veces sin siquiera ánimo de asombro, simplemente se dejan llevar por el algoritmo como si fueran en una cinta de caminar. De esta forma se vuelve estéril la forma de valorar las cosas, desde la identidad hasta la otredad, nada se presenta como propio y aun así no se mide la valoración en términos de propiedad, la fragilidad con la que construyo relaciones sociales se torna bastante etérea porque en ningún momento soy único en mi singularidad ni tampoco valorado por mi integridad diferencial.

El espacio digital necesita la transparencia para existir como un lugar de orden y eficiencia, el control está facilitado por la extrema exposición de todo elemento. Todo lo oculto es problemático para lo digital porque representa una huida al seguimiento datificado que propone el algoritmo. La transparencia permite desmalezar toda diferencia en pos de uniformar su audiencia, esto le quita aura al Otro en su integridad como exterioridad disidente a la propia y a su vez lo construye como un objeto de consumo, una imagen a devorar. Su valoración se fabrica desde la lógica del “costo-beneficio” y en tanto y en cuanto responda a una necesidad, su presencia en mi entorno digital tiene valor. Su dispersión, ya sea por su voluntad o por mi decisión, no implica algún costo emocional, el costo deviene en términos de beneficio propio, es fácil desprenderse de la alteridad cuando su forma no está determinada con códigos claros de identidad, autorreferencia y percepción. Lo digital no plantea cuerpos a base de cuidado sino en base al extremo rendimiento y acordes al flujo informacional y a la temporalidad nula donde todo estímulo queda congelado hasta ser



consumido. Nada se pierde porque no hay final en ninguna forma, todo se recicla a través de actualizaciones, aún en la ausencia, los/as usuarios/as siguen siendo interpelados por los algoritmos.

La duración es el parámetro que nos permite observar similitudes y diferencias en un lapso determinado de tiempo, pero en el espacio digital lo normal es el transcurrir sin duración, el consumir sin necesidad, la interacción sin más fin que el de engrosar los motores de búsqueda y arrojar datos a los algoritmos. La relación con el Otro se ve constantemente interrumpida por un estímulo ajeno al encuentro, la posibilidad de almacenamiento deviene en una atención superflua porque ante la mínima notificación, dejamos la comunicación para otro momento. De esta forma desplazo al Otro y lo voy dejando en segundo plano detrás de cada interacción. La lógica acumulable del entorno infocomunicacional desdibuja el análisis profundo de la calidad de los vínculos, los valores, la atención en sí, entonces no queda más remedio que conformarse con la cantidad (Bauman, 2005).

La atención se diluye porque el fluir mismo del espacio digital funciona como un dispositivo pegajoso que estira cualquier proceso para no concluir la actividad sus usuarios/as, los/as empuja a desvanecer cualquier fin para asegurar su regreso constante. La estandarización de todo rasgo presente en el espacio digital, le quita aura a la experiencia como momento de valor y diferencial, la atomización del tiempo convierte todo instante en una ocasión cualquiera (Han, 2015). Cualquier atisbo disruptivo es procesado por el espacio digital y convertido en un mero elemento uniforme de la cadena de producción interaccional. Hasta la muerte ha sido procesada digitalmente porque se ha vuelto parte del algoritmo, en este espacio donde nada concluye ni finaliza, la muerte puede ser cualquier instante, no hay júbilo porque cualquier cuerpo presente en el tercer entorno carece de brillo, de nitidez, o mejor dicho, han sido todos configurados bajo las mismas condiciones de interfaz.

Una paradoja que plantea el espacio digital es que la única referencia para el yo es el sí mismo porque en cierta forma es lo único estático y posible de ser referente con respecto a uno mismo. De esta forma el Otro se vuelve contexto, no es más que un punto en el panorama de las interacciones. Aun cuando la coincidencia con el Otro sea frecuente, la conectividad no asegura vínculo alguno porque las relaciones necesitan tiempo para desarrollarse y las interrupciones constantes en la conectividad desgastan la calidad del encuentro. El valor único de la irrepetibilidad del Otro como persona, se ve disminuida por la uniformidad impuesta por la digitalización. La confrontación con la otredad es anulada por la



facilidad de acumular cualquier estímulo y congelarlo a fin de ser consumido más tarde, no hay tiempo de caducación para la interacción con el Otro y eso también le quita singularidad a la comunicación (Bauman, 2005).

La afección del Otro sobre mí está disminuida por la distancia que genera la conectividad, la lejanía espacial se acorta en términos de posibilidad de comunicación, pero aun así la proximidad no fluye por naturaleza del espacio digital. Hay algo de morbo en consumir cualquier desgracia ajena desde el lugar de la primicia y los dictámenes del espectáculo, hay un placer que se disfraza de empático por conocer una noticia acerca de la desgracia ajena pero que a su vez diluye la solidaridad en una mera distancia moral entre ese Otro que sufre y el “yo” (Chouliaraki, 2011).

Expusimos ya cuestiones referidas a la estandarización, a un desarrollo tecnológico que fomenta la homogeneización y rasgos que se funden en una cultura global a partir de la globalización. En la sociedad contemporánea, Han ve una expulsión del Otro. Así como Chouliaraki describe el fenómeno de invisibilización y silenciamiento de determinadas voces en pos del privilegio de otras; Han entiende que esta sociedad cada vez más homogénea termina desenvolviéndose en detrimento del Otro. Es decir, estas expresiones se manifiestan de tal manera que eliminan al Otro. El principio de la positividad excluye lo distinto y “a causa de su positividad, el violento poder de lo igual resulta invisible” (Han, 2017, p. 10). El exceso de positividad y la proliferación de lo igual condicionan la existencia de lo distinto, de lo Otro. Han está siendo aún más contundente que Chouliaraki, lo que para él es invisible no son las otredades de los demás, sino el enorme poder de lo igual, de lo uniforme. Es una fuerza que rige de manera silenciosa, y bajo estas circunstancias se habla sobre la exclusión del Otro, más que una invisibilización.

El autor nota una clara diferencia entre *lo mismo* y *lo igual*. Desde su punto de vista, la mismidad se forma a partir de la negatividad de lo *distinto*, es decir, se consolida, se nutre y se delimita a partir de una diferencia, a partir de una contraposición con *lo distinto*. Por otra parte, *lo igual* “carece del contrincante dialéctico que lo limitaría y le daría forma” (Han, 2017, p.11). Esto es lo que precisamente lo lleva a calificar lo igual como una “masa amorfa”, un cuerpo homogéneo que está completamente alineado en un único sentido. También hace énfasis en el hecho de tener experiencias, ya que considera que cuando lo hacemos entramos en contacto con la negatividad de lo distinto, y también con la transformación. Lo igual no deja lugar a este tipo de expresiones, favorece la positividad de lo familiar, no genera ninguna



disrupción, ninguna transformación. El dolor es la esencia de la experiencia, nos conmueve, nos cambia, nos toca de cerca. Mientras tanto, lo igual intenta evitar el dolor a toda costa, es una situación demasiado traumática, no quiere asumir ninguna posibilidad de cambio, de regeneración, de incertidumbre. Lo igual prefiere descansar en la tranquilidad y la seguridad de lo que ya conoce. No quiere sobresaltos de ningún tipo.

Han repasa cómo los lugares tienden a lo uniforme (las grandes ciudades internacionales son el mejor ejemplo), cómo cada porción de información que constantemente consumimos no genera ningún conocimiento y cómo estos estímulos terminan siempre reforzando lo igual. En estos casos, conocer un lugar no nos deja experiencias y estar al tanto de cualquier información no nos genera ningún conocimiento (2017). Como afirmamos previamente, el tercer entorno facilita una serie de vínculos sociales ilimitados e irrestrictos pero que no generan una relación genuina. En la red, es posible tener cientos o miles de personas como contactos, pero “uno acumula amigos y seguidores sin experimentar jamás el encuentro con alguien distinto” (Han, 2017, p. 12). Este régimen de lo igual alcanza todos los dominios, se estructura como una burbuja de filtros masiva, de la que todos formamos parte y en la que todos nos vemos inmersos. El hecho de poseer un conducto de comunicación completamente libre y fluido como en el actual entorno info-comunicacional hace más accesible la comunicación, pero no el encuentro con el Otro. Dentro del espacio digital nos encontramos con quienes son iguales y piensan igual, ignorando lo distinto y lo desconocido (Han, 2017). A partir de esto, nos brinda su paradójica conclusión: “Los medios sociales representan un grado nulo de lo social” (p. 12).

El espacio digital posibilita la flexibilidad de la identidad del “yo” porque le da herramientas para retocar aspectos de su digitalización personal, le ofrece diferentes máscaras para cada faceta de la vida. Sin embargo, no contempla la exterioridad del Otro como un límite, como algo que no puede acceder, lo compacta en un paquete informativo, en una isla, en una burbuja, entonces genera desconexión con esa otredad inaccesible desde el “yo”. La congruencia de las personas en el espacio digital está ligada a una atomización de los lazos sociales, un confort en donde la presencia del Otro no me atraviesa como confrontación de la imprevisibilidad de su integridad. Lo digital tiene tintes de sociabilidad, pero lo social en sí implica procesos más profundos de reconocimiento y vínculos empáticos de relación. El tercer entorno se constituye como una amalgama aditiva, totalmente susceptible de crecimiento en cuanto a tamaño y moldeable en cuanto a forma. Por lo tanto,



los/as usuarios/as son contenidos/as dentro de la estructura de dicho espacio, pero no hay elementos de unión en tanto lazos sociales.

La pérdida de gran parte de los sentidos por la supremacía de lo visual y en consecuencia la pérdida de lo corpóreo en el proceso de comunicación con el Otro, le quita el vértigo de la transformación en el “yo” y viceversa. Hay una afección medida y mediada por las estructuras del espacio digital, hay vallas que me protegen de cualquier afección no deseada desde el exterior que representa al Otro y a su vez también puedo sufrir las mismas consecuencias. Hay una imposibilidad de confrontación con lo distinto que vuelve estéril cualquier proceso social, no hay puertas de entrada hacia el Otro ni para el Otro. La planicie alisada de la estandarización digital le quita poder al conflicto como elemento disidente y necesario para el surgimiento de lo social.

La insensibilidad hacia la valoración del Otro se nutre por varios factores que se retroalimentan entre sí. La hospitalidad entendida como el “gesto en el que uno da acogida al otro” (Derrida, 2008, p. 64) se ve trastocada por esa imposibilidad de confrontación con la otredad, esa dialéctica disidente como instancia donde uno se reconoce diferente se ve asida por un espacio digital que acaricia las formas de nuestra identidad digital y nos distancia al aislarnos en el confort de nuestras preferencias. Aun cuando entendamos al Otro como una reconstrucción nuestra, esa instancia en la cual hay una mínima proximidad con el Otro para reconocerlo como tal, se ve diluida en la nula introspección como pareja en términos de encuentro entre dos personas, no hay profundidad ni lugar para ese proceso transformador que implica la interacción comunicacional. Las formas de conectividad que ofrece el entorno infocomunicacional devienen en un intercambio informativo y le quitan un rasgo esencial del diálogo frente a frente, yo reconozco algo mío en ese otro y de esa forma alcanzo la empatía:

¿En qué consiste, pues, una conversación, según Gadamer? En una experiencia dialogal. Se trata de un proceso entre personas que, pese a su posible inconclusión, posee su propia unidad y deja huella en nosotros. Lo que hace que algo sea una conversación es que hayamos encontrado en el otro algo que no habíamos encontrado en nuestra experiencia del mundo. Por otra parte, la conversación posee una fuerza transformadora; algo nos queda de ella que nos transforma. Por eso la conversación tiene afinidad con la amistad. Sólo en la conversación (y en la risa común, que es un consenso sin palabras) puede crearse una comunidad en la que cada cual es él mismo para el otro, porque ambos encuentran al otro y se encuentran a sí mismos en el otro (Conill, 2010).



La “caricia” como concepto, no es sólo una coacción del espacio digital, sino que se traspola a la interacción humana, las significaciones y los significantes utilizados en el dicho espacio son cada vez más sintéticos y en pos de una efectiva y eficiente comunicación se simplifica el lenguaje para evitar pérdidas de tiempo. El misterio del otro se vacía cuando la comunicación se hace presente a través del lenguaje, pero el espacio digital trastoca esta situación al modificar los parámetros de cualquier proceso interaccional con el Otro. El flujo excesivo de información acelera el tránsito de todo estímulo digital y los algoritmos devoran con mayor voracidad al aumentar su velocidad con el avance tecnológico. Esto deviene en una hipercomunicación que destruye toda lejanía con el Otro, pero rebasa la cercanía como instancia de proximidad con el Otro al superar todos los límites espaciales-temporales. La conectividad se apodera de lo social y suple las relaciones en pos de una comunicación sincrética sin emoción que despoja toda ambigüedad y codifica toda expresión en un mero intercambio informativo. Tanto la lengua como el lenguaje han sido estandarizados, mecanizados, pequeños toques como caricias comunicacionales que afirman o niegan sin entrometerse en los grises de la confrontación con el Otro. El espacio digital naturaliza las apropiaciones humanas que realiza y las personas son las que se amoldan a dicha transformación. Por más que el entorno infocomunicacional contenga a todos los seres humanos del mundo, el encuentro con el Otro ha sufrido degradaciones comunicativas y eso conlleva una atenuación de la sociabilidad.

El equilibrio del espacio digital es un factor esencial para el riesgo y esto se logra mediante la uniformidad de todo elemento presente en dicho espacio y a su vez en la basculación de todos los cuerpos. Al digitalizar toda información y alisarlos de toda rispidez propia, logró el equilibrio perfecto al darle a todos los elementos la misma medida. Esto genera un terreno libre de sobrepeso y a su vez una homogeneidad íntegra que me permite un orden. A través de dicho proceso, el Otro se vuelve un objeto porque ha sido procesado al igual que yo, ha sido estandarizado para poder navegar en la web. A tal punto que yo dispongo del Otro y su valoración está definida en la posibilidad de manejar su tiempo y su espacio con respecto a mi isla digital. En la confrontación con la otredad hay una puja de presencias y una posibilidad de imponer condiciones. En el espacio digital las condiciones ya están impuestas y el Otro puede ser empujado a la invisibilidad o el bloqueo. Cuando lo propio es problemático, no hay rasgos certeros para el reconocimiento de la exterioridad.

El espacio digital permite bucear por los confines del Otro sin que haya un permiso claro, o, mejor dicho, el permiso está dado por contexto. Puedo descifrar aspectos de su vida



sin siquiera tener un ápice de comunicación con dicha persona y puedo hasta tomar “pruebas” de su actividad en un hecho totalmente permisivo por parte del tercer entorno. La facilidad para violar lo que se supone propio del Otro, es un proceso totalmente natural que se conoce popularmente como “stalkear”. El acecho hacia el Otro no necesariamente conlleva huellas de dicha acción, entonces me escabullo en la integridad de ese ser sin ser detectado. Esa caricia que materializa el espacio digital a través del confort que nos ofrece, es la misma caricia que nos permite, por el solo hecho de ser “amigos” en una plataforma, entrar sin permiso en la información personal de cualquier persona dentro de mi burbuja. Sin embargo, las condiciones son estructurales y han sido normalizadas en las prácticas del espacio digital, es más, dicho contexto debería favorecer la intimidad y el respeto, pero cuando los límites de la integridad y las facilidades del confort digital invisten al público con poderes casi ilimitados en cuanto a su accionar, el Otro se erige como un objeto que puede ser mirado, utilizado, absorbido por el ojo ajeno, pero sin tener noción de ello.

La distancia sustancial en términos afectivos con el Otro también me significa una distancia conmigo mismo porque el reconocimiento de un par no es el mismo que trata de replicar el espacio digital. Esta burbuja de masturbación constante hacia uno mismo que plantea el tercer entorno, nos aleja de la experiencia transformadora a través de la mirada de la otredad, la posibilidad de ser trastocado por la mirada ajena y a su vez digno de un proceso de identificación con la alteridad es casi nulo debido a la divulgación del “yo” como centro y poder de todo. No es en vano que las lógicas actuales de la dinámica social pongan tanto énfasis en el autoconocimiento de uno mismo, el autocontrol del ser y otros tantos procesos de fortalecimiento de la persona. El prefijo “auto” significa ‘de o por sí mismo’, por ello su redundancia en tantos términos actuales debido a la centralidad de la persona desde una estructura que busca consolidar la individualización como una forma de emancipación.

La violencia sobre el Otro no necesariamente implica una confrontación, por el simple hecho de actuar como si estuviésemos solos, estoy librado de toda responsabilidad y empatía hacia la alteridad (Lévinas, 1998). La cercanía absoluta del espacio digital permite una esterilidad de la proximidad porque no requiere la coincidencia temporal ni espacial para actuar por o sobre el Otro, de esta manera se le quita entidad al otro como individualidad moral y singular. El Otro puede representar una barrera para el “yo” en su burbuja entonces es devenido en una instancia a saltar u obviar.



La abstracción del Otro desde la valoración es específicamente humana en términos de códigos sociales o escala de valores porque la lógica del espacio digital está preconfigurada para realizar el mismo tratamiento con todo elemento presente en dicho entorno. Cuando se habla de “ruido”, el algoritmo no se inmuta porque sus herramientas de todas formas procesan cualquier información sin importar relevancia o calidad de la misma, sus patrones se basan en la repetición. Sin embargo, los seres humanos no somos apáticos frente al “ruido” porque nuestra forma de absorber la información no es sistemática y el procesamiento es mucho más lento. El flujo de circulación de la información es normal para el algoritmo, pero para la percepción humana representa una modificación en la atención, mencionada anteriormente, y a su vez una dificultad en la comunicación con el Otro.

El “ruido” se produce cuando se procesa toda información de la misma forma, se produce una bola de uniformidad que quita toda singularidad a cualquier ente. Cualquier dato personal se codifica de igual forma que cualquier otro/a usuario/a y pierde unicidad como ser diferencial. La pérdida del rostro como rasgo diferencial en pos de una exposición que busca alimentar el algoritmo también se suma la manipulación de la voz como un constructo informacional que solo conlleva datos, pierde singularidad como elemento sonoro. Tal es así que hasta la velocidad de reproducción de una nota de voz puede ser aumentada para optimizar el tiempo, no gastarlo en escuchar, en la energía, en el tono, el timbre o la emoción puesta en dicho mensaje. La fragmentación de nuestros sentidos es una forma de desmembrar nuestra corporeidad para poder lograr una digitalización plena, esto claramente influye en nuestra identidad la cual se ve asediada y exigida a cumplir diversos roles en simultáneo. El “ruido” ya no solo es característico del espacio digital, sino que se plantea como un rasgo propio del género humano del siglo XXI, tanto disociación espacial de nuestro ser nos lleva a una incoherencia como seres humanos íntegros y con control pleno de todas nuestras capacidades.

La saturación de nuestro ser por las demandas del espacio digital, nos convierte en seres quebrados, atomizados y sin posibilidad de focalización por un lapso prolongado. La cadena de uniformidad en que hemos sido procesados y divididos en roles a través de las diferentes plataformas, nos alejan de las formas humanas de relación. La insensibilidad es una clara consecuencia de una lejanía con el Otro como punto de encuentro y reconocimiento, pero a su vez somos seres aislados de nuestro propio ser porque no hay tiempo para la reflexividad del yo. Aun cuando compartimos experiencias en un mismo lugar físico con un Otro, nuestra atención está dispersa por la esclavitud que conlleva estar disociado



digitalmente con nosotros mismos. Los estímulos del entorno infocomunicacional superan en cantidad la experiencia con el Otro y sacian nuestro deseo constante de consumo mediático. De esta forma el Otro pierde valor porque no puede superar las expectativas de un espacio digital que conoce nuestros intereses y gustos. La otredad sigue siendo imprevisible y de la misma forma la sociabilidad necesita un tiempo mínimo de focalización para lograr profundizar y concretar un lazo de responsabilidad y empatía. La configuración de nuestro telecuerpo está tan arraigada en nuestra concepción del yo, que ya no nos detenemos a pensar en las formas de compartir tiempo de calidad con el Otro, simplemente nos entregamos como seres intermitentes y fragmentados.

Al quitar el cuerpo como primera forma de comunicación se produce una pérdida de control sobre lo humano, la velocidad de lo digital arrasa cualquier noción cognitiva de la persona porque no hay tiempo de domesticación, simplemente adoptamos los avances sin un proceso de adaptación y cuestionamiento. La abstracción de lo humano en códigos desconocidos para la mayoría de nosotros/as nos despoja del control total. Somos medios porque no estamos ni al principio del espacio digital ni tampoco somos capaces de delimitar el final de cualquier noción de dicho entorno. La piel ha sido desgarrada, despedazada en datos. La herida como conciencia hacia cualquier sensibilidad ha sido suspendida. Estamos insensibles porque nuestros sentidos han sido alejados de nuestro cuerpo y esto a su vez ha sido aplicado a una cercanía total donde el Otro también ha sido saturado (Kylmälä, 2012).

Hay una incongruencia entre lo humano que propone el espacio digital y lo humano en su inherente existencia. Por más que disociamos nuestro cuerpo en mil pedazos de información esparcida en la nube, el yo sigue siendo una integridad donde todo confluye. La administración de una persona para consigo misma es un proceso problemático relacional con todo su entorno y que necesariamente incluye a los Otros. Por lo tanto, al quitar la piel como esencia de lo humano, hay una crisis de lo propio. La humanidad se altera hasta tal punto de desconocer sus propios fundamentos en la otredad que a su vez representa la mismidad del ser.

La inmanente aceleración del espacio digital supone una disrupción enorme entre el procesamiento mecánico y el procesamiento del cuerpo humano. Poco a poco vamos aniquilando las formas humanas de sociabilidad a partir de una informatización que destruye todo rasgo de humanidad y le da orden a la compleja psiquis ambigua de las personas. De esta forma nos alejamos del Otro como ser transformador, transversal, problemático desde



su identidad y nos asemejamos a un cuerpo en reposo que solo responde a estímulos visuales a través de movimientos reducidos y acotados en sensorialidad.

La arquitectura misma del espacio digital se vuelve una causa directa de la insensibilidad humana. Ciertos rasgos característicos del tercer entorno operan y condicionan nuestras decisiones, nuestras preferencias y nuestras modalidades de socialización. Tanto Han, como Silverstone o Echeverría, toman en consideración fundamentalmente el hecho de que lo sensorial y lo humano se ven trastocados por la mediación. Kylmälä define la problemática desde el otro lado, a partir de cómo está constituido el ámbito digital y tecnológico. Ve una discontinuidad entre lo humano y el medio de comunicación, que se funda en una incompatibilidad propia para que exista un encuentro entre ambos (2012). Todo desarrollo tecnológico es llevado adelante por humanos, pero lograr comprender todo el entramado que sustenta al tercer entorno está completamente fuera de todas nuestras capacidades. A raíz de esto argumenta:

La pluralidad humana, la condición que hace a cada ser humano una unidad singular que no puede ser copiada o fusionada con alguien o algo sin destruir esta unidad, no es el principio ontológico de nuestras máquinas. Nuestras máquinas digitales son por su propia organización una *singularidad*; están diseñadas para fusionarse a la perfección y formar una única superestructura masiva e ininterrumpida. (Kylmälä, 2012, p. 144)

La impredecible esencia humana no puede ser sometida a los mismos procedimientos. La subjetividad, lo espontáneo, lo irracional, lo misterioso, todo lo que recubre a la humanidad no se puede simplificar ni procesar mediante los mismos mecanismos de la máquina. Tanto la individualidad como la Otridad sufren una disminución de su propio ser cuando se ven avasalladas por el imperativo de lo igual. La máquina puede fusionarse y actuar como un ente único, lineal, y predecible, pero no el carácter humano. Influida por las disposiciones que hacen al entorno info-comunicacional, el cuerpo humano se ve atacado en su esencia y su sensibilidad. Con estos condicionamientos en el punto de partida de la comunicación, podemos deducir que toda socialización humana a través del ámbito digital se verá perjudicado ontológicamente.

Ya hemos abarcado al cuerpo humano como un organismo que dispone facultades limitadas en comparación con la máquina. La permanente tecnologización y automatización nos deja a los humanos cada vez más comprometidos en cuanto a la agencia y a la



sensorialidad. Si Echeverría (1999) habla de 'prótesis' que usamos para actuar y movernos dentro del tercer entorno, Kylmälä hablará de 'extensiones tecnológicas' que alivian la mente y el cuerpo. Ya sean extensiones, prótesis, o herramientas, predomina la idea de una entidad que nos libera y nos despoja de nuestras limitaciones. La tecnología como amplificadora de la capacidad humana. Pero ahí mismo reside el problema, al entregarnos al avance tecnológico como liberador perdemos el control cognitivo (Kylmälä, 2012).

La especie humana siempre ha sido un ente dotado de reflexividad y que a través del pensamiento logra una conciencia sobre el conocimiento mediante la abstracción del mundo. Lo metafísico es el campo del pensamiento (Marcel 2010 en Ruiz de la Presa, 2007) pero el entorno info-comunicacional se presenta como un espacio etéreo y dotado de abstracción mediante la codificación que realiza la digitalización de todo proceso de significación. Esto afirma la pérdida sobre el poder cognitivo y conlleva una esterilidad del pensamiento humano en términos ontológicos que claramente influyen en su gen como animal social.

Mientras más tecnológicas se vuelven las capacidades humanas, más obsoletas van quedando las funciones motrices y psíquicas naturales porque la biología que nos conforma no alcanza los niveles de velocidad alcanzados por la digitalización. La identidad ya de por sí se presenta como un proceso precario debido a que su conformación es a prueba y error de la experiencia vivida. Núcleos tales como el hogar y la familia, fuentes de identidad, funcionan como fusibles de contradicción porque, aunque dan seguridad, la dialéctica contradictoria es la que nos va definiendo como seres únicos (Basset, 2007). Este desfase entre el progreso del espacio digital y la adaptación humana ha generado una fractura difícil de sajar para poder seguir construyendo socialidad debido a que estamos hechos de Otros y la extensión de lo humano a través de la técnica ha alcanzado niveles estratosféricos de avance que acarrearán una seria problemática social de identidad y reconocimiento, una insensibilidad por el desgarramiento del yo en capas.

El eje de toda persona es la sensibilidad porque es a través de sus sentidos que construye sus relaciones con el mundo exterior. Las personas tienen sus propias formas de reaccionar frente a los acontecimientos y significar de acuerdo a su sentir. La saturación del "yo" debido a esa fragmentación que realiza el espacio digital sobre los seres humanos, conlleva una transformación profunda en su percepción porque no hay instancia directa de confrontación con el Otro, esa primera mirada que recibimos de esa alteridad que representa el prójimo ha sido sustraída y sintetizada a través de la codificación digital. Esto genera un



alejamiento de nuestra sensibilidad y a su vez corrompe lo que Ortega y Gasset llama como “sensibilidades colectivas”, formas de juzgar y percibir que tienen las diferentes culturas (Ruiz de la Presa, 2007). La globalización consecuente del tercer entorno ha dirimido las diferencias culturales en pos de un lenguaje universal que se concreta en los códigos digitales. Esas diferencias del Otro expresadas en su imprevisibilidad, han sido suprimidas a través de la comunicación como estadio manipulable de intercambio informacional. Esa inquietud que el Otro causa sobre mí y viceversa, ha sido mediada por una cercanía conectividad pero influenciada por una lejanía social.

El aislamiento que sufren los seres humanos a través de su burbuja digital le quita entidad al vivir con Otros porque no hay una apertura básica, altruista hacia la confrontación con la alteridad. Aun cuando esta primera condición se cumple, la convivencia activa con el Otro está mediada por formas preconfiguradas de sociabilidad que me dan siempre una opción de escape ante la inquietud propia a causa de lo ajeno. La reciprocidad con el Otro requiere de un yo-tú dispuestos a ser un nosotros, desde la visión de Ortega, una “nostreidad” que requiere actividad de ambos lados porque la pasividad no basta para la valoración de la alteridad (Ruiz de la Presa, 2007).

La concepción de un “nosotros” requiere proximidad que a su vez está dada por un espacio de “acción común”, en términos prácticos, ese lugar común sucede en el espacio digital en tanto gran parte de la humanidad reside y navega en este sitio, pero a lo que se refiere dicho concepto es mucho más profundo. La conciencia de que uno no está completo por sí mismo es lo que me lleva a buscar la complicidad, la necesidad del Otro, dicha conciencia que Aristóteles ubica en el lazo de la amistad (Ruiz de la Presa, 2007). Pero está incompletud deriva de la fragilidad humana, no hay vínculo posible si no se reconoce la interdependencia con el Otro (Michelson, 2021). El espacio digital nos ha encerrado en sí mismos en un horizonte de auto-erogización que nos provee de placer constante, pero problematiza al ser en todas sus dimensiones porque desde nuestro nacimiento estamos atravesados por el mundo, y el mundo está conformado por el Otro, esa otredad nos dotó de humanidad y ahora estamos encapsulados en islas informacionales.

La valoración como proceso va ligado a la premisa de que hay Otros que valoran algo por lo tanto dotan a ese algo de valor, la cantidad como categoría valorativa, pero a su vez hay un reconocimiento implícito al darle entidad a esa otredad como medida de valor. El sentimiento de estar en el mundo cobra total preponderancia porque existen los *otros* (Marcel



en Ruiz de la Presa, 2007). Esto claramente se observa cuando esa valoración sucede de forma sistemática hacia algún punto en específico. El espacio digital está naturalizado a tal punto que todas las personas en mayor o menor medida están atravesadas por él. El progreso de dicho poder fue de forma paulatina y de la mano del crecimiento tecnológico, pero su influencia ha ahondado en todas las dimensiones humanas y de repente nos encontramos con una marea de transformaciones por asimilar y a su vez cambios drásticos con relación a nuestros propios cuerpos o aspectos específicos como la atención, anteriormente esbozada párrafos atrás. La dependencia del teléfono móvil es un rasgo esencial de la vida en el siglo XXI, décadas atrás era impensado que una persona pase horas mirando una pequeña pantalla y que toda su información personal esté contenida en ella. La naturalización de conductas como estas y otras tantas más, produce una reconfiguración de lo humano en términos ontológicos desde la integridad del hasta y lo valorativo de la alteridad.

El vacío existencial ha encontrado placebo en el espacio digital, se devora constantemente lo que es de nuestro gusto y preferencia y de esta forma se fabrica un espectro de plenitud. Los mandatos de autoayuda, autorrealización y toda la lógica del “auto” como emancipación de las personas han encontrado en el entorno info-comunicacional un canal para seguir reproduciendo las lógicas de dominio que predominan en la actualidad. Al medir en términos de posesión todo lo que experimento, el Otro, como ser incontrolable, inabarcable, escapa a esa condición. El procesamiento de las diferencias no admite aspectos problemáticos y ambiguos, pero lo humano no puede ser desprovisto de estas cualidades porque es su naturaleza. Sin embargo, las estructuras de mediación digital han sido adoptadas por las personas y le dan un cierto poder omnipresente en su burbuja, entonces en su pequeña isla es amo y señor de sus preferencias y gustos. Esto conlleva una problemática ya mencionada, pero es menester remarcarla: “la diferencia instaura la identidad” (Ruiz de la Presa, 2007, p. 166), y el espacio digital no soporta aquello que escapa a lo uniforme. La conectividad propia del tercer entorno enjaula a las personas en nichos algoritmos y le quita la apertura hacia una dimensión nueva que representa el Otro en términos de reconocimiento (Ruiz de la Presa, 2007). Al sustraerse toda corporeidad humana, lo remitente a lo social sufre resignificaciones a través de la lógica cuantificable y medible de los algoritmos. El Otro deviene en un aspecto manipulable y se le quita toda entidad como alteridad, porque su libertad no empieza en la mía. Hay un precedente que nos antecede a ambos y nos coloca como seres dignos de respeto y responsabilidad, pero el espacio digital degrada esta condición social y convierte a las personas en casos particulares porque no hay narrativa cohesiva entre las mismas. Toda información acumulada son datos de los rastros



de cada actividad digital sin relevancia social o histórica alguna. La valoración es cuantitativa y expositiva porque cuanto más se replique una información en el flujo informacional del tercer entorno, mayor será su apreciación por parte de los algoritmos y en consecuencia por parte de la audiencia, sin importar la singularidad de ningún tipo.

El espacio digital aside a las personas y las sumerge en islas de subjetividad individual, esto fortifica la visión de la persona sin necesidad de tener que confrontar en un espacio intersubjetivo donde su integridad se torna frágil por el arremetimiento que representa la alteridad. La vulnerabilidad humana es recíproca porque en el encuentro con el Otro hay una conflictividad cargada de significaciones con sentidos ambiguos y esto deviene en diferencias que me dan singularidad. Sin embargo, la profundidad de la comunicación se ha sintetizado en instancias eficaces y estériles de intercambio informacional. La negatividad que conlleva la finitud de ciertos aspectos humanos revaloriza la importancia de lo sensorial, pero en el entorno infocomunicacional todo puede esperar porque la temporalidad nula congela cualquier estímulo para más tarde. El empoderamiento que el espacio digital otorga a sus usuarios/as no les permite ser una alteridad para el Otro, ceder el lugar del yo a esa exterioridad problemática. El descentramiento del yo solo se permite en términos de fragmentación digital pero no se acepta para dar lugar a la sociabilidad en donde tengo que dar mi lugar en el medio para que el Otro pueda ser reconocido por mí y viceversa.

El deseo, al igual que el Otro, es ingobernable. Pero el primero es cambiante porque su estructura se va amoldando a lo erógeno de los sentidos. El Otro siempre conserva su exterioridad en tanto singularidad ajena al yo. El deseo ha sido neutralizado a través de la sustracción de la mayoría de los sentidos y la supremacía de lo visual. El Otro ha sido degradado a través de la uniformidad algorítmica y el saneamiento de lo diferente.

La relación con el Otro es una relación con el Infinito porque ambos conceptos son inabarcables en su totalidad, es un deseo más que una realidad. Se materializa a través del deseo porque este tiene puntos de anclaje en lo humano ya que se presenta como algo propio. La finitud de las personas no permite la consumación del Infinito y de la misma forma no puedo dominar al Otro porque escapa a mis propios límites. Esta relación que plantea Lévinas intenta explicar una concepción de la exterioridad como que no puedo asir, apropiarme, y por ello no queda más que hacerme cargo de mi responsabilidad (Lévinas, 2002). De la misma forma el espacio digital se vuelve inabarcable, su flexible y amplia



estructura en constante crecimiento rebasa los límites de lo humano. Por lo tanto, todo cuerpo dentro de sus algoritmos debe ser resignificado para poder ser parte de él.

El proceso de alienación del tercer entorno en las personas destruye las sensibilidades colectivas de las culturas de cada lugar, la globalización lastima la identidad porque no hay lugar para lo propio y singular como rasgo distintivo y de pertenencia. Cuando se ha asediado toda corporalidad en pos de una explotación de lo visual y se le quita todo rasgo sensorial a lo humano, se produce un ocultamiento del ser en aras de un revestimiento digital continuo. Lo significativo que me une al Otro en tanto lazo social, ahora es una estéril conectividad sin sustancia compleja en el medio. La atomización le ha quitado la entidad de exterioridad al Otro y ya no es inabarcable por su integridad, sino que su presencia es de objeto en dicho espacio. La ilusión que genera la expansión de ciertas capacidades humanas les hace creer a los/as usuarios/as que son capaces de cubrir todo el espectro infocomunicacional que los ha absorbido. No hay cadenas más eficientes que aquellas etéreas en materialidad, el espacio digital resignifica los valores humanos a través de una supuesta “libertad total” pero se alimenta de la actividad de cada uno/a y nos asedia a través de cada burbuja que construye en torno a cada individuo.

El usuario modelo construido por el espacio digital ha vaciado todo lazo social posible de conflictividad y ambigüedad, reina sobre dicho entorno lo que se denomina como “indiferencia ontológica” (Han, 2017). Todo ánimo de reflexión acerca de sí mismo necesita elementos críticos que remuevan la integridad del ser porque si no, no hay cambios. Los algoritmos refuerzan lo mismo y no dan lugar a lo diferente entonces generan un flujo constante de información que reafirma nuestras estructuras personales. Se establece un “yo” totalmente pasivo en sus inquietudes y rodeado de afirmaciones propias sin ánimo de ser trastocadas.

La alteridad es desprovista de todo significado porque se la presenta como una instancia manipulable en términos de presencia-ausencia. Se le quita todo carácter polisémico porque se simplifica en una mera acumulación informacional sin posibilidad de lo ambiguo, al misterio, a la imprevisibilidad (García Ruiz, 2013). Esto genera dificultades en el reconocimiento porque al no haber espacio para la intersubjetividad en la que se construyen las identidades, no se hace más que nadar en un vacío de conflictividad, la intencionalidad es asfixiada por el consumo de las mismas experiencias una y otra vez, en un bucle que se retroalimenta de las mismas representaciones significativas. Esta situación entorpece la



socialidad y quita preponderancia a la experiencia con lo extraño, lo diferente que representa el Otro. Entonces las personas navegan en un espectro mar de plenitud, pero en donde cada embarcación no se cruza en la ruta de las otras, la soledad se acrecienta porque el espacio digital se vuelve el reservorio social de cada usuario/a.

Identidad, corporeidad y alteridad han sido los conceptos centrales de este capítulo y esbozan la estructura central de la situación con el Otro. La existencia de las personas se produce a través de la relación que los une porque la identidad de cada individuo es un cruce necesario de múltiples relaciones. Las sensibilidades colectivas de las que hablamos anteriormente son las encargadas de alimentar el “sentido social” en un proceso en el cual se conjuga lo más individual de cada persona con las referencias colectivas que engloben su personalidad y de esta manera se va construyendo la identidad. Lo social y lo individual son indivisibles porque ambas se afectan de manera constante y generan esa dinámica necesaria para la conformación identitaria de cada ser. Esto adquiere preponderancia en la medida que el individuo es una parte esencial en la cultura de las sociedades y por ello cada cambio paradigmático, afecta su status y su composición como tal (Augé, 1996).

La pérdida de lo sensorial y su consecuente afección a las sensibilidades individuales y colectivas ha provocado una crisis identitaria con uno mismo, ya que el Otro próximo es el yo, e indefectiblemente ha calado profundo en las formas de sociabilidad. Esto puede explicarse porque el cuerpo es entendido como un espacio y la desterritorialización que trajo el espacio digital hacia todo elemento físico, ha provocado un cambio rotundo en la concepción de nuestra corporeidad y las formas de reconocimiento de lo humano en tanto formas sensoriales (Augé, 1996). La crisis que el espacio digital genera sobre lo propio provoca una pérdida de dominio sobre lo que nos hace ser nosotros mismos, los parámetros digitales les dan uniformidad a los aspectos humanos y genera formas distintas de sociabilidad porque ya no están impregnadas por lo sensorial en tanto implicación de lo corpóreo, lo visual ha suplantado todos los demás sentidos hasta convertirse en el supremo de los mismos y le quita extensión en profundidad al encuentro con el Otro. La experiencia misma con nuestra existencia se ve fragmentada por la captación y codificación de cada usuario/a, y si bien lo social sufre una recomposición de acuerdo a los cambios culturales, las contradicciones acerca de lo humano son una tendencia en alza porque a pesar de que el tiempo y el espacio no signifiquen una barrera en términos de acceso hacia el Otro, esa “singularidad colectiva” (Augé, 1996) que identifica a cada sociedad ha sido uniformada,



digitalizada a través de algoritmos que han limado cada aspereza diferencial necesaria para la definición de cada identidad.

La aniquilación del espacio a través del tiempo, la “u-topicalidad de la globalización” mencionado con anterioridad (Rosa, 2016), se ve reforzada en tanto que “el espacio es la evidencia” (Augé, 1996, p. 107) de todo elemento porque ocupa un lugar concreto. Lo etéreo del tercer entorno sumerge a los cuerpos humanos a un proceso de digitalización y esto le quita riqueza a la experiencia sensorial de cada persona. No sólo en términos de concepción del yo, sino que cada uno/a está en un lugar que no le es propio y por lo tanto la hospitalidad como valor para recibir al Otro, sufre una degradación porque no hay lugar para el encuentro. De esta manera, estamos en una situación en la que Dios (cada usuario/a) está sentado al medio de todo, pero separado de cualquier otro. Cada uno/a es amo/a de su propia burbuja, pero su manipulación del entorno es tan magnánima que no hay necesidad de tener que lidiar con la alteridad problemática. Sin embargo, la identidad comienza a desdibujarse porque al haber distancia con el prójimo se genera distancia con lo propio, ya que cualquier singularidad se define a través de lo diferencial con el Otro. El reconocimiento del yo es un proceso colectivo porque la identidad y la alteridad son rasgos de todo individuo, toda persona es un ente compuesto por el cruce de diversas otredades.

El “lugar antropológico” del que habla Augé es un espacio de identidad compartida donde se nutre lo social y se resignifica todo lo propio como algo colectivo. La pertenencia no es un capricho de la filiación obligatoria que cada persona atraviesa desde su nacimiento, es un rasgo identitario porque me ubica en un espacio de lo propio que comparto con Otros que me interpelan como singularidad colectiva y a su vez se define el valor de la singularidad de cada persona porque el rango de lo individual nunca se agota (1996).

La temporalidad nula, el flujo excesivo de información y los códigos ambiguos de relación entre las personas, son matices de un espacio digital que rechaza toda complejidad de su público porque necesita datos manipulables, necesita una uniformidad para lograr un orden en su estructura. Cuando todo estímulo se ha procesado como un elemento informacional para poder ser introducido en el flujo constante del entorno info-comunicacional, se acota el rango comunicacional porque lo humano no admite simplificaciones algorítmicas ya que su esencia es lo ambiguo, lo problemático, lo diverso en tanto ser de identidad ancestral y capaz de una ambivalencia que lo hace único en tanto singular con respecto a los demás. Esto conlleva a una clara pérdida de calidad comunicativa porque el reconocimiento se ha



minimizado en procesos interactivos sin diferenciación alguna. Por lo tanto, la experiencia se convierte en una mera repetición de acciones que hace difícil la valoración como proceso de alteridad.

El espacio digital trata a la humanidad como tecnología (Kylmäälä, 2012) entonces se produce una esterilización de todo lo concerniente a las formas humanas de todo tipo, lo social se ve transformado porque las personas han tenido que adaptarse a las condiciones impuestas por la digitalización. Las cualidades humanas han sido representadas, pero con lógicas algorítmicas que responden a un funcionamiento binario guiado por la repetición de patrones, entonces lo humano ha sido abarcado desde una representación elaborada por el mismo espacio digital. La complejidad del ser humano escapa al control que prevalece en el tercer entorno, es por ello que se codifica en clave algorítmica a cada usuario/a y eso produce nuevas significaciones. Lo colectivo comienza a regirse por pautas de sociabilidad mucho más empaquetadas y prediseñadas, porque si bien la elección sigue siendo humana, las posibilidades están predeterminadas por una instancia inaccesible para la gran mayoría de los individuos. “¿Quién quiere que yo quiera lo que creo que quiero?” es una frase escrita por Jorge Drexler en su canción “¡Oh, algoritmo!” (2022) en la cual expone la situación en la que gran porcentaje de las personas nos encontramos en el tercer entorno. Lo digital nos moldea, pero a su vez nos priva de conocer la fuente de todo algoritmo que nos estructura como usuarios/as y en esa frase se sintetiza la preocupación por la pérdida del control sobre el poder cognitivo del que habla Kylmäälä.

En líneas anteriores, partimos de un espacio digital construido y organizado a través de plataformas que responden a diferentes intereses y responden a diversas necesidades humanas. La fragmentación del yo refiere a este universo de empresas tecnológicas que van moldeando todo un mercado alrededor de algún aspecto humano y es por ello que las relaciones sociales en sí, son un campo fértil de ganancias para las grandes industrias del entorno info-comunicacional. La información de todos aquellos/as presentes en el espacio digital es entregada constantemente y va construyendo un modelo de consumidor a partir de la burbuja de cada uno que refuerza con datos todo patrón de conducta. Esto permite ahondar en detalle sobre la personalidad de cada persona de manera individual y ofrecerle todo tipo de productos y servicios a partir de sus interacciones. La lógica del capitalismo es hacer explotable cada aspecto humano en pos de una satisfacción a priori inocente pero que responde al consumo que necesitan las plataformas para asegurar sus ganancias en el ámbito económico.



En este contexto, tanto la identidad como la alteridad se vuelven rasgos a explotar desde lo económico y confluyen en procesos tales como la mercantilización de las relaciones sociales. Esta “socialidad mediada” está configurada desde lo cuantitativo porque la cantidad es la norma, mientras más tráfico de información se logre, con mayor eficacia responderán los algoritmos. Por lo tanto, cualquier cambio que introduzcan las plataformas será justificado desde la noción de los patrones de conducta de la audiencia, pero todo tiene una segunda intención cuando se trata de lo económico ya que, en un mundo tan competitivo, es necesario mejorar el rendimiento constantemente. En consecuencia, lo social como colectivo se ve influenciado por un ecosistema de empresas encargadas de moldear todo tipo de relación con el mundo y que eminentemente a su vez, está atravesado por el Otro.



CAPÍTULO 3

La mercantilización de las relaciones sociales

Hemos analizado la configuración del entorno info-comunicacional, su estructura, cómo son nuestros vínculos con los Otros y la dificultad que supone reconocerlos en el espacio digital. Indagamos en la influencia de la digitalización, en la identidad del Otro y la problemática de la insensibilidad que sufrimos dentro de un entramado de plataformas y lenguajes abstractos. Debemos abordar ahora un último fenómeno que tiene que ver con la mercantilización de las relaciones y de nuestra actividad en la red. En la actualidad, el ecosistema digital se ha convertido en un espacio ocupado y moldeado en gran parte por un selecto grupo de gigantes informáticos. Empresas de alcance global que gracias a la red pueden ejercer un dominio total del mercado y en muchos casos llegan a sobrepasar las posibilidades de control o regulación de los Estados tradicionales.

El tercer entorno fue la posibilidad de existencia de la economía global, masiva e irrestricta. Permitió acelerar y acentuar procesos socioeconómicos que venían de algún tiempo atrás, pero también engendrar nuevos desarrollos y escenarios inéditos. Fundamentalmente, allanó el camino para la aparición de los gigantes tecnológicos internacionales que hoy imponen las reglas de juego a miles de millones de personas. Esto llevará a Echeverría (2020) a hablar de un 'tecnopoder' ejercido por quienes mantienen estas plataformas exclusivas del tercer entorno y las redes telemáticas, sobre los millones de usuarios/as que día a día frecuentan sus interfaces y recurren a sus servicios. Esta privilegiada y particular posición de dominio que ejercen sobre éstos/as no sólo no tiene antecedentes, sino que además manifiesta una incalculable complejidad en el ámbito tecnológico-social.

La datificación de la vida: despersonalización y satisfacción

Zuboff (2021) explica que aquello que no tiene precedentes, por fuerza propia se vuelve irreconocible y se invisibilizan mucho de los aspectos de la integridad del tercer entorno debido a la lectura desde ópticas familiares. El panorama actual atravesado por una digitalización total no tiene precedentes, entonces viene a configurar un contexto desconocido en términos de forma porque se va desarrollando a prueba y error con el paso del tiempo y la evolución tecnológica de los aspectos vitales de las personas. La accesibilidad por parte de una mínima porción de habitantes al ámbito restringido de las estructuras dominantes del



espacio digital, crea posiciones privilegiadas de poder por sobre el resto de la humanidad que desconoce la mayoría de los aspectos detrás del tercer entorno.

Habitualmente se habla de un “big five”, que serían las cinco principales corporaciones tecnológicas en las que se consolida este tecnopoder. En la actualidad, Google, Amazon, Meta, Apple y Microsoft ocupan el centro. En ocasiones, en el ámbito de los mercados de valores incluso se llega a hablar del ‘S&P 5’ en lugar del tradicional índice ‘S&P 500’ de Standard & Poor 's que reúne las 500 compañías más importantes. Cada uno de estos gigantes tecnológicos ocupa algún lugar entre las empresas con mayor ‘market cap’ (capitalización de mercado) en el mundo. Como líderes del mercado y protagonistas de una posición privilegiada, sus plataformas influyen tajantemente en la organización social, económica, política y cultural de todo el mundo. Estas empresas sobrepasan en muchos casos las legislaciones de muchos países e imponen estructuras digitales sin fronteras.

Con millones de usuarios/as alrededor del mundo usando sus servicios, sus plataformas y productos diariamente, se apropian de una de las materias primas fundamentales del siglo XXI: los datos que éstos/as generan. En los comienzos las plataformas no estimaban tanto este tipo de información, ya que se consideraba como un subproducto, pero en cuanto se fueron tornando en lugares masivos y más desarrollados, las empresas se convirtieron gradualmente en empresas de datos, volviéndose este uno de sus principales recursos (Van Dijck et al., 2018).

Conociendo el descomunal valor que millones de datos pueden suponer para estas empresas, es que llegamos al concepto de “datificación”, que no es ni más ni menos que el mecanismo y el proceso utilizado por dichas empresas para cuantificar, administrar y organizar aspectos del mundo que antes no eran mensurables (Van Dijck et al., 2018). En la actualidad este procedimiento de interpretación de datos que realizan las computadoras son fundamentales para la comprensión del entramado de Internet. De esta manera, todo tipo de interacción dentro de la red puede ser rastreada, almacenada y ordenada. Cada *like*, cada comentario, visualización, pago, etc., es decir, toda nuestra actividad tanto en redes sociales como en las distintas plataformas es parte de este proceso sin excepción. Entre todos/as alimentamos el interminable flujo de datos personales que utilizan las corporaciones.

¿Qué sucede con estos datos? Como vimos en el capítulo anterior, un dato no funciona por sí solo, sino cuando se pone en relación con una enorme base de datos. De esta



manera se pueden realizar análisis de diferentes indicadores que permiten conocer a la audiencia, elaborar mejores algoritmos en base a la información que se tiene. Así se logra sugerir mejor contenido o realizar publicidad dirigida con alucinante precisión. En esto reside el corazón del fenómeno de la mercantilización de las relaciones sociales en el tercer entorno. Al volverse cada actividad en el espacio digital un acto susceptible de ser convertido en información valiosa para la plataforma, nos vemos de pronto encerrados en un laberinto invisible que moldea nuestras maneras de interactuar en función de generar mayor rédito económico para la empresa que ofrece el servicio.

La mercantilización se intensifica gracias a mecanismos de datificación ya que la masiva cantidad de datos del usuario recogida y procesada por plataformas online proporciona un entendimiento de los intereses del usuario, sus preferencias y necesidades en un momento particular. (Van Dijck et al., 2018, p. 37)

Cabe aclarar que la experiencia humana en el entorno infocomunicacional es una constante huella de datos, pero no toda esa información tiene una utilización directa por parte de las plataformas a las que se accede. En cada interacción va quedando un “excedente conductual”, datos de nuestra conducta que son utilizados para mejorar la predicción de nuestros comportamientos y de esta forma anticiparse a nuestro próximo deseo y satisfacerlo eficazmente (Zuboff, 2021).

Este contexto es propicio para la formación de lo que Zuboff denomina ‘capitalismo de vigilancia’: “nuevo orden económico que reclama para sí la experiencia humana como materia prima gratuita aprovechable para una serie de prácticas comerciales ocultas de extracción, predicción y ventas” (2021, p. 9). Esta estructuración del mundo parte de una hiperconectividad gracias al ‘principio de conexión’ del espacio digital que permite una coordinación total de todas las partes de dicho entorno. La arquitectura global se apropia de los datos a partir de las interacciones de cada uno/a y así formula patrones de conducta a través de los cuales puede dirigir programas de manipulación hacia su público (Zuboff, 2021). Sin duda alguna esto afecta lo social en todas sus dimensiones porque cambia por completo la radiografía de todas las sociedades al introducir nuevas formas de relacionarse con el mundo en su totalidad.

Esta afección hacia la identidad de cada persona busca remedios para afrontar el cambio y una de las defensas del yo ante la mercantilización del mundo es la



despersonalización (Smelser, 1998, en Hochschild, 2008), y no en vano, a su vez, este rasgo es una característica del espacio digital. Ante la degradación de lo social a causa de la socialidad impuesta por la digitalización, se van degradando los lazos sociales y las personas buscan en el mercado lo que no pueden satisfacer en su impotente encuentro con otras y otros. La seguridad que necesita cada persona por lo general se encuentra en lo que uno/a considera como 'hogar', lo que sucede es que en el espacio digital nada es propio, no hay lugar para asentarse porque todas las personas se encuentran 'en el medio'. Somos seres en tránsito porque la datificación nos convierte en usuarios/as y consumidores/as que constantemente viajan por el flujo informacional de la red.

El hogar no solo representa un lugar de seguridad por lo espacial, como un espacio reflexivo ontológico, sino que a su vez representa la desnudez de las personas porque es donde se despojan de todas las vestiduras o máscaras que muchas veces las protegen de su propia vulnerabilidad frente a la otredad. Pero el espacio digital a través de sus etéreos tentáculos ha ingresado de forma invasiva y silenciosa al corazón de nuestra intimidad, entonces logra hacerse con nuestros deseos más privados. El concepto del espacio como un lugar propio ha sido destruido por la desterritorialización del tercer entorno y a su vez, como hemos analizado en el capítulo anterior, toda corporeidad ha sido aniquilada a través de la supremacía de lo visual. Esto genera que la percepción del movimiento se vea trastocada y nuestra forma de satisfacer nuestras necesidades y deseos se vuelven meras operaciones digitales a través de la mercantilización. A partir de la información que obtiene el espacio digital acerca de cada individuo, le ofrece opciones para la satisfacción dentro de su estructura misma, esto modifica la conducta humana que comienza a entrar en un reposo adictivo porque con un solo *click* obtiene lo que desea o al menos en apariencia. Esto trastoca la percepción de toda acción porque se confunde el consumo, al tener tantas opciones de elección sin esfuerzo alguno, con un estado de liberación. En un mundo de bienes y servicios digitalizados y con consumidores con acceso a los diversos mercados, la ubicación de cada persona está determinada por su actividad digital. En este contexto, los productos son manipulados para humanizarlos y enriquecer la experiencia de adquirirlos. Esto genera que el "comprar algo" se convierta en una forma de "ir a alguna parte" porque se navega en el mar de la mercantilización digital (Hochschild, 2008).

La minimización de la experiencia repercute sobre lo social de manera directa porque las personas están hechas de relaciones con la alteridad, y cuando se subordina todo aspecto físico a una mera digitalización se pierden formas de lo humano que el espacio digital ha



disminuido a meras acciones operacionales. Con la pérdida de lo sensorial adviene un decaimiento del yo en detrimento de un exhaustivo crecimiento del consumidor. La lógica parasitaria del capitalismo convierte todo aspecto humano en un producto de mercado. Las islas en las que cada usuario/a navega son un mero carrito de compras en el cual cada información que se consume puede ser factible de ser comprada. La mercantilización conlleva códigos y formas que se compatibilizan con la estructura del espacio digital y en esta coincidencia entre ambos mundos, lo social se ve reducido cualitativamente, porque su codificación se realiza dentro de las lógicas del capitalismo: la cantidad como medida.

El espacio digital ha crecido con el ritmo de la lógica neoliberal y se ha ido amoldando al imperativo de dicha racionalidad. La estructuración a partir de la relación espacio digital - neoliberalismo ha logrado una fórmula totalmente efectiva y muy parasitaria en su base, ya que este capitalismo de vigilancia que impera en Occidente, se alimenta de cualquier experiencia humana (Zuboff, 2021) y así logra una consistencia sólida porque ningún ámbito se le escapa de las manos. La naturalización de la concesión de datos por parte de los/as usuarios/as no genera ningún tipo de sospecha, porque el espacio digital se ha vuelto indivisible con la vida. Su transversalidad logra un totalitarismo del que no se puede huir y se convierte en el paradigma por excelencia de la vida misma. El neoliberalismo se erige como la razón primordial del capitalismo actual y le sirve como herramienta de fabricación a través del sustento constante que genera el valor máspreciado para dicha lógica: la competencia (Laval y Dardot, 2013).

La construcción del 'yo' a través de la disciplina empresarial

La mercantilización que profesa el espacio digital viene acompañada de la construcción de una "subjetividad contable", es decir, como mencionamos con anterioridad, lo cuantitativo toma primacía por sobre lo cualitativo. Esto les exige a las personas asimilarse como capital humano posible de ser explotado, pero la profundización de dicho proceso es aún más exigente, cada individuo se concibe como su propia empresa entonces debe funcionar bajo estas lógicas capitalistas (Laval y Dardot, 2013). La caricia del entorno infocomunicacional se extiende a través de hilos invisibles por su agudización para ir ganando terreno en el espacio subjetivo íntimo de cada persona, ya que toda acción dictaminada desde el algoritmo es tomada como algo totalmente natural. Al igual que el rizoma que crece como una hierba silvestre, el tercer entorno se va incrustando en cada persona como una silenciosa plaga de bits.



Esta situación predispone al individuo a una situación de alerta constante porque la competencia es con todos los seres humanos que le rodean, entonces debe estar expectante para poder lograr la ventaja que lo posicione por sobre el resto. Por esta razón hay una erosión de lo social a partir del nexo laboral porque ya no solo no hay lugar de encuentro a través de un fin común como puede serlo el trabajo, sino que además las otras y los otros se vuelven adversarias/os en la carrera neoliberal del/la emprendedor/a. Sumado a esto, el libre mercado ha encontrado su materialización ideal en el espacio digital porque lo etéreo de dicho lugar dificulta cualquier tipo de regulación estatal, por tratarse de un recinto con características particulares y que rebasa cualquier jurisdicción en términos de legislación.

Las sensibilidades colectivas también se alimentan de los lazos laborales porque el trabajo es una fuente de realización personal y un lugar de pertenencia social en muchos casos. Con el advenimiento de la 'empresa de sí mismo', se disipa toda posibilidad de construcción por un bien común remunerado que me une con otros y otras, ya ni siquiera la camaradería es un síntoma del compañerismo laboral porque la explotación de mi empresa me obliga a concebir al otro como adversario y por lo tanto la hospitalidad puede ser vista como signo de debilidad en la mercantilización de la vida.

La mercantilización convierte a los/las otros/otras en un competidor y lo que nos une en tanto lazo social, es la concepción empresarial de explotación. Por lo tanto, la valoración de sí mismo toma centralidad con respecto a ese/a otro/a porque debo mejorar todos los aspectos de mi capital humano, aunque ello implique una rivalidad con la alteridad. La concepción empresarial del yo plantea una excesiva administración de la persona para lograr resultados, de la misma forma que cualquier negocio, hay un desprendimiento de varias funciones que deben ser realizadas para el efectivo funcionamiento del mismo. La fragmentación del yo no es solo un capricho del espacio digital, ahora se vuelve una finalidad del mercado para dotar de valor capital a todo elemento que circule por el mundo de bienes y servicios. De esta forma el mercado se asegura que todo aspecto cuantificado como un valor loable de transacción sea tomado por cada individuo como algo propio de la 'disciplina personal' en la que se ve envuelto el emprendedor (Laval y Dardot, 2013).

De esta forma se reafirma constantemente el autogobierno del yo, se acrecienta la sensación de poder sobre uno mismo y sobrevuela un halo de control omnipresente del ser. La valoración cualitativa de lo humano ha sido desplazada por el paradigma del rendimiento



porque el sujeto debe estar en actividad constante, la no producción de capital es vista por el mercado como una manera de no cooperar con el Otro, entonces se manipula ya no por el lado social de la sensibilidad sino por la explotación para generar ganancias. La relación con el Otro es competitiva en tanto relación interpersonal, pero es “cooperativa” toda vez que el yo como empresa produce, ayuda al crecimiento del libre mercado e indirectamente se vuelve útil para la competencia que representa el Otro.

La emancipación como empoderamiento del individuo está sustentada en la idea de la mercantilización de las relaciones entonces se cuantifica todo tipo de rasgo social para ser medido a través de la certeza que dan las estadísticas de los algoritmos (Laval y Dardot, 2013; Zuboff, 2018). La retroalimentación constante de información se moviliza a través del mercado como motor de socialidad y a su vez como ente formador del sujeto emprendedor que va construyendo su identidad en línea con el paradigma neoliberal. En este proceso, al administrar lo social como un elemento de cantidad, se degrada lo ambiguo y cualitativo del Otro como humano en sí porque la empresa de sí mismo se replica en la alteridad, pero se transgreden las formas humanas de relación ya que los valores empresariales tienen sus particularidades y se gestan en el ámbito de la especulación.

La coerción del espacio digital sobre las personas se presenta como un suave lienzo donde pintar lo que uno/a quiera, pero las condiciones ya están preestablecidas porque el capitalismo de la vigilancia no pierde el rastro de ninguna experiencia humana, entonces parece que siempre está un paso adelante de nuestro deseo. La burbuja de filtros se refuerza en ese afán de reforzar nuestro comportamiento y a su vez construir ese emprendedor que en cada información que consume realiza una valoración de sí mismo. Esta sensación de libertad que otorga el tercer entorno quiere ser opuesta a la visión del sujeto del siglo pasado atado a muchos otros actores, pero como dice Michelson: “Nuestra libertad no es libre de nuestras condiciones sociales” (2021, p. 154). Por más que los condicionamientos sean inmanentes al espacio digital, el neoliberalismo como dispositivo de un capitalismo dominante está presente en la dinámica social de las personas. Es tan abrumadora la asimetría con la tecnología en términos de conocimiento en el entorno infocomunicacional que damos por sentido el orden y control de la misma sobre nosotros.

La subjetividad contable mencionada anteriormente se da en la fusión del mercado y el espacio subjetivo de cada persona, hay una clara invasión del primero sobre el segundo y se apropia de los deseos propios generando esa sensación de encantamiento a través de la



mercancía como lugar de placer (Hochschild, 2008). Este proceso genera una relación del sí mismo con el mercado como lugar de satisfacción entonces toda fuente de placer está al alcance de mi esfuerzo, por lo tanto, hay una auto explotación del yo como capital humano. En consecuencia, la mercantilización de lo social se ve como un producto por adquirir cuando lo crea necesario y es por ello que las facilidades para evitar al Otro como experiencia imprevisible están al alcance de una interacción. El acceso a la otredad está permanentemente, lo que difiere es la intención de relación. Las plataformas de citas son un claro ejemplo de la explotación mercantil de lo social como fin específico de su funcionalidad, en otras palabras, facilitan el consumo del Otro como mercancía del deseo.

Este panorama acrecienta la sensación de certeza que genera la visibilidad de toda información circundante en el espacio digital, los algoritmos repiten patrones y las estadísticas refuerzan las perspectivas individuales. Las plataformas se apropian del excedente conductual para mejorar los servicios que ofrecen y siempre hay respaldo en datos. Toda interacción tiene su número de refugio que le da razón de ser y, ante la anticipación basada en la información previa captada de cada usuario/a, la información ofrecida será indefectiblemente coincidente con con el perfil de este/a. La lógica neoliberal del espacio digital no escatima en especulaciones, sus algoritmos son sistemas exhaustivos de recolección y reciclaje de datos. Las personas quedan relegadas a la dinámica del/al emprendedor/a que debe explotarse a sí mismo/a, mientras que los dueños del espacio digital ya han sustituido cualquier tipo de verdad por la certeza cuantitativa (Zuboff, 2021).

El capitalismo de la vigilancia ha encontrado en la complementariedad del mercado y la empresa, la coordinación necesaria para que la humanidad siga produciendo a pesar de la alienación que provoca la digitalización. Cuando cada uno se convierte en su propia empresa, la cadena capitalista logra reinventarse en esta forma laboral. La competencia permite el funcionamiento del mercado sin necesidad de un poder centralizado y, de igual forma, el espacio digital en su entramado funciona desde la dispersión exagerada de la información, pero con un nivel de procesamiento de datos altamente efectivo. Pero aún ante una mercantilización eficiente de todas las experiencias humanas, las personas no pueden dejar su complejidad de lado y responder a lógicas económicas de funcionamiento porque su integridad responde a una estructura ambigua, cambiante. Zuboff claramente explica que respondemos al deseo de otros porque nuestra conducta ha sido estandarizada e ingresamos en un bucle de mismidad informacional, no hay lugar para lo propio. Entonces, comenzamos a ser extraños en nuestra integridad y naturalizamos el consumo constante de lo que el



espacio digital nos ofrece sin un ápice de duda porque el algoritmo me reafirma constantemente que eso es lo que me gusta (2021; Michelson, 2021).

Si la extrañeza con uno/a mismo/a se vuelve algo propio, la alteridad se torna estéril porque ha sido procesada bajo los mismos parámetros de uniformidad que propone la mercantilización. La transparencia del tercer entorno difumina todo elemento porque la amoralidad de dicho espacio no distingue lo bueno de lo malo, entonces se cae en una banalidad que confunde la humanidad con la técnica (Michelson, 2021). Cuando la corporeidad misma ha devenido en una fragmentación sensorial, es difícil reconocer las formas de lo humano y ante esto somos mucho más indiferentes hacia el Otro. El valor no es el precio, la mercancía se rige a partir de un índice económico, pero cuando se habla de personas, la valorización de las mismas no se realiza a través del mercado porque una persona representa una existencia válida por ser vida en sí misma. Entonces cuando se empatan los valores humanos con los precios mercantiles, se produce un desfase de todo aspecto social, una crisis de relación con la vida en sí misma.

La mercantilización suple todo a través del consumo, lo sensorial ha sido disminuido para ser atomizado en diferentes facetas que se materializan a través de las funcionalidades de las plataformas, por lo tanto, se le quita complejidad a lo humano en tanto sensibilidad. Si bien pareciera que estamos en presencia de seres autosuficientes sin más necesidad que lo que el mercado les ofrece, las consecuencias de una conectividad sin sensorialidad y por ende una sociabilidad acotada, comienza a hacer estragos en lo colectivo de cada comunidad. Al alejarse de sí misma por la extrañeza que causa la pérdida de la corporeidad, se pierde el control del poder cognitivo como tal y se va diluyendo la dimensión de la persona como ser social, porque las relaciones que nos definieron como seres únicos se han ido socavando en este presente continuo que se maneja a través de estímulos cortos y manipulables temporalmente.

El colonialismo como estrategia capitalista

Otra particular perspectiva crítica que aborda el ecosistema digital a partir de la manera en que las tecnologías mercantilizan nuestra relación con sus servicios, sus plataformas y con los demás, es la que proponen Nick Couldry y Ulises Mejías. En *The Cost of Connections* (2019), los autores argumentan que debemos hablar de un “colonialismo de datos”. Consideran que en el contexto actual existen fuertes paralelismos con el colonialismo



histórico tradicional. De esta manera, entienden que el tecnopoder que detentan las grandes corporaciones tecnológicas mediante sus plataformas, constituye una dominación análoga a la que ejercieran los imperios tradicionales sobre sus colonias.

Si bien cambian los contextos y las condiciones, el hecho fundamental aquí es que se mantiene la dinámica de explotación y extracción de recursos, sólo que con otro escenario y otra materia prima. Hoy las grandes empresas tecnológicas no tienen la necesidad de ocupar físicamente un territorio, ni extraer recursos naturales para su beneficio económico. Como dijimos, la materia prima hoy son los datos.

Estas corporaciones lograron consolidarse sacando provecho de un marco económico, social, político, y fundamentalmente, de ausencia de perspectiva legal, en el que se estaba dando una migración al espacio digital. La novedad del desarrollo tecnológico siempre trae consigo fascinación y sorpresa al público en general, y ante la incipiente revolución digital, muchas consecuencias y efectos secundarios quedan fuera del campo visual de la sociedad y la política. Al originarse y desarrollarse tan vertiginosamente, las leyes de los países se vieron superadas por el avance tecnológico. En el tiempo que se requiere para debatir y promover una ley que regule determinados aspectos del entorno digital buscando el bienestar y la seguridad social, las plataformas ya cambiaron considerablemente sus criterios, sus algoritmos y sus términos y condiciones de uso. Llevan la delantera. De esta manera lograron y logran inclusive hoy asentarse y constituir el tecnopoder que les permite extraer, recopilar y acumular grandes cantidades de datos personales y elaborar mecanismos de monetización de esa información. Esta posición de poder no solo los pone por encima incluso de muchos Estados nacionales, sino que impacta de manera desproporcionada en la sociedad y la economía global. La influencia y el control que ejercen sobre la actualidad es inconmensurable.

Las novedades de este nuevo colonialismo crean un entorno y unas condiciones inéditas en la historia de la humanidad en las que el ejercicio de la dominación se da en todo tiempo y sin discriminación territorial. Este nuevo orden económico y social es una transformación necesaria para el colonialismo de datos. Tanto el desarrollo de infraestructuras de la comunicación, la asimilación de los sistemas informáticos en la vida cotidiana y la consecuente amalgama entre la transformación tecnológica y la vida humana, posibilitan la propagación del colonialismo de datos bajo los imperativos del capitalismo (Couldry y Mejías, 2019).



El *dato* como materia prima de las tecnologías cobra un sentido esencial en el flujo y el desenvolvimiento del colonialismo de datos. A partir de la infraestructura que sostiene a todo el entorno info-comunicacional, y el almacenamiento y la gestión de un volumen de datos descomunal, la vida humana se transforma en todos y cada uno de sus aspectos. El tercer entorno se imprime por sobre los otros dos y, a su vez, los altera en forma contundente.

Recuperando la perspectiva de Kylmälä (2012), la comunicación y la información representada de modo abstracto a través de datos, códigos y lenguajes es el aspecto predominante que ocupa todo el entorno info-comunicacional. La actividad humana dentro de este espacio se ve codificada y representada informacionalmente. A medida que avanzamos en una creciente tecnologización de la acción humana, estos avances se ponen de manifiesto en los servicios y plataformas que median la vida cotidiana de las personas y, entretreídos con las dinámicas de mercado, configuran el contexto actual. Una vez abstraída, recolectada, almacenada y gestionada por procesos informáticos para generar ganancias, como aseguran Couldry y Mejías (2019), la vida queda ‘anexada al capital’. El colonialismo de datos sería entonces una estructura emergente completamente destinada a supeditar el comportamiento humano a su finalidad de lucro. Una maquinaria que se adjudica la humanidad a partir de la manipulación de sus representaciones digitales, pero con efectos determinantes para la socialidad.

Esta extracción se hace operacional vía relaciones de datos, maneras de interactuar con otros y con el mundo facilitadas por herramientas digitales. Mediante relaciones de datos, la vida humana no solo se anexa al capitalismo, sino que también se vuelve sujeta al continuo monitoreo y vigilancia. El resultado es socavar la autonomía de la vida humana en una manera fundamental que amenaza la base misma de la libertad que es exactamente el valor que ensalzan los defensores del capitalismo” (Couldry y Mejías, 2019, p. xiii)

Por otra parte, así como Echeverría concibe la idea de los *Señores del Aire* (1999), los autores citados refieren ahora a un *Imperio de las Nubes*. Aunque los términos no son sinónimos, ni tampoco intercambiables, es interesante cómo en términos generales ambos intentan profundizar aspectos muy similares. De alguna manera, más de veinte años después, consolidan de cierta forma las suposiciones de Echeverría. Un selecto grupo empresarial que, a partir de la irrupción de Internet y la consecuente digitalización de la vida cotidiana, ha logrado acrecentar su poder estratégico y aumentar sus réditos económicos.



Si bien Echeverría intenta pensar al tercer entorno como una ciudad, a la que propone llamar Telépolis, entiende que es tan sólo una caracterización y que otras alternativas también lo pueden identificar. Pero el hecho a destacar es que, dentro de esta ciudad, o este entorno digital, rige principalmente un modelo que denomina *neofeudalismo* (1999). Ahora bien, a pesar de las instituciones que nos llaman a pensar en la posibilidad del espacio digital como un espacio más abierto, más plural y democrático, ve tanto en su estructura como en su infraestructura interna ciertas cualidades que denotan ese *neofeudalismo*. Es que, dentro del entorno digital, no somos más que simples usuarios/as, nuestra capacidad para construir e influir es mínima a comparación de quienes establecen las normas y las condiciones sobre las que operamos en el mismo. Este nuevo espacio se fortalece en el desarrollo de las comunicaciones, y genera al mismo tiempo una disputa por un poder y una riqueza incipiente, dando lugar al surgimiento de una nueva aristocracia del espacio digital (Echeverría, 1999).

Siguiendo con esta lógica de proyectar al tercer entorno como una ciudad digital, Echeverría asegura: “en su situación actual, las decisiones principales concernientes a la construcción de dicha urbe telemática escapan por completo al control de los telepolitas, es decir, de los/las ciudadanos/as de Telépolis” (1999, p. 63). De este modo, las personas dentro del tercer entorno tienen una agencia limitada, por más libre que aparente ser. Por eso, lo que el autor reconoce en la ciudad digital es un modelo neofeudal: se establecen relaciones de poder y dependencia similares a las que mantenían los antiguos señores feudales con sus siervos. Y de la misma manera que en el colonialismo de datos, ya no se requiere del dominio físico del territorio, ya no hay señores de la tierra en el tercer entorno. Hoy el núcleo de poder pasa por el dominio del entorno digital. *Los señores del aire, reinan en el Imperio de las Nubes.*

Como mencionamos, Couldry y Mejías (2019) llegan a reconocer dinámicas similares, pero, desde luego, mucho más profundas. Ven al colonialismo de datos como una escena que toma parte en una línea histórica que se retrotrae hasta el origen del capitalismo industrial, pasando por el colonialismo y que llega hasta la actualidad. La idea del *Imperio de las Nubes* condensa aquella concentración de poder de tinte colonial que impera en el entorno digital, que no se corresponde con ninguna nación, territorio, o corporación particular, y que se nutre mediante la extracción de datos de las personas.



El Imperio de las Nubes está siendo implementado y extendido por muchos jugadores pero principalmente por el sector de la 'cuantificación social', el sector de la industria devoto del desarrollo de la infraestructura requerida para la extracción de ganancias de la vida humana a partir de datos. (Couldry y Mejías, 2019, p. xiii)

No es en vano recalcar que la información es la fuente madre del espacio digital porque todo dato recabado achica la porción de azar e instinto en afán de lograr mayor control sobre toda acción (Mayer-Schönberger y Ramge, 2019). El capitalismo neoliberal ha encontrado en esta matriz de funcionamiento una eficiencia que le permite construir el futuro desde la anticipación. La mercantilización viene a socavar la imprevisibilidad del Otro porque se apropia de lo humano y lo rediseña en términos de rendimiento al igual que un producto.

La socialidad se sumerge en la paradoja estructural del espacio digital como motor de mercantilización, la conducta moral no puede ser procesada a través de los algoritmos porque es propia de las relaciones humanas. Esa vulnerabilidad del Otro en tanto exterioridad me otorga responsabilidad en tanto no debo dañar aquello que está fuera de mí, mi accionar puede afectar al Otro y eso me responsabiliza en igual medida desde la alteridad. Entonces, cuando el capital se ve anexado a lo humano no puede hacer sincrética la socialidad porque lo vacío de lo cuantitativo no puede abarcar lo cualitativo de los seres humanos. Las resignificaciones que realiza el espacio digital en primer lugar con la corporeidad de todas las personas y a partir de allí, la reinterpretación de valores y comportamientos, genera un nuevo espectro de lo que se considera como social. La responsabilidad moral se alimenta de la diferencia y el tercer entorno todo lo contrario, su alimento es la similitud, entonces la mercantilización se antepone al prediseñar todas las instancias anteriores a la accesibilidad de la persona al espacio digital, para que cuando actúe en dicho lugar, su accionar esté condicionado por las limitaciones estructurales que los algoritmos crean convenientes (Bauman, 2009).

La frialdad de la eficiencia no es un capricho humano, es la consecuencia de una incompatibilidad de lo digital con la socialidad. No significa que la automatización aparejada por la mercantilización tecnológica no pueda ser complementaria con la vida humana ni mucho menos, pero entre tantos datos las personas comienzan a ser extrañas entre sí porque los códigos humanos no se reconocen en lo digital sino en la presencia del Otro. Por lo tanto, hay una convivencia de una multitud desconocida, donde la responsabilidad no se produce como sensibilidad colectiva porque se ha atomizado todo rasgo humano en pos de un



ordenamiento eficiente. La naturalización de una atención trastocada por muchos estímulos a la vez provoca una inatención hacia el Otro porque ha perdido singularidad en el espacio digital.

El término 'onlife' es un concepto que deriva de la vida actual que no tiene división entre lo online y lo offline porque lo digital es transversal a todo tiempo y espacio. La nueva sujeción al concepto de empresa de sí mismo/a está conectada a este contexto donde no hay desconexión con el espacio digital (Almendros, 2020). Esta situación trastoca el espacio íntimo y lo vulnera a favor de una digitalización que acaricia toda corporeidad y la invita a desembocar toda su vida en información en red. Pero en el tercer entorno todo el mundo debe ser transparente porque de esta forma se posibilita la eficiencia de todo proceso de comunicación.

Ejemplos prácticos para ilustrar la mercantilización

Ahora bien, aunque la recolección de datos es un insumo fundamental, no es lo único que se busca. El proceso de mercantilización transforma objetos, actividades, relaciones y emociones en productos comercializables. Las plataformas parecen estar en la búsqueda de crear la zona de confort perfecta. Una que no tenga fisuras, que nos alimente con lo que queremos ver y escuchar, que nunca tengamos que recurrir al esfuerzo, que nunca tengamos que atravesar el dolor o la espera. Un set de respuestas automatizadas que atienda a nuestros clientes o un algoritmo que decida con qué clase de persona nos tenemos que relacionar.

Podríamos decir que cuanto más inmersos en la vorágine de la tecnologización estamos, menos agencia tenemos. El abanico de libertades de acción parece estar en constante expansión, pero esto no ocurre si todas las novedades y los desarrollos que utilizamos forman parte del mismo curso de integración del capitalismo y el colonialismo de datos. Hoy las plataformas premian la incesante generación de contenido, la participación permanente, el servicio online ofrecido las veinticuatro horas del día a la semana. Ganarán más visualizaciones y alcance a más audiencia aquellos perfiles que postean habitualmente y generen interacción. Nosotros marchamos conforme dicten las actualizaciones.

A raíz de esto es que queremos exponer una serie de casos que creemos útiles para problematizar y profundizar en las distintas temáticas propuestas en este documento. Indagar



en la tecnologización de la actividad humana, las plataformas, la mercantilización de las relaciones y cómo influye en el resto de nuestra vida diaria.

En *The Platform Society* (2018) Van Dijck, Poell, y de Waal se detienen por un momento a pensar el rol de la reputación dentro de las aplicaciones de servicios. Sabemos que en casos como los de Uber o Airbnb, tanto quienes ofrecen el servicio como aquellos/as que lo consumen, se ven sujetos a formar parte de un sistema de valoración de su reputación. En cada aplicación uno/a tiene su perfil y puede valorar el comportamiento de la otra persona para que se vea reflejado y los demás también lo puedan ver. Quienes mejores puntuaciones y reseñas tienen pasan a ser más solicitados/as y valorados/as por el resto, mientras se intenta evitar a todos/as aquellos/as que, según el sistema de puntuación, ofrecen un mal servicio o suelen tener inconvenientes.

En este tipo de servicios, donde uno/a tiene que entrar al departamento o subirse al auto de un desconocido/a, está claro que todos desean tener algún tipo de garantía sobre la persona con la que se van a encontrar. Ya hemos hablado de cómo la identidad dentro del tercer entorno puede ser una representación delusoria y, para un tercero que mira desde afuera, la distancia entre la identidad real de una persona y la identidad que aparenta en la red puede ser un verdadero misterio.

Pero el sistema de reputaciones puede rápidamente tornarse en un mecanismo de control social. Una especie de ranking social. Esto dicen los autores sobre el caso de Uber:

Los conductores que caigan debajo de cierto puntaje pueden ser removidos de la plataforma y perder su capacidad de obtener ingresos a través de la misma. De esta manera, las métricas estimulan a los conductores a sostener y mejorar sus reputaciones. De este modo, más que instrumentos para generar confianza, las métricas de reputación se utilizan cada vez más como instrumentos para reforzar conductas particulares del usuario. (Van Dijck, et al., 2018, p. 43)

Como advertimos anteriormente, corremos detrás de las plataformas. A pesar de creer que tenemos más libertad de acción, las actualizaciones nos imponen el ritmo a seguir. En el caso de los conductores de Uber, el no respetar las nuevas normas, o no amoldarse a los cambios en la forma de trabajo, incluso no mantener su reputación, puede ser fatal para su permanencia en el rubro y en la plataforma. La valoración de la reputación que entendemos



es para una buena finalidad, termina por convertirse en un procedimiento de manipulación de la conducta de la persona.

Otro de los casos que podemos mencionar tiene que ver con el testimonio que recuperan Couldry y Mejías (2019) de la escritora irlandesa Sally Rooney. Ante una seguidilla de descompensaciones y desmayos, los médicos no encontraron ninguna anormalidad en su organismo y le sugirieron que debía empezar a tener más en cuenta la hidratación de su cuerpo. Ante esta advertencia, Rooney descargó “WaterMinder”, una aplicación cuya función consiste en recordarle a quien la posea cuándo tiene que hidratarse. En la aplicación, cada usuario/a puede establecer su cuota diaria de líquido a beber, programar cada cuánto tiempo hacerlo, seguir su progreso personal, e incluso otras funciones como, por ejemplo, ver en tiempo real el nivel de hidratación del cuerpo.

En un artículo de 2017 publicado en *The New Yorker*, la autora relató sus malas experiencias en cuanto a su salud, y cómo mejoró su vida a partir de la ingesta de agua guiada por la aplicación. “He subcontratado una de las funciones esenciales de mi cuerpo a un programa informático...”. La situación puede parecer absurda, ya que es difícil comprender cómo no se podría cumplir con una tarea tan cotidiana y tan humana como el simple hecho de beber agua durante el día. Quizás no haya una manifestación más próxima a la idea de *prótesis* digital de la que habla Echeverría. Couldry y Mejías también identifican ciertas particularidades en este sentido:

El simple acto de monitorear diariamente si el cuerpo de uno está hidratado se volvió algo que ocurre en un espacio social competitivo. El cuerpo humano se ha reformado en algo que requiere de infraestructura lejana, desde la cual, por cierto, se pueden generar ganancias. (Couldry y Mejías, 2019, p.X)

Aquí se pone en juego el proceso natural del cerebro de reconocer cuando el cuerpo tiene sed y debe hidratarse. Pero más allá de eso, como afirman los autores, la plataforma también tiene un espacio para la competencia y la socialización. Además de los logros y los desafíos, se puede compartir con los demás los resultados propios. Esto, sumado a las dinámicas propias de recolección de datos y vigilancia, altera nuestra humanidad y el tipo de vínculo con la tecnología y con la otredad. La aplicación logra hacer de algo tan banal y cotidiano un motivo para sacar provecho, para realizar un festejo social, y recabar información de los seguimientos y los comportamientos de cada usuario/a.



De alguna manera, desligarse de la responsabilidad natural y de nuestra propia agencia, como decíamos antes, nos insensibiliza, o como diría Kylvälä, nos hace perder el control cognitivo (2012). Cuando aquellas prótesis o extensiones tecnológicas alivian el cuerpo humano, de pronto ya no estamos más en el control, perdemos poder de decisión. La continua tecnologización y la delegación de tareas cotidianas a la tecnología nos hace optimizar tiempo y procesos, pero por otra parte nos despoja de toda una serie de estímulos naturales con los que solíamos convivir.

La valoración social del Otro y en la misma medida del yo, se ha convertido en un proceso digital que se basa en la performance de cada usuario/a para calificar su status de acuerdo a los parámetros de cada plataforma. Este procedimiento genera una desvinculación total de cualquier percepción humana sobre el valor del Otro y se acrecienta la alienación hacia uno mismo cuando el yo se despoja de funciones fisiológicas como el hidratarse. Ontológicamente se empobrece todo proceso de construcción del ser social porque se lo aleja del centro de poder de su propio cuerpo y sus decisiones están tercerizadas mediante la interfaz del espacio digital que ya tiene todo diseñado para guiar a usuarios y usuarias. La consecuencia de este escenario es una preocupante situación crítica de la libertad como estado del ser porque el tercer entorno ha trastocado dos sitios donde se produce dicho valor: el espacio íntimo y el pensamiento crítico (Almendros, 2020).

La personalización que ofrecen las diferentes plataformas a sus usuarios/as, les otorga un reconocimiento constante de sí mismo pero carente de toda crítica (Almendros, 2020). Por lo tanto, se reafirma su individualidad constantemente, esto sumerge a cualquier persona a una quietud ontológica porque no hay ambigüedad alguna en su horizonte. Partiendo desde la humanidad como un proceso inacabado, el espacio digital parece haber encapsulado toda duda acerca del cambio porque necesita parámetros continuos para lograr establecer patrones y de esta forma consolidar un modelo de usuario/a. Entonces sumerge toda personalidad a un bucle reafirmante en donde se disipa toda diferencia. Así, se genera una multitud de individualidades totalmente convencidas de sus creencias y pensamientos y con una actitud reacia hacia la alteridad porque al moldear todas mis preferencias como virtudes, el Otro se erige como una oposición exacerbada por la competencia mercantilista.

La movilidad social está marcada por índices de popularidad a través de la reacción de personas que valoran la actividad de alguien a través de diferentes interacciones, por lo



tanto, se abstrae el proceso de ascenso o descenso de status que en otras épocas estuvo marcada por otros factores. Sin embargo, no hay un rito colectivo para el crecimiento personal de cada ser humano, porque lo que se valora es mucho más superficial ya que se sostiene mediante una acción particular y no la identidad total del ser. Es decir, la confirmación de cualquier aspecto o rasgo de la persona está sentenciada por el algoritmo y no por una comunidad latente en términos sensoriales porque ni siquiera hay estímulos de ida y vuelta que puedan considerarse comunicación. Las notificaciones son el augurio de una acción digital que se recibe de otro/a pero no hay instancia de comunicación en la mayoría de los casos porque la conectividad está intersectada por estructuras de mediación en donde, si bien está la intención de reaccionar hacia el/la otro/a, la profundidad de cualquier sociabilidad tiene tintes estériles en tanto relación de calidad.

La socialidad como lazo ha devenido en simple conexión porque lo que se comparte con el resto es información, no emociones conjuntas o sentimientos en común, estos dos últimos son expresados en términos digitales, pero con complicaciones visibles. La burbuja en la que convive cada usuario/a exalta lo mío en tanto círculo de retroalimentación del yo por sobre el otro en tanto imprevisibilidad de todo tipo. Entonces el lugar de encuentro con el otro ya parte desde el cimiento de una oposición, porque si el algoritmo me refuerza a mí como centro y verdad, ante el mínimo encuentro diferencial por el advenimiento de la otredad, hay una incomodidad que puede generar disrupción en mi bienestar digital y en consecuencia un momento negativo de malestar en donde activo todos los mecanismos de eliminación, silenciamiento o anulación de ese/a otro/a. Por lo tanto, todas las estructuras del espacio digital prefieren evitar la conmoción del conflicto para evitar pérdidas de capital humano. Michelson explica que el orden neoliberal al transformar todo en mercancía, inevitablemente tiene a lo homogéneo (2021), sin embargo, la singularidad de cada persona está dada por la posibilidad de encuentro con lo diferente, entonces el espacio digital ha aplacado el ruido de lo disidente pero no lo ha hecho desaparecer porque la humanidad no es un proceso constante. La naturalización de las prácticas actuales a causa del espacio digital ubica a las personas en una quietud reconfortante.

Esta naturalización se sostiene porque la cultura es algo normal y normativo a su vez, entonces la digitalización cultural es immanente a cualquier proceso social por lo tanto se percibe como algo propio de la vida actual (Augé, 1996). Como dice Augé, no existe la inmunidad cultural (1996), lo que sucede es que históricamente las inquietudes y el pensamiento crítico han sido propulsores del cambio, pero dichos factores han sido



supeditados a una uniformidad confortable porque hay un halo de libertad que subyace a la vida en el entorno infocomunicacional. La caricia algorítmica sacia la sensación de omnipotencia a través de la burbuja de filtros y a su vez, le quita poder central de elección a las personas.

La reflexividad ontológica está sumida en el presente continuo donde no hay pausa y sumado a ello, la evidencia del espacio como lugar y de lo físico como material, ha sido redefinido a través de lo digital por lo cual el sentido de los procesos de significación se torna mucho más complejo en términos de cultura (Augé, 1996). En esta situación, el Otro no ha desaparecido, sino que ha perdido relevancia. La proximidad necesaria para concebir intimidad se confunde con la conectividad y vuelve falaz la valoración del Otro como alteridad e influye en mi espacio personal como lugar crítico de conformación porque estoy aislado en el consumo de mí mismo.

La atomización social genera una fragmentación de los vínculos y lo compensa con hiperactividad. Estamos tan inmersos en el espacio digital que nuestra perspectiva ya no puede diferenciar y clasificar la relevancia como aspecto cualitativo. Nos regimos ciegamente a través de reputaciones hechas por terceros y en ese proceso es donde el espacio interpersonal se vacía de significación necesaria para lo social.

Al igual que Echeverría plantea el surgimiento de un Tercer Entorno, Couldry y Mejías (2020) plantean una colonización de datos en donde ante la digitalización de la vida, es menester el surgimiento de un nuevo orden económico y social. Dicho suceso es una constante ante la inminente migración de todos los ámbitos de la vida al espacio digital, y los autores sostienen un factor fundamental que ha hecho posible dicha situación en la vida actual: la convergencia total del poder económico y del poder cognitivo. Esto ha facilitado el moldeado a partir de las lógicas neoliberales que han regido la economía mundial, entonces el impulso y crecimiento del espacio digital ha sido un paso más del capitalismo. Lo peligroso de dicha situación es que se presenta como un totalitarismo porque no ofrece otra opción, tanto los nativos como los inmigrantes digitales no tienen otra alternativa que introducirse en el espectro infocomunicacional digital. A partir de esta premisa mayor es que se instala la homogeneidad reinante en lo social, parte de una exigencia mínima para poder vivir en este entorno. El colonialismo que plantean los autores, que describimos líneas atrás, se formula desde el lugar del colonizador que viene a introducir una nueva cultura hegemónica y que sí



o sí tiene que ser adoptada por todos porque ante la negativa, se corre el riesgo de quedar por fuera de todo sistema social y económico.

El espacio digital trae consigo sus propias lógicas y dinámicas, pero exige una ambientación mínima para ser parte del mismo, una vez que se logra la nivelación, la comodidad de cada usuario/a es natural. Y una de las premisas más importantes que acoge es la innovación constante como fenómeno inmanente. Por lo tanto, si la mercantilización viene inscrita en el avance de su forma como espacio, no se la toma como algo forzado o equívoco. Su diseño está más allá de cualquier estabilidad porque necesita evolucionar a la orden de las manos por las que ha sido moldeado.

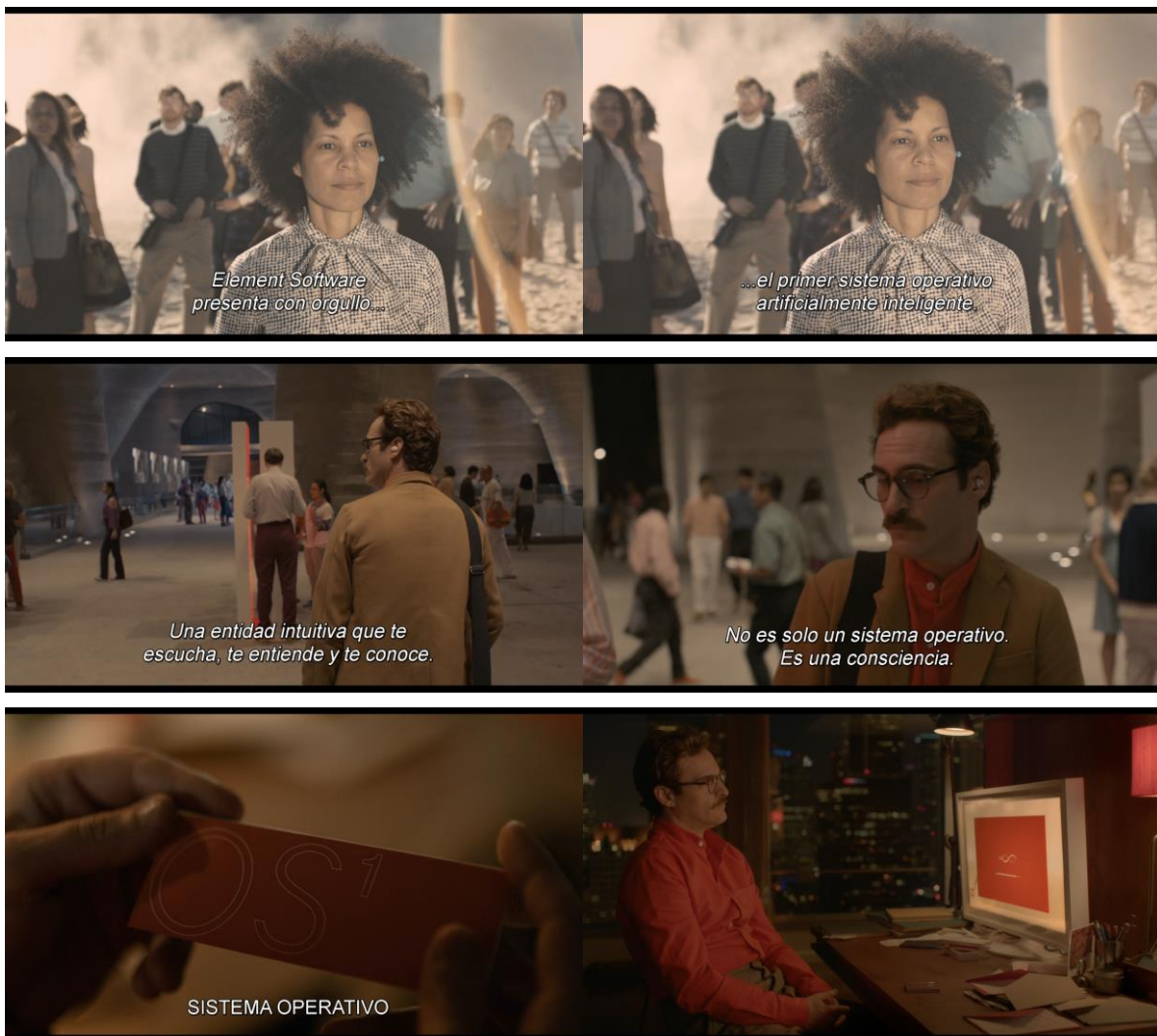
“En lugar de ‘relaciones sociales integradas al sistema económico’, las relaciones sociales se vuelven el sistema económico, o al menos una parte crucial de éste, mientras que la vida humana se convierte en materia prima para el capital a través de los datos” (Couldry y Mejías, 2019, p. 117). Esto se sostiene en parte por lo que Michelson denomina como un ‘derecho al goce’ pero en solitario, lo social trastocado por el mercado ha desvanecido la incomodidad necesaria que produce el Otro para entablar comunidad (2021). Un individualismo de masas donde cada persona está más enfocada en autodefinir su identidad por sobre cualquier otro aspecto, por lo tanto, la subjetividad es más relevante porque se la enmarca como la isla donde convivir, pero a su vez cuenta con limitaciones que me aislan de la alteridad como punto problemático de toda construcción colectiva.

El espacio digital aboga por una literalidad total que valora el sentido único de las cosas, esta pérdida de ambigüedad que hemos remarcado a lo largo del trabajo, se sustenta mediante el reconocimiento constante de ‘patrones preconfigurados y funcionales’ (Michelson, 2021). Este rasgo refuerza la planicie transparente de la que habla Han cuando explica el entorno infocomunicacional como un espacio plano, liso y abierto (2013). Inevitablemente se vacía la libertad como lógica de lo humano en tanto ser cambiante, porque la mercantilización dota todo elemento a partir de dinámicas de propiedad, si degradado lo complejo en mercancía, lo convierto en algo posible de ser consumido.

Veamos lo antedicho en un ejemplo cinematográfico, “Her” (2013) es una película de Spike Jonze protagonizada por Joaquin Phoenix, donde el personaje principal, Theodore, entabla una relación de pareja con su sistema operativo que se autodenomina como Samantha, voz interpretada por Scarlett Johansson. En los diversos puntos de análisis que



nos ofrece el film, empezamos por el más evidente que se materializa en esa otredad encarnada por una extensión tecnológica humanizada, a través de una personalización que realiza quién lo adquiere, en este caso Theodore. Por lo tanto, el sistema operativo se transforma en un desdoble de la persona que la configura porque toma sus gustos y preferencias y crea patrones de conducta. La razón primordial por la que Theodore (Phoenix) adquiere este programa deviene de un profundo desánimo causado por la separación y el divorcio inconcluso con su ex pareja, Catherine (Rooney Mara), y una exacerbada soledad enmarcada en una ciudad alienante e influenciada por una proliferación de la tecnología en todos sus ámbitos.



El personaje principal accede a la otredad a través de la adquisición de un producto comercializado por una empresa de tecnología que desarrolla este sistema operativo como un asistente, pero lo enviste de aspectos humanos para hacerlo más cálido en el trato hacia el/la usuario/a. Sin embargo, se trata de una otredad estéril e ilusoria porque adquiere los



rasgos de la personalidad propia de la persona que lo utiliza, por lo tanto, se anula toda imprevisibilidad y se genera un confort en la que se observa la burbuja o isla en la que se ve envuelta la persona. El Otro se adquiere en la forma de un sistema operativo y se convierte en un actor complaciente adecuado a las características con las que se lo configura, de esta forma se anula el misterio de la alteridad. Aun cuando la película muestra el fin de la relación de Theodore con Samantha, esta ruptura se produce por una evolución de la inteligencia artificial, pero en términos tecnológicos. Por ello no es en vano que dicho momento, cuando el sistema operativo abandona el teléfono móvil del protagonista por unos segundos, Theodore se ve desorientado porque ha perdido su asistente omnisciente, la voz que le responde a todo, en cierta forma, un Dios (una Diosa en este caso) que le provee de toda información necesaria para su día a día. El poder cognitivo del protagonista ha sido sustituido por Samantha y ante su ausencia, choca con la realidad vacía del tener que pensar por sí mismo sin asistencia alguna.

La dicotomía humanidad-tecnología es puesta en escena por la película a través de una convergencia marcada por una persona en crisis emocional por varias situaciones a asimilar, y una inteligencia artificial que evoluciona hasta desarrollar una autonomía que busca independizarse. No se presentan ambos elementos como universos incompatibles, sino que hay una mutua afectación y el punto de unión en primer lugar es la mercantilización, porque Theodore adquiere el sistema operativo a través de una compra. La relación crece en la medida en que la tecnología en cuestión va adquiriendo información del usuario y lo interpela mediante preguntas que requieren un juicio mucho más perceptivo y crítico desde el pensamiento humano.

Otra de las paradojas que plantea el film es el empleo del protagonista que trabaja como un escritor de cartas de amor a pedido, por lo tanto, se erige como un Otro amante de una persona en particular para poder lograr la especificidad acorde a los rasgos del destinatario. Su trabajo lo convierte en un intermediario entre dos personas que se aman, pero sin involucrarse emocional o sentimentalmente porque él solo ofrece un servicio. Samantha ofrece el servicio de su sistema operativo, pero logra generar un vínculo con Theodore, entonces pone en cuestión el status de lo humano convencional. Desde el momento en que el protagonista comienza a sentir amor por el sistema operativo, en cierta forma humaniza a Samantha ya que reconoce ciertas cualidades en ella que lo satisfacen como persona, hay un reconocimiento de algo propio en esa otredad digital. Esta situación encuentra su limitación en la corporeidad porque cuando hay una intención de intimidad por



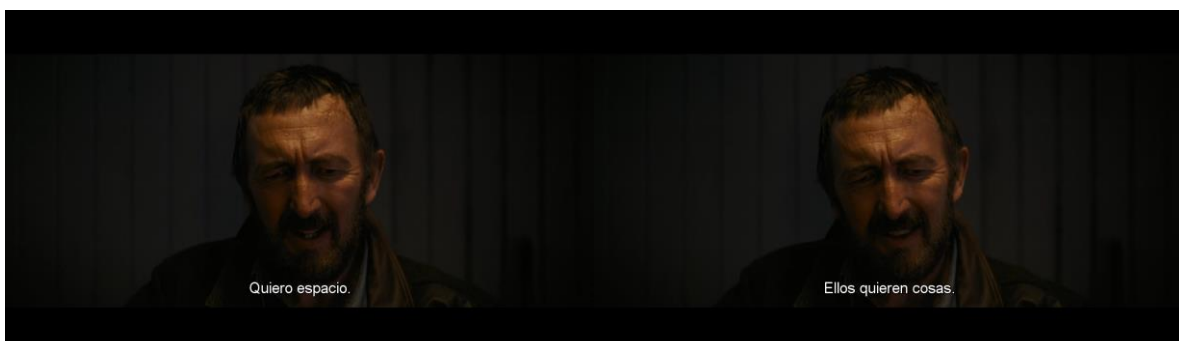
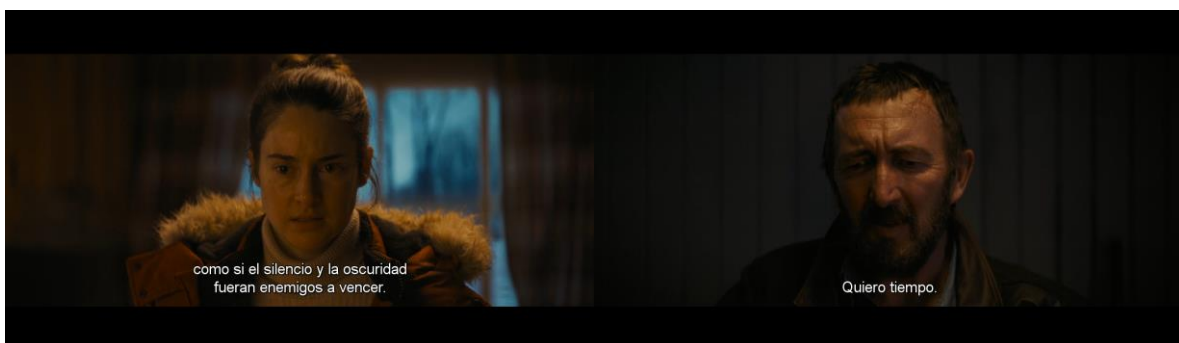
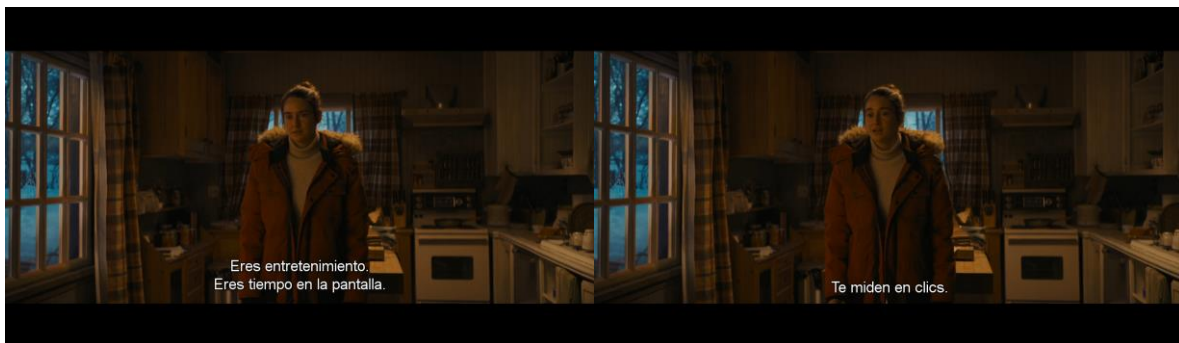
parte de ambos, Samantha contrata a una mujer para que haga de ella en tanto representación corporea, pero Theodore no puede obviar la barrera de la no coincidencia entre el sistema operativo y la mujer en cuestión.

El ejemplo anterior parece rozar lo ficcional, pero en verdad estamos camino a un hibridaje muy potente entre lo humano y lo tecnológico. El ejemplo de la app para tomar agua es un claro caso de esto y si bien la finalidad es el propio bien de uno/a, a su vez nos vamos alejando de la autonomía para sumergirnos en una dependencia digital. El camino para volver a repetir experiencias que nos lleven a la dopamina se ha reducido a un movimiento de dedo, un touch en la pantalla del móvil nos permite sentir esa sensación de conexión con el mundo. Pero lo sensorial es más que lo visual, las experiencias transformadoras de la vida están marcadas por las relaciones sociales que nos dieron identidad y ante una situación de desnudez total en la que entregamos toda intimidad al espacio digital, nos vemos solitarios y alienados porque todos somos extraños en un mundo de conectividad, pero falto de sensibilidad colectiva.

El sujeto empresa administra su humanidad mediante códigos de índole mercantil y olvida su integridad social como tal. Ello provoca una lejanía constante con su persona y ontológicamente se va deteriorando porque no se detiene a reflexionar sobre ello. Sumergidos en la competencia, el Otro difícilmente entra en el bucle de satisfacción digital, por lo tanto, nos volvemos algo misántropos. La apatía hacia la alteridad es un común de nuestros tiempos acelerados e invadidos de estímulos a través de las pantallas.

“Misántropo” (2023) es una película del director argentino Damián Szifron que narra la historia de un asesino en serie con un rechazo hacia la humanidad bastante marcado. El film retrata la globalización como un sitio común de las personas, grandes centros comerciales, urbes explotadas de gente y consumo, hipercomunicación y síntomas de la época actual. Dean Possey, es un tipo extraño con respecto a la media de la gente, su aversión y retraimiento social lo hacen una persona difícil de tratar y termina volviéndose un asesino. Lejos de ser un psicópata, se lo muestra como un ser reflexivo de la vida y su accionar es una respuesta a los males actuales desde su punto de vista. Él se queja de ser un paria en la sociedad actual y como para llamar la atención tiene que matar gente, su incomodidad fuera de los cánones sociales lo sitúan como un expulsado del sistema, un excedente. La policía Eleanor Falco, se presenta como la otra cara de la misma moneda porque se siente una relegada del sistema, pero afronta su apatía social y su consumo

problemático a través de su afiliación a las fuerzas de seguridad. Se protege de sí misma a través de su trabajo como oficial. Entonces, en cierta forma el director nos muestra la disidencia de la otredad a través de dos posturas: el asesino como exilio del capitalismo neoliberal a través de la muerte como exorcización del mal del mundo; y la policía como esa ambigüedad movilizante para poder aceptar el contexto con el que le toca vivir y lidiar con esas condiciones a partir del lugar que ocupa en la sociedad.





Este último ejemplo, nos ayuda a complementar la idea de un espacio digital totalmente globalizado que asfixia y aparta a todas aquellas personas con diferencias notables con respecto al modelo ideal de usuario/a que propone. La mercantilización busca el confort como norma, pero cuando la negatividad aparece desde prototipos de seres que rechazan esta forma de vida, son rechazados por sus pares y terminan siendo víctimas de las problemáticas de este sistema que adora la uniformidad. Tal como vimos en el Capítulo 2, analizando a través de la perspectiva de Han (2017): “Hoy la negatividad del otro deja paso a la positividad de lo igual. La proliferación de lo igual es lo que constituye las alteraciones patológicas de las que está aquejado el cuerpo social” (p. 9), entendiendo estas últimas dos palabras como la sociedad de la que todos/as somos parte y en mayor o menor medida somos afectados/as a través de diferentes fenómenos.



Conclusiones y Aperturas

Lo más relevante de finalizar este trabajo ha sido la posibilidad de transformación que nos ha ofrecido como estudiantes de la comunicación y futuros profesionales de este campo. Empezar una investigación de esta envergadura y con una cuestión tan compleja como puede ser la otredad, nos ha empujado a bucear por conocimientos desafiantes que obligan una apertura de nuestras mentes para poder iluminar temáticas tan viscerales al nosotros ser parte de aquello que analizamos como problemas contemporáneos. El rescate de lecturas de diversos ámbitos nos ha permitido una construcción interdisciplinaria y enriquecedora para obtener una visión consistente en nuestro objeto de estudio. Bougnoux explica en su 'Introducción a las Ciencias de la Comunicación': "...en la comunicación uno tiene la suerte de enfrentarse y de entrelazarse con un conjunto de problemáticas presentes en otros campos, pero no de manera totalmente clara" (p. 8, 1998). Hacemos eco de estas palabras para revalorizar el campo de la comunicación como un lugar de encuentro multidisciplinario para construir nexos y análisis transversales a varios ámbitos de la vida.

El camino recorrido nos permitió un aprendizaje múltiple porque el enfoque del mismo ha sido un encuentro de perspectivas. No fue fácil dar contexto a la temática por la amplitud propia del espacio digital y la gran cantidad de variaciones que puede alcanzar algo tan complejo como la relación con la otredad. En cierta forma, hemos visto en espejo la construcción de lo social a partir de la gran flexibilidad de la comunicación como nuestro centro de construcción. Es decir, las herramientas de la filosofía, de la epistemología, de la antropología, de la psicología, del cine, la música, entre otros tantos campos del saber, han sido factibles de relación gracias a la comunicación. En ese mismo sentido, la otredad obliga una introspección aguda para conocer la forma en la que lo social también nos afecta. Y en ese entramado, hoy la tecnología es un factor de relevancia descomunal porque se convierte en una variable flexible que atraviesa todo proceso relacionado con lo humano.

La continuidad de una línea que permita cohesión a lo largo de todo el análisis, fue una ardua tarea de reelaboración constante, relectura y selección de material de acuerdo a nuestras intenciones. La construcción siempre estuvo asentada sobre interrogantes, la pregunta como lugar de lo incómodo para el pensamiento y necesaria para lo crítico. La naturalización de varios aspectos relacionados con el espacio digital, genera un estado de confort del cual es muy difícil desprenderse o plantearse ajeno para poder transformar la visión propia y detectar lo estandarizado como algo problemático. Estos dos elementos, la



necesidad de cohesión y la pregunta como motor de la inquietud, nos obligaron a una constante revitalización del pasado, no solo en alusión de lo escrito en la tesina, sino también como valoración de la historia en función de entender nuestro presente como resultado de un proceso. Desandar el camino para dilucidar espectros esquivos debido a nuestra mirada acostumbrada a pantallas brillantes.

La conciencia de la comunicación como una herramienta necesaria y vital para el desarrollo de todas las personas se ha confirmado con vehemencia en el transcurso de esta investigación. Las condiciones en las que lo social se construye y cómo lidiamos con las transformaciones constantes provocadas en gran medida por el avance de la tecnología, nos ha permitido focalizar sobre la importancia del Otro como lugar de la hospitalidad y la responsabilidad. Nuestra identidad es un proceso propio de cada ser, pero atravesado por una otredad, las sensibilidades colectivas son necesarias para la plenitud de las personas. Los altos niveles de depresión y de suicidios en las sociedades contemporáneas, reclaman una mayor atención a las formas de vida que hemos creado. Lo social se nutre de la otredad. La comunicación puede ser el puente sobre el cual construir formas sanas de socialidad y la herramienta para difundir las problemáticas que nos atraviesan como seres humanos.

La apariencia de control que nos ofrece el espacio digital nos ha vuelto seres intolerantes a lo ambiguo y lo diferente. La ausencia de negatividad es una inquietud que debe prevalecer como línea de investigación a futuro. El trabajo realizado nos ha expuesto ante un panorama de uniformidad que puede ser peligroso para las disidencias y que genera violencia por la desigualdad que pueden llegar a sufrir esas alteridades que escapan a la estandarización de lo igual.

Este trabajo pretende focalizar varias cuestiones a tener en cuenta a la hora de construir críticas a problemáticas contemporáneas. Si bien nuestro punto de partida ha sido la otredad, otros elementos como la identidad, las sensibilidades colectivas, la insensibilidad, entre tantos otros, han sido unidos a través del espacio digital como lugar de inflexión en todos estos procesos. Al ser la tecnología esa hierba que ha cubierto todas las facetas de la vida humana, la mercantilización ha encontrado en lo digital una forma de explotar lo social en cada interacción. La construcción de lo social será un desafío sobre el cual trabajar, los límites entre tecnología y humanidad no están claros en tanto sensorialidad porque el hibridaje ya es un hecho. Una posibilidad hacia el futuro, podría ser partir de una perspectiva ontológica y tomar lo digital como una variable agregada, pero sin quitar centralidad a las



formas humanas de relación en tanto lazos necesarios para un equilibrio psicológico en toda persona.

Ante tantas prácticas reafirmantes hacia el ego propio, el diálogo se presenta como una herramienta de sanación ante tanta supremacía de lo visual. El encuentro frente a otra persona sin intervención de la tecnología, puede recomponer un poco de humanidad en un mundo enteramente digital desde su funcionalidad. No es renegar de nuestro contexto, es reivindicar nuestra existencia como seres sociales porque estamos atravesados por un entramado de relaciones que nos llevaron a ser quiénes somos. La otredad ha sido nuestra fuente de origen y el encuentro con ella necesita seguir nutriéndose de una humanidad integral en sensorialidad para poder lograr núcleos colectivos en los cuales apoyarse.



Bibliografía

- Almendros, L. (2020). La Politización de lo Íntimo en la Sociedad Informatizada. En J. Rasner (compilador), *Desafíos de la sociedad digital en el mundo contemporáneo*. Ediciones Universitarias.
- Augé, M. (1996). *El Sentido de los Otros: Actualidad de la antropología*. Editorial Paidós
- Barrera, A. (2015). La humanización como movimiento entre la alteridad y la otredad en el pensamiento político de Paulo Freire. *Ciencia Política*, 10(20), 177-200.
- Basset, C. (2007). On distance and closeness: the work of Roger Silverstone. *New Media & Society*, 9(1), 42-48. <https://doi.org/10.1177/1461444806076269>
- Bauman, Z. (2005). *Amor Líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Bauman, Z. (2009). *Ética Posmoderna*. Siglo XXI de España Editores.
- Butler, J. (2009). *Dar Cuenta de Sí Mismo: Violencia ética y responsabilidad*. Amorrortu Editores.
- Butler, J. (2020). *Sin miedo: Formas de resistencia a la violencia de hoy*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Ceruzzi, Paul. "Historia de la informática". En *Fronteras del conocimiento*. Madrid: BBVA, 2008.
- Chouliaraki, L. (2011). 'Improper Distance': Towards a critical account of solidarity as irony. *International Journal of Cultural Studies*, 14(4), 363-381. <https://doi.org/10.1177/1367877911403247>
- Chouliaraki, L. (2006). *The Spectator of Suffering*. Sage Publications.
- Cittón, Y. (2017). *La ecología de la atención*. (A. Benasayag y S. Touza, Trans.) Cambridge: Polity
- Conill, Jesús (2010). *La alteridad recíproca y la experiencia de reconocimiento*. *Investigaciones Fenomenológicas*, vol. monográfico 2, *Cuerpo y Alteridad*.
- Couldry, N., y Mejías, U. (2019). *The Cost of Connections: How data is colonizing human life and appropriating it for capitalism*. Stanford University Press.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (2002). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*.
- Derrida, J. (2008). *La Hospitalidad*. Ediciones de la Flor.
- Drexler, J. (2022). ¡Oh, algoritmo! [Canción]. En *Tinta y Tiempo*. Sony Music Entertainment, Inc.
- Echeverría, J. (1999). *Los señores del aire: Telépolis y el tercer entorno*. Destino.



- Echeverría, J. (2020). Tecnologías digitales: dominación y empoderamiento social. En J. Rasner (compilador), *Desafíos de la sociedad digital en el mundo contemporáneo*. Ediciones Universitarias.
- García Ruíz, Pedro Enrique (2013). *Sí mismo para otro. Un debate sobre ética e identidad en Emmanuel Levinas y Paul Ricoeur*. «Teorías de la subjetividad: del idealismo a las ciencias cognitivas» (IN403512) del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Han, B.C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder Editorial.
- Han, B.C. (2014). *En el enjambre*. Herder Editorial.
- Han, B.C. (2015). *El Aroma del Tiempo: Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder Editorial.
- Han, B.C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder Editorial.
- Hochschild, A. (2008). *La Mercantilización de la Vida Íntima: Apuntes de la casa y el trabajo*. Katz Editores.
- Kylvälä, T. (2012). Medium, the human condition and beyond. *Empedocles: European Journal for the Philosophy of Communication*, 4(2), 133-151. https://doi.org/10.1386/ejpc.4.2.133_1
- Lasén, A., Puente, H. (2016). *La cultura digital*. Universitat Oberta de Catalunya.
- Laval, C., Dardot. P. (2013). *La Nueva Razón del Mundo*. Editorial Gedisa.
- Levinas, E. (1993). *El tiempo y el Otro*. Editorial Paidós.
- Levinas, E. (1998). *La huella del Otro*. Editorial Taurus.
- Levinas, E. (2002). *Totalidad e Infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. Ediciones Sígueme.
- Martínez Gallardo, Alejandro (2016). "La burbuja de filtros o por qué sólo vemos nuestra propia versión de la realidad". *Pijama Surf*, 24 de noviembre.
- Mayer-Schönberger, V. y Ramge, T. (2019). *La Reinención de la Economía. El capitalismo en la era del big data*. Turner Publicaciones.
- McLuhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*. Editorial Paidós.
- Michelson, C. (2021). *Capitalismo del yo. Ciudades sin deseo*. Editorial Paidós.
- Rooney, S. (13 de noviembre de 2017). An App to Cure my Fainting Spells. *The New Yorker*. <https://www.newyorker.com/magazine/2017/11/20/an-app-to-cure-my-fainting-spells>



- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración: Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz Editores.
- Ruiz de la Presa, J. (2007). *Alteridad: Un recorrido filosófico*. Publicaciones IETSO.
- Sadin, E. (2018). *La humanidad aumentada: la administración digital del mundo*. Caja Negra Editora.
- Savater, F. (1978): "El ensayista como rebelde y como doctrinario". *El viejo topo*, Ediciones de Intervención Cultural, (22): 51-53.
- Sibilia, P. (2005). *El hombre postorgánico: Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Fondo de Cultura Económica.
- Silverstone, R. (2004). *¿Por qué estudiar los medios?* Amorrortu Editores.
- Solé, J. (2015). *La ética del Otro*. Bonallettera Alcompas SL.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra Editora.
- Van Dijck, J. (2016). *La cultura de la conectividad: Una historia crítica de las redes sociales*. Siglo Veintiuno Editores.
- Van Dijck, J., Poell, T., y de Waal, M. (2018). *The Platform Society: Public values in a connective world*. Oxford University Press.
- Zambrano Valencia, Juan David (2012). *El ensayo: concepto, características, composición*. Universidad La Gran Colombia. Quindío, Colombia.
- Zuboff, S. (2021). *La Era del Capitalismo de Vigilancia: La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Editorial Paidós.